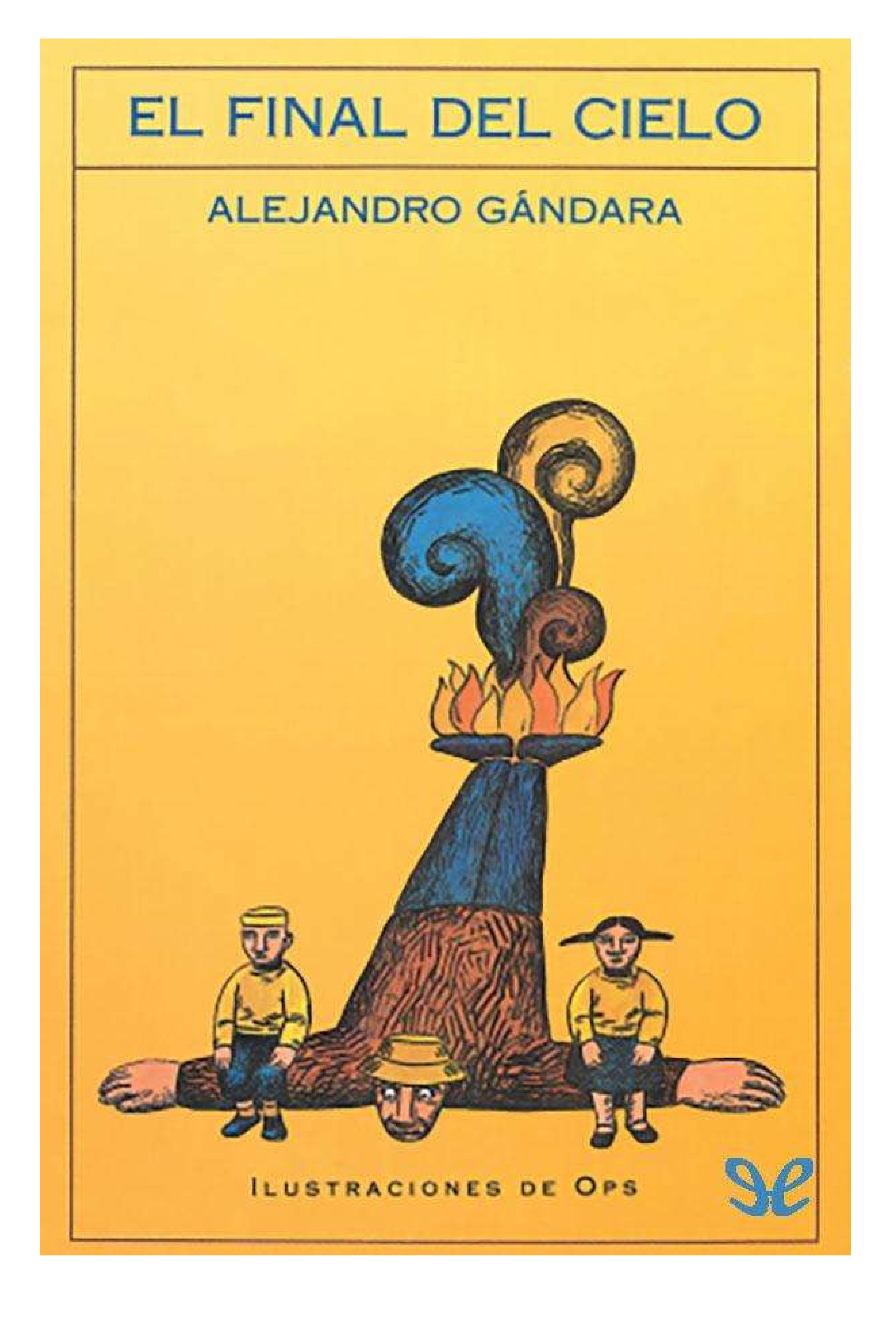
EL FINAL DEL CIELO

ALEJANDRO GÁNDARA

ILUSTRACIONES DE OPS



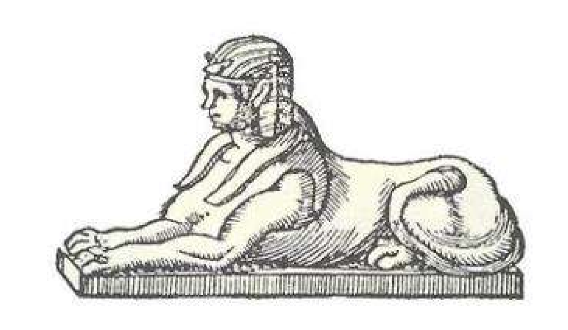


El final de cielo es una epopeya de nuestro tiempo. Un padre y sus dos hijos desaparecen en un accidente de avión en una naturaleza llena de amenazas. Los niños arrastrarán a su progenitor, un pobre tipo

abrumado, a través de una aventura inolvidable, que irá paulatinamente revelando a cada personaje su identidad secreta y su compleja red de sentimientos.

Alejandro Gándara

El final del cielo



LAS TRES EDADES

Y DIJO LA ESFINGE:
SE MUEVE A CUATRO PATAS POR LA MAÑANA
CAMINA ERGUIDO AL MEDIODÍA
Y UTILIZA TRES PIES AL ATARDECER
¿QUÉ COSA ES?
Y EDIPO RESPONDIÓ: EL HOMBRE.

Para Alejandro, Julia, Jacobo

y Eleonora, de la gándara de aquí.

Y para Alberto,

de la gándara de arriba

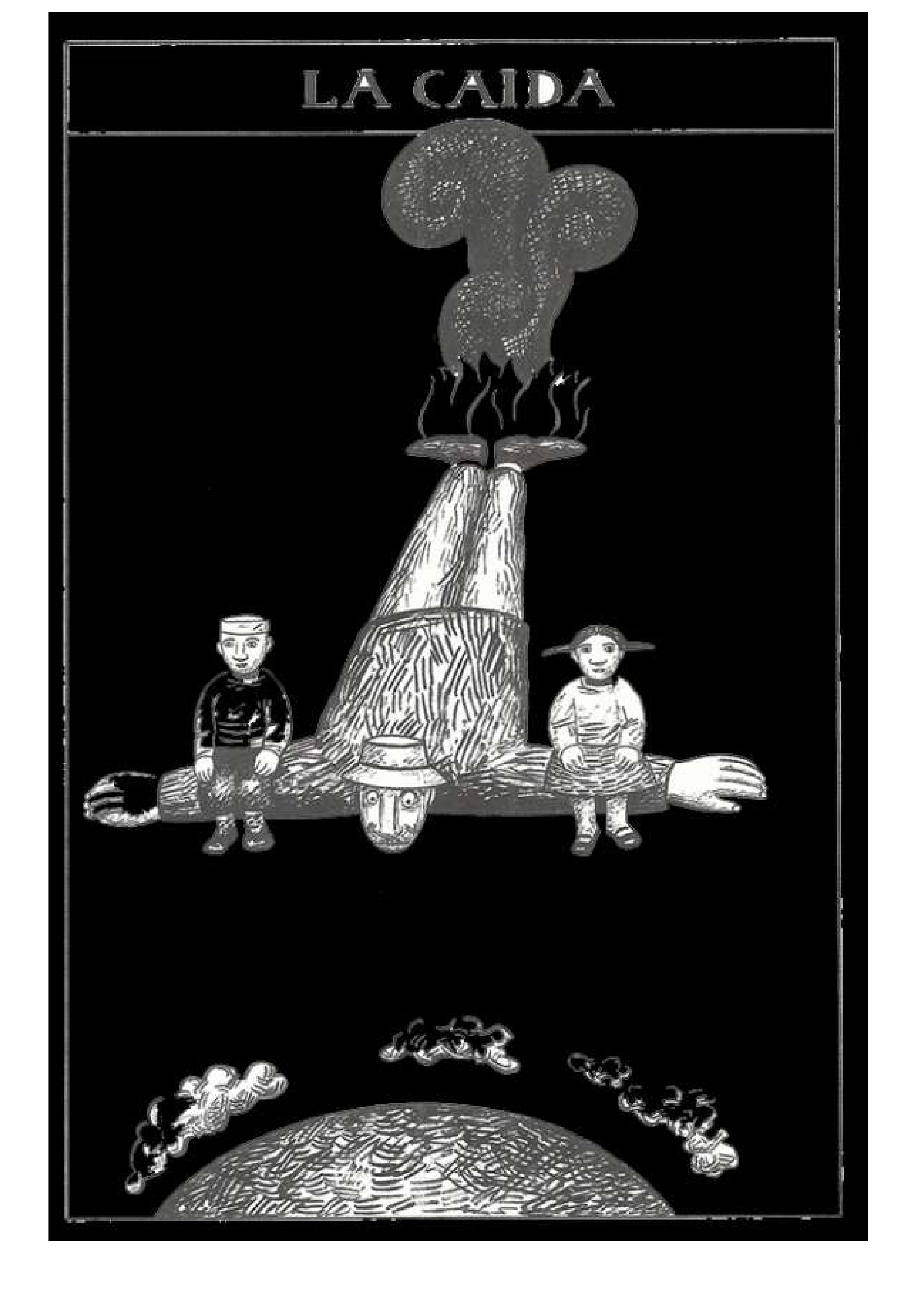


Hacia las 12. Día 1

IRO a Toto y a Carlota y no sé si están vivos. Me miro a mí, y tampoco.

Hemos muerto ya, incluso hace tiempo, me vengo diciendo desde que caímos. Estamos muertos y la muerte es lo mismo que la vida, excepto que sabemos que no es real. Están los niños, estoy yo, está el aire y la sensación de las cosas, lo mismo que antes de la caída. Lo mismo, excepto que es imposible. Nadie cae con una avioneta para que luego todo sea igual. Ni un arañazo. Y mucho menos piensa en ponerse a escribir en una libreta lo que le pasa. La he sacado del bolsillo y está retorcida por el agua. Pero mientras miro la libreta inútil me siento más pegado a la tierra y un poco mejor del estómago. Desde que hemos llegado a esta orilla, he tenido la impresión de que llevaré un diario, aunque sea mental. De que es preciso que lo anote todo, porque sucederán cosas. Aunque los niños me miran con preocupación. No creo que verme tan concentrado en la libreta les ayude mucho a pasar el susto o a pasar esta muerte que está sucediendo, igual que a mí tampoco me ayudaría que Toto y Carlota se hubieran puesto a jugar al escondite después de un trago semejante, o a jugar a otra cosa, o a ser ellos mismos con sus once y doce años. Yo sí me he puesto en seguida a ser yo mismo.

He cogido el cuaderno estropeado y en seguida me he puesto a pensar que sigo siendo el de siempre. Con un diario mental. Un escritor divorciado que vino a pasar un fin de semana a casa de su hermano y que alquiló una avioneta para que los niños recordaran este fin de semana. No era por la avioneta ni por los niños, era para que recordaran. No los veo mucho y, como no los veo mucho, no me queda más remedio que hacer todo para que me recuerden cuando ellos no me ven o yo no los veo. Ahora sí que se acordarán. Para siempre.



Un poco antes de las 12. Día 1

Hemos debido volar una hora aproximadamente. Le pedí al piloto que llegara hasta la cordillera y nos enseñara los lagos. Acabábamos de

llegar. La avioneta se inclinó y apuntó con el ala, igual que un dedo amarillo, los estanques de color verde oscuro que empezaban a verse abajo. El sol estaba en lo alto de un cielo sin complicaciones.

Aunque ya no era el sol del verano. Es un sol más traslúcido y a su cielo le falta limpieza. Viene otra estación.

Los niños fueron a pegar la nariz a las ventanillas de esa ala. Yo no me moví. La avioneta trazaba círculos y en cada círculo la nieve de las cumbres se veía más cerca.

Más cerca. No noté nada. El piloto dijo sólo: «Tenemos que aterrizar». Pero lo dijo como si estuviéramos de vuelta, sobre la pista del campo y no sobre un circo de montañas que se iban afilando cada vez más. Parecía tan tranquilo como antes detrás de las gafas de esquiador, pero yo ya no dejé de mirarle hasta el final. No vi cómo caíamos ni ninguna otra cosa, sólo miraba la nuca del piloto todo el tiempo, como si en la nuca estuviera toda la gravedad de la situación o estuviera escrito todo lo que nos podía pasar a partir de ese momento.

Atraje a los niños, que todavía no comprendieron nada, y los amarré con los brazos a mis costados. Carlota protestó: «Me estás haciendo daño». Reconozco que en ese momento sentí rabia hacia ella, íbamos a estrellarnos y a Carlota se le ocurría quejarse porque alguien la apretaba. A veces me recuerda a su madre. Pero después sentí remordimientos pensando que mi último pensamiento sobre Carlota lo había inspirado la rabia. En unos instantes ya no seríamos nada y yo aprovechaba el tiempo en detestar a mi hija. Me dieron ganas de sujetarla con más fuerza y hacerle daño de verdad, pero fuí aflojando el apretón poco a poco, hasta sentirla en la punta de los dedos, con la seguridad de que esos dedos la agarrarían lo suficiente cuando llegara el golpe.

Entonces llegó la señal que hizo que los críos se dieran cuenta de lo que estaba pasando. Incluso yo me di cuenta de una forma distinta. Hubo un silbido fuerte y luego dos o tres ruidos como disparos. Después, la avioneta se quedó en silencio. Una bandada pequeña de pájaros pasó por delante del parabrisas. Creí que podía escuchar la batida de esos huesos envueltos en plumas.

La hélice se quedó muerta, con movimientos de aguja suelta de reloj, a derecha y a izquierda. Adentro de la cabina llegaron los soplidos de rachas de viento que cortaban el fuselaje y dejaban un eco de lata en el aire vacío mientras todo bajaba. Las cosas eran distintas a un segundo atrás. Antes, estábamos todavía dentro de un aparato que

funcionaba. Que caía, pero que funcionaba. Ahora estábamos solos. Sencillamente solos en el final del cielo, a la espera de que la tierra nos tragara. La tierra dura, sin compasión, que no escuchaba la súplica que seguramente empecé a gritar. La cabeza y el estómago se movían en un remolino, daban vueltas sobre un centro sin alcanzar nunca el centro. La nuca del piloto seguía impasible. Y más que el suelo metálico y falso de la avioneta, fue esa nuca lo que me mantuvo firme agarrando a mis hijos. Ya entonces pensé que a la nuca del piloto le debería un agradecimiento eterno.

Sentí que por las ventanillas ya no entraba la claridad de un cielo desierto, sino la sombra elevada de las cosas de abajo. Quizá las primeras murallas de piedra que se iban tragando el aparato como si fuera un insecto. Pero no podía mirar esas cosas de frente.

Dejé de sentir los brazos y dejé de sentir el cuerpo de los niños, pero sabía que los estaba sujetando a pesar de ese sueño de la carne que anunciaba el final. Cosa curiosa: pensé entonces en su madre y estoy seguro de que no pensé por mí, sino por ellos.

Pensé que a ellos les gustaría estar en ese momento con ella y no sé por qué pensé también que ella sabría protegerlos mejor. Aunque nadie, ni con su vida, podría protegerlos en una avioneta que se estrellaría dentro de un segundo. Debo confesar que también pensé que se los había robado y que ese robo era el peor de todos los robos, porque se los había robado para que murieran conmigo. Para que me recordaran, al fin y al cabo.

Una décima antes del choque, el piloto, que había estado mudo durante la caída, fijo en el asiento como una pieza más del aparato, murmuró: «Nunca me han gustado estos carburadores franceses». Cosa curiosa, también. No lo dijo cuando detectó la avería, ni cuando la avioneta se quedó sin motores, lo dijo cuando ya no hacía ninguna falta decir nada y cuando daba igual que fuera el carburador o cualquier otro chisme desastroso.

Quizá lo dijo porque le daba pena marcharse de este mundo sin abrir la boca. O para que no pensáramos que nos echaba la culpa.

No fue un golpe, sino varios. En el primero, pareció que penetrábamos en el corcho de algo. El segundo fue un rebote del primero y resultó más duro, como contra cemento. El tercero, el cuarto y los demás fueron como resbalones y de pronto, en el mismo vistazo, descubrimos el cielo y el agua juntados en una misma línea. La capota de la avioneta saltó igual que un sombrero, aunque no supimos cuándo. En

seguida tuvimos la sensación de que la carrocería de la avioneta había desaparecido por encima de nuestras cabezas y debajo de nuestros pies y que flotábamos de milagro en una superficie de agua. Pero yo no tenía a nadie entre mis brazos. Estaba sentado, eso sí, y con los dos pies metidos en el agua. Sin conciencia de la avioneta, del accidente y de los niños. Simplemente era un hombre sentado en alguna parte del mundo y que despertaba con trabajo a lo que veían sus ojos.

La conciencia empezó precisamente por el escalofrío que subió de los pies a las otras partes del cuerpo atontado. Me dije: «Estoy empapado», y luego: «Esto es una avioneta», y finalmente: «¿Dónde están mis hijos?». Lo último debí decirlo en voz alta, porque me llegó una respuesta, por cierto, tranquila y bastante cercana. «Aquí, papi», contestó Toto. Entre las nubes que todavía empañaban la visión, distinguí al chiquillo junto a Carlota, en el lugar donde yo había pretendido sujetarlos, mirando hacia atrás como si estuviéramos en filas distintas de un autobús. Si los niños estaban donde yo los veía y ellos miraban hacia atrás, ¿dónde había caído yo?

Todavía transcurrió tiempo antes de que me diera cuenta de que estaba cabalgando sobre la cola de lo que poco antes fue una avioneta. El aspecto que ofrecía, sin alas ni cabeza, era el de un pez que asoma la boca para morder un desperdicio. Los niños, tan sentados y pacíficos, podían estar haciendo un viaje en patín acuático.

—No os mováis —ordené.

—Me parece que el señor no respira, papá —informó Carlota.

Siempre tan clínica, pensé en medio de la confusión.

—Voy para allá. Quietos.

Traté de hacer equilibrio sobre la cola del aparato, pero el vehículo se tambaleó de una forma peligrosa. Fuí avanzando con golpes de nalga hasta que pude meterme en los restos de la carlinga de la avioneta. Durante ese trayecto, en una postura no demasiado digna, observé el rostro preocupado de Toto y el puramente descriptivo de Carlota. El piloto estaba desplomado sobre el volante, en un gesto de persona dormida, no muerta. Busqué algún rastro de sangre o de golpe, de esa forma absurda en que uno busca seguridad cuando la tiene y no sabe qué hacer con ella. Ignoraba la forma de decirles a los niños que alguien a quien estaban viendo había muerto. Me costaba darme la vuelta y soltar la verdad.

—Se ha incrustado el volante —diagnosticó Carlota.

—¿Incrustado? —me extrañaba la palabra, no la apreciación.

—Tenemos que salir, papi —dijo Toto, como ausente de esa muerte y del valor que Carlota y yo pudiéramos darle.

—Ya nos vamos, hijo. Antes hay que encontrar las bolsas de supervivencia.

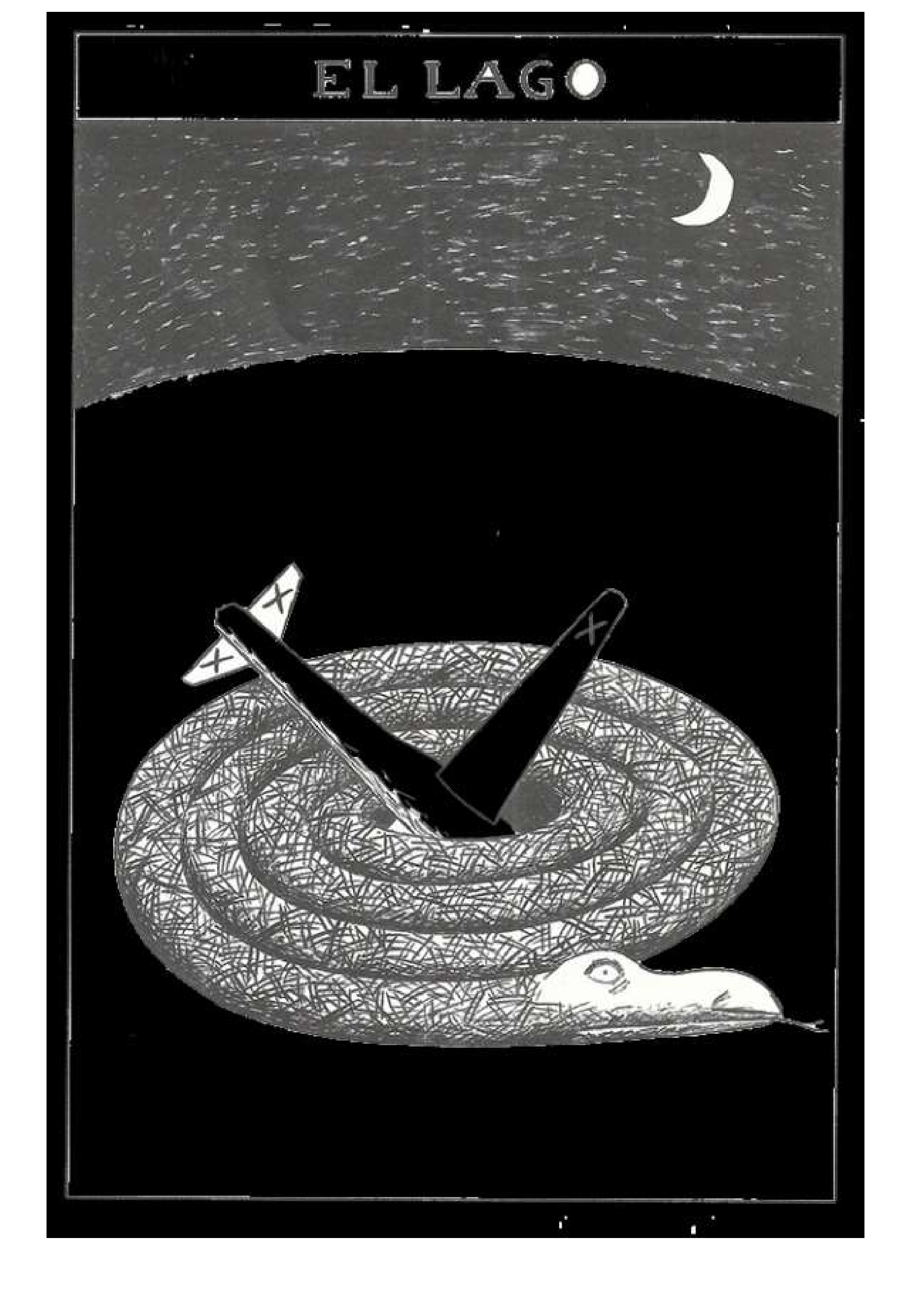
—Hay dos debajo del asiento —aseguró Toto palpando a sus pies.

—Ahora el problema es alcanzar la orilla —dije.

—Estamos en la orilla —sentenció Carlota—. Sólo hay que remangarse un poco los pantalones.

Fue como dijo Carlota. Aunque los pantalones se mojaron un poco más arriba de lo que ella había previsto. Ese camino por el agua me devolvió lo que faltaba de conciencia. Entonces me di cuenta de que podíamos estar muertos desde hacía un rato y de que todo lo que estaba sucediendo era un regalo del destino o de los dioses domésticos que se habían empeñado en protegernos. Cuando pisamos el primer barro de la orilla, me volví hacia mis hijos y me fundí en un abrazo de miedo, de amor y de conmiseración por la fragilidad de la vida humana, especialmente de la que amaba.

Carlota fue la primera en separarse. Toto se hubiera quedado así el resto del día.



A la una, más o menos. Día 1

Tenía miedo al miedo de los niños. Y tenía miedo de que vieran mi miedo. Así que decidí llevar la voz cantante y no dejar en medio

señales de inquietud, ni preguntas que no hubieran sido contestadas. Iba a organizarlos como en una campaña militar, con un jefe indiscutible y un plan que, lo entendieran o no, tenían que sospechar que era perfecto sencillamente por la autoridad que lo encabezaba. A los once y los doce años, eso ya se entiende. Yo era el jefe, el jefe perfecto, y mi plan era un plan perfecto en mi cerebro perfecto. Cuantas menos dudas quedaran sobre ese punto, más fácil sería aceptar la perfección de todo. La perfección es el antídoto contra el miedo, no me cabe duda. ¿No es ésa la forma en que educamos a los niños? ¿Y no tiende esa forma a la perfección?

Los reuní con la seriedad que exigía el caso y efectué la siguiente declaración.

—Hemos tenido mucha suerte y todo se arreglará en seguida. Dentro de poco empezarán a buscarnos. Y tenemos los restos de la avioneta flotando ahí al lado como señal para que nos descubran. Sólo tenemos que quedarnos cerca hasta que vengan.

—¿Cuándo sabrán que nos hemos perdido? —preguntó Carlota como si no hubiera escuchado la importancia decisiva de lo anterior.

—En un par de horas o antes —contesté sin titubear.

—¿Por qué, papi? —insistió Toto, al que creía haber convencido a la primera.

—Por el contacto de radio —improvisé con alguna noción que le había escuchado a mi hermano—. Cuando un aparato sale de una provincia aérea entra en contacto automáticamente con la siguiente. Y si no entra es que algo ha ocurrido. Luego, empieza la búsqueda.

—¿Y cuándo hemos salido de nuestra provincia aérea? —preguntó Carlota seriamente.

—Casi al principio —mentí y en seguida me arrepentí de la mentira—. Creo que casi al principio.

—¿Y si no hubiéramos salido de nuestra provincia aérea? —preguntó Toto como si no le convenciera nada la respuesta que ya había dado.

Aquí me sentí más seguro con la pregunta y hasta lamenté la mentira de antes.

Habría bastado con responder a esta cuestión para disipar todas sus inquietudes.

Aunque lo cierto es que tampoco estaba seguro de la respuesta, lo que pasa es que ésta me parecía mucho más convincente. En el fondo seguía sin decir la verdad, pero su lógica era mucho más evidente. Quizá cometí el error de no reprochar a Toto que no hubiera creído lo que ya había dicho.

—Estas avionetas tienen una autonomía de vuelo de tres horas, más o menos —

empecé.

—¿Una Super Commander, papi?

Estoy seguro de que dudé, no sé cuánto tiempo, pero traté de reponerme antes de que se diera cuenta.

—Cualquier avioneta, Toto.

—¿Y entonces qué pasa? —insistió.

—Si después de ese plazo no has vuelto, te buscan. ¿No te parece lógico?

—¿Nos buscará el tío?

—Nos buscará el tío y el campo de aviación. Nos buscará todo el mundo.

—Entonces no hay que preocuparse —dijo Carlota como si yo hubiera insinuado alguna preocupación.

—Claro que no —contesté en tono de reproche.

—Sólo hay que quedarse cerca de la avioneta. Es nuestra señal, ¿verdad, papi?

—Exacto. Donde estamos. Ni más ni menos.

—Deberíamos mirar en las bolsas de supervivencia —dijo Carlota a pesar de la conversación.

Me pareció que precisamente eso destruía la conversación. Aunque deseaba mirar en el fondo de aquellos morrales, pensé que sería más coherente aplazarlo.

—La cosa no es tan desesperada, Carlota.

Después de la una, no mucho después. Día 1

La avioneta acaba de hundirse. Los restos escasos, quiero decir. He sido el primero en verlo. No he dicho nada. Me he dado cuenta de que ellos también lo han visto.

Tampoco han querido decir nada. No sé. En cuanto pueda trataré de que revisemos lo que hay en las bolsas de supervivencia. Tengo que hacerlo sin que Carlota se dé cuenta de que eso tiene que ver con el hundimiento de la avioneta. Es una situación un poco rara. Tengo que seguir pensando.

A la una y veinte, más o menos. Día 1

No han dicho nada de la avioneta. Yo, tampoco. Me ha parecido que eso era lo más inteligente para no sembrar inquietudes. El problema ahora es inventar otra estrategia sin negar la anterior.

Aproveché una distracción de los niños para mirar en las bolsas que Toto encontró debajo del asiento. Una bonita sorpresa. En una había un hacha pequeña, de las que se regalan a un hijo boy-scout la primera vez que va de acampada, pintada de rojo y un manguito de madera que termina en una punta de destornillador. También encontré un cordel de nylon transparente de tres o cuatro metros de longitud. En la otra bolsa había una manta. No dos mantas o tres, sino una manta. Más que un equipo de supervivencia, aquello parecía un chiste de náufragos o una adivinanza de los cuadernillos infantiles de los periódicos. Antes de que pudiera pensar la importancia de aquellos aperos, importancia que podría tranquilizar a los niños, y no sé cómo, Toto y Carlota aparecieron por encima de mi hombro. En realidad, no aparecieron: daba la impresión de que llevaban allí mucho rato.

—¿No hay comida, papi? —preguntó Toto, con menos curiosidad que hambre.

—En las bolsas de supervivencia nunca hay comida. Se estropea en seguida.

—¿Ni latas de conserva? —preguntó Carlota.

—Son muy pesadas. Esto era una avioneta y, por otra parte, tampoco se trataba de una expedición al Polo, hija.

—¿Y de qué comeremos? —era una pregunta hecha con mala intención, no cabe duda.

—Podemos aguantar un poco. Estar un rato sin comer no es un sacrificio insuperable.

—¿Hasta cuándo, el rato? —a Toto le salían las palabras bañadas en saliva.

—Hasta que nos encuentren.

Me sentí muy satisfecho de esta última respuesta. No dije que hasta que alguien nos venga a buscar, sino hasta que nos encuentren. Daba por aceptado que ya habían salido a buscarnos y esperaba que los niños lo aceptaran también. Desde la última vez que hablamos ya había sucedido algo, con toda seguridad. Nosotros estábamos quietos, pero el mundo se habría puesto en marcha a nuestro alrededor.

—La avioneta se ha hundido, papá —Carlota lo soltó con la limpieza y el silbido de una flecha.

No sé por qué, creía que no tendríamos que hablar más de la avioneta. Lo más extraño fue la mirada que Toto lanzó a Carlota en cuanto lo dijo.

Me quedé pensando mucho en esa mirada. ¿Era de reproche? ¿De asombro? Había terminado de decirlo y Toto la seguía mirando y, en cambio, Carlota mantenía la cabeza muy alta como si evitara encontrarse con el gesto de Toto. No sé. Toto le decía algo a Carlota con la mirada y Carlota sabía lo que esa mirada significaba porque no quería verla.

Todo ello me produjo un sentimiento de soledad que iba más allá de la soledad del que manda en circunstancias tan difíciles. No debía seguir callado mucho más tiempo.

Las palabras de Carlota permanecían en el aire.

—No hay mucho fondo, la verán desde el aire —murmuré.

—Es todo barro, papá. Se la ha tragado el barro, no el agua.

—Tú no puedes saberlo.

—Claro que lo sé. Hemos tenido que salir de allí nadando en barro. Nos hemos tenido que quitar la ropa y dejarla en la roca de ahí de lo que pesaba.

Los miré. Era cierto. Estaban desnudos. Yo también empecé a sentir el

peso del barro pegado a la ropa.

—De todas formas, hace calor —no estoy muy seguro de lo que quise insinuar con eso.

—Menos mal, papi. Si no, ahora estaríamos congelados. ¿Tú te vas a quedar con la ropa? —dijo Toto con cierta compasión.

—No me molesta, hijo.

—¿Y si no ven la avioneta, para qué tenemos que quedarnos aquí? —Carlota no cejaba, era una persecución.

—Es un sitio tan bueno como cualquier otro y además no estoy seguro de que no puedan ver la avioneta —esto último lo dije muy rápido y en seguida lo junté con otra idea distinta—. ¿Vosotros queréis comer, no es eso?

Carlota no contestó. Le hubiera gustado seguir con el otro tema. Seguramente hasta acabar conmigo. Pero el asunto de la comida podía devolverme la autoridad que había perdido con los últimos desconciertos. Con la comida podía demostrar algo y de paso hacer olvidar la avioneta y lo demás.

—Claro, papi.

—Pues os traeré comida.

—Yo voy contigo —dijo Toto, empezando a coger el hacha de niño.

—No. Iré yo solo. Me las arreglaré mejor.

En el momento de decirlo me di cuenta de que quería estar solo para que nadie me observara. Sentía que los niños me juzgaban y yo necesitaba un espacio de tranquilidad antes de que Carlota cayera sobre mí y me devorara.

Casi las tres menos cuarto. Día 1

A los pocos pasos ya me di cuenta de que era una barbaridad. En primer lugar, había dejado a los niños solos, sin mi protección. Nadie me los iba a robar, no era eso.

Pero podían hacer cualquier disparate, por ignorancia o por error. Dejando aparte los peligros de manual de aventuras, lo cierto es que un padre no deja a sus hijos después de que se hayan estrellado con una avioneta. En segundo lugar, ¿qué clase de comida

podía conseguir yo, cuyo conocimiento práctico de la naturaleza consistía en admirar las petunias del vivero que había cerca de casa, en Madrid?

El resultado ha sido una equivocación doble. He abandonado a mis hijos y no soy el explorador perfecto capaz de nutrirse de raíces o de atrapar algún bicho alimenticio. A pesar de todo, me traje el hacha y la cuerda de nylon. Creí que eso al menos les impresionaría. Aunque fuera sólo al principio. Lo cierto es que salir con el hacha ridícula y la cuerda me hizo sentir un poco mejor tras las preguntas terribles de Carlota.

Iba a intentarlo, eso jamás podrían reprochármelo.

Pero en cuanto me he encontrado a solas con las peñas, estas matas escuálidas y el lago, he perdido la energía. ¿Se comen las matas?

Entonces he decidido quedarme detrás de un grupo de peñas, observar a los niños a distancia y esperar que algún pájaro enfermo se caiga del cielo y que sea un pájaro para tres raciones.

Podría haberme traído también la manta. Se me está quedando el culo tieso.

Más de las tres. Día 1

Los niños miran de vez en cuando el camino por el que me he ido. He observado minuciosamente lo que me rodea. Las peñas no se comen. También las matas parecen duras. No he visto ningún animal en la superficie del lago. Se supone que los patos viven en sitios así. El resto es un circo de montañas peladas, con ese color quemado que dejan el viento y las heladas. Me han dado ganas de excavar la tierra y llevarles, aunque fuera como testimonio, una lombriz. ¿Habrá lombrices? ¿Y lagartos?

Mucho más de las tres. Día 1

Toto se había acercado a la orilla del lago y de pronto ha vuelto corriendo adonde Carlota, ha cogido una de las bolsas, arrastrando con él a su hermana. Están otra vez en la orilla. Toto se ha agachado y ha parecido que apartaba algo del fondo. Luego, han metido la bolsa y se han quedado en la postura un rato. Un buen rato. Han sacado las manos de golpe y en la bolsa se ha visto algo que se retorcía. Al volcarla, ha salido un bicho bastante pequeño, quizá un pez, que se dio un par de revolcones antes de quedarse quieto del todo. Entonces han mirado hacia el camino por el que me marché, como si esperasen

antes de tomar una decisión.

Creo que ya es hora de que vuelva. Pero me da vergüenza volver sin nada y encontrar que ellos tienen un pez. Grande o pequeño, ellos han cogido un pez y yo, nada. Me da vergüenza y además Carlota me estará mirando. Tiene un talento especial, como su madre, para ver la debilidad, sobre todo cuando es mía. Es lo que algunas mujeres llaman amor y yo llamo mala idea.

Las cuatro. Día 1

—¿Es un pez de verdad? —mientras lo pregunto ya sé que estoy haciendo una pregunta tonta, pero es mejor hablar de eso que de lo que yo traigo.

—Nos lo vamos a comer, papi —dice Toto muy orgulloso y quizá esperando un poco de admiración de mi parte.

Pero no tengo fuerzas ni para eso. Es mejor gastar las energías en encontrar una buena disculpa para mi fracaso.

—Por ahí afuera no me he tropezado con nada que se mueva. Hace por lo menos un millón de años que las especies abandonaron este sitio.

—No importa, papi, ahora hay que ver cómo nos o comemos.

—Claro, Toto. Pero lo de ahí afuera es un desierto.

—Hay que hacer un fuego —dice Carlota, mirándome.

—No tengo mechero ni cerillas —contesto como si alguien con el que me cruzo en una calle me hubiera pedido lumbre.

—Pues si no, ¿cómo lo comemos? ¿Crudo?

El animal tiene dimensiones un poco superiores a las de un boquerón. Crudo o cocido, no creo que dé tiempo ni para imaginar a qué sabe. Pero no puedo decírselo a los críos. Es bastante más de lo que yo he conseguido.

—Bien. Haremos un fuego —digo con imprudencia y pensando que es una buena ocasión para demostrar mi autoridad.

—Venga, papi —dice Toto con entusiasmo.

—Déjame pensar —y sigo mirando el boquerón.

—¿Y sabes cómo se hace un fuego? —pregunta Carlota.

—Todos hemos visto películas, Carlota. Hay que frotar dos palos.

—O dos piedras —dice ella.

Entre las cuatro y las cinco. Día 1

Tuve que hacer memoria del diario de un explorador indio que leí cuando era pequeño. Recordar, la verdad, sólo recordaba los dibujos pintados en el libro. Un palo delgado y una plancha de madera. El primer problema era encontrar las dos cosas en aquel paisaje lunar.

—Lo malo es que por aquí es difícil encontrar los palos.

—Los encontraremos —dijo Carlota.

—¿Dónde?

—Pues en el bosque de pinos.

—¿Qué bosque de pinos?

—El de ahí arriba, papi —contestó Toto con delicadeza.

En efecto, por encima de la pendiente en la que nos habíamos instalado asomaban las copas negras en las que no me había fijado. Me sentí una especie de escritor ciego.

Una sensación de que no me daba cuenta de nada y al mismo tiempo de que era preciso que los niños confiaran en mí. No me había dado cuenta de que los niños se habían desnudado después de haberse empapado en barro. Tampoco de que en los lagos, generalmente, aparte de los patos de la superficie, suele haber peces nadando por allí. Y

por último, lo que yo creía un lugar desolado era un lugar en el que había árboles. No sé. Empezaba a estar algo confundido.

—Estupendo —dije al fin—. Veréis lo que vamos a hacer. Me traéis una buena corteza de pino y un palo delgado de medio metro más o menos. Mientras tanto, yo voy limpiando el pez.

Los niños marcharon con diligencia a hacer el encargo. Yo abrí las entrañas del pez y luego le lavé el vientre en la orilla. Me quedé en esa orilla más tiempo del que necesitaba para la operación. Estuve aguzando el oído y tratando de escuchar en el aire pacífico del día el

ruido de algún motor. Pero aquel circo de montañas quemadas, con el lago de lodo dentro, parecía una barrera natural contra todo lo que viniera del exterior.

¿Cuánto tardaría mi hermano o el campo de aviación en sospechar que algo había sucedido? No podía ser mucho. Era imposible que tardaran más de unas pocas horas.

Mientras pensaba que eso era imposible, empecé también a pensar cosas inquietantes. Yo no le había dicho a mi hermano el sitio al que queríamos volar. Entre otras cosas, porque yo no lo supe hasta que hablamos con el piloto. Alguno de los sitios desconocidos de la región, le dije. Y la región era grande. El piloto había hablado con el campo nada más despegar. Luego, no volvió a utilizar la radio. Ni siquiera cuando caímos. ¿Le habría pasado algo a la radio? Tal vez habló mientras la avioneta se precipitaba, pero yo estaba demasiado asustado o pensando demasiado en los niños y en otras cosas para enterarme de cualquier llamada de socorro. Además, yo no pensé en el socorro en aquellos momentos, sólo en la muerte. Eso pudo cegar mis oídos. O el piloto había perdido la radio junto al resto de los aparatos de la avioneta y no vio la necesidad de dar explicaciones de todas las averías.

El cielo estaba tranquilo y las montañas muy quietas debajo de ese cielo. Parecían decir: «Nada extraño entrará aquí» y también: «Nadie sale de aquí». Y lo decían con la boca del lago, del agua quieta de la superficie sobre el lodo quieto del fondo.

Los niños volvieron con varias cortezas y palos. Escogí una pareja y ya cuando los tuve en la mano, sentí la certeza de que aquello no ardería jamás. Se lo explicaría con todo detalle a los niños, para que al menos no me echaran toda la culpa.

—Hay que hacer un agujero en la corteza y sacar punta al palo. Tienen que ser, el agujero y la punta, de la misma medida.

Hice lo que había dicho con ayuda del hacha-destornillador.

—Ahora hay que hacer girar el palo a toda velocidad y el palo acabará ardiendo.

—¿El palo, papi? —preguntó Toto.

—Es más fácil que arda el palo que la corteza, ¿no te parece?

Froté el palo con todas mis fuerzas durante minutos. Me detuve.

Toqué la punta y la punta estaba caliente. Se lo mostré a los críos para que vieran que la idea no era mala.

Los niños tocaron la punta.

—Está caliente, pero de ahí a que se encienda queda mucho —dijo Carlota.

—De alguna forma habrá que empezar —los consolé.

—Papi, lo que tú estás haciendo, ¿no se hace con yesca? —sugirió Toto.

—¿Con yesca? —no sabía de qué estaba hablando.

—Lo he visto en el libro de Naturales. Se pone algo que arda bien en el agujero y se hace una salida a un montoncito de lo que arde bien. De esa forma arde lo del agujero y se corre hacia el montoncito.

—El problema es que no tenemos nada que arda con esa facilidad —traté de decirlo como si ya lo hubiera pensado antes y hubiera desechado la idea.

—Con puntas secas de pino.

—¿Con puntas secas de pino?

Trajeron una brazada de puntas de pino y Toto hizo la hendidura desde el agujero.

Volví a frotar hasta que me dolieron los brazos. Luego, me fueron sustituyendo Toto y Carlota. Al final, alguno consiguió sacar un poco de humo de las puntas de pino. Pero nada más. Lo intentamos muchas veces, pero el humo se negaba a convertirse en fuego.

—Siempre había pensado que el humo viene detrás del fuego —dije.

Todo lo que conseguimos después de mucho tiempo fue que el humo llegara también al montón de puntas de pino que se comunicaba con la corteza. Mientras Toto y yo pensábamos que ya habíamos cogido el buen camino, Carlota arrojó el pez encima del montón de yesca.

—¿Qué haces? —le dije enfadado—. Ya casi estaba prendido el fuego.

—No digas cosas raras, papá. Así, por lo menos, lo comeremos ahumado.

Toto no dijo nada, sólo que le dolían mucho los brazos y que lo único que había empezado a arderle era la piel de las manos.

Les dije que no tenía hambre. Después de que insistieran, tomé un poco de la cola de aquel boquerón miserable. La parte que les tocó a los niños no era superior a la de una anchoa. Sabía a pescado crudo asqueroso que había estado en un fuego de campamento durante horas enteras. Casi era mejor su sabor a carne cruda que su sabor a humo. Puaf.

Después de las seis. Día 1

Estaba enfadado con ellos. Tenía la seguridad de que empezaban a pensar que yo no era el capitán adecuado. Que podían valerse por sí mismos. Y que eso lo pensaban porque en el fondo echaban de menos a su madre, porque creían que su madre ya lo habría resuelto todo. Yo nunca los había obligado a pasar los fines de semana conmigo.

Ahora veía un reproche profundo en su actitud. Menos en Toto que en Carlota. Pero notaba que él también podía despegarse.

—Papá —empezó Carlota—, deberíamos irnos de aquí.

—¿Adónde?

—Tiene que haber alguna población no demasiado lejos.

—¿Cuánto es no demasiado lejos? —me sentía orgulloso de este tono, ahora veríamos quién era el que sabía algo.

—No sé. No mucho.

—¿Cien kilómetros, doscientos?

—No lo sé —dijo enfadada.

—Papi, también pueden ser diez o veinte. No sabemos lo que se ve detrás de las montañas —Toto trató de borrar el enfado de su hermana, hablando muy tranquilo.

—Hemos sobrevolado estas montañas y sabemos lo que hay detrás. Hay un páramo de cientos de kilómetros. Y delante, sólo hay montañas. Durante más kilómetros, a lo peor.

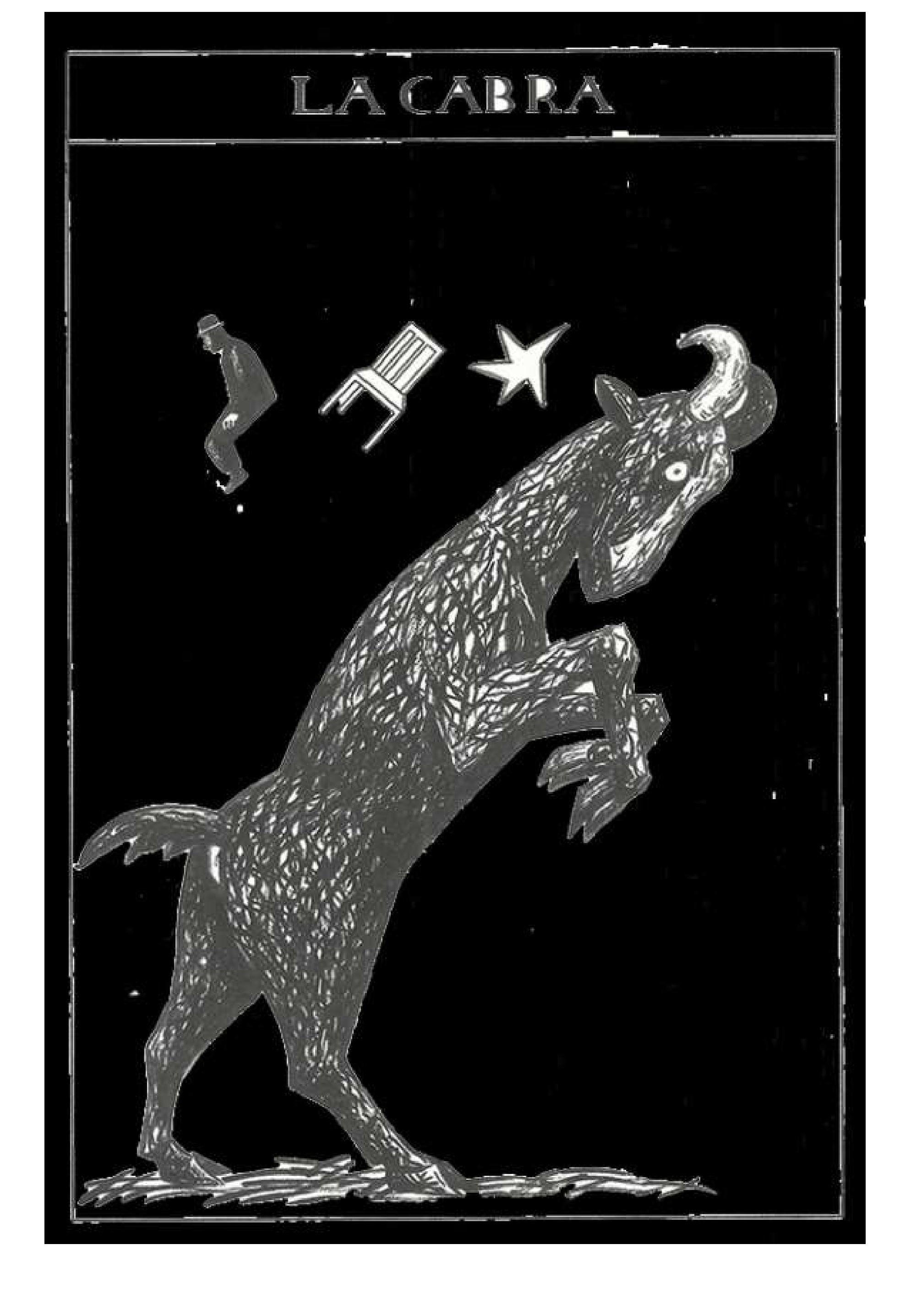
—Esto no es Siberia, papá —a Carlota se le había pasado el enfado de repente.

—¡De acuerdo, Carlota! ¡Esto no es Siberia! Pero dime, ¿quién te dice a ti que podemos aguantar treinta o cuarenta kilómetros de montaña sin comer y sin conocer la

dirección? Puede haber un pueblo en un valle y nosotros pasar por el valle de al lado sin enterarnos. ¿No es eso posible?

—¿Y esperando aquí, qué ganamos? Han pasado ya seis horas y no ha aparecido nadie. No tenemos comida ni nada. Cuanto más tiempo pase, más difícil será salir luego de aquí. Estaremos más débiles.

Miré a Toto y Toto permaneció callado. Me levanté y me marché. En ese momento estaba dispuesto a que ellos cogieran su camino y yo el mío.



Sobre las siete o algo así. Día 1

En cuanto los he perdido de vista, me he arrepentido. Si su madre lo viera, Dios mío.

Los dejo solos porque no estamos de acuerdo en lo que hay que hacer. ¿No soy yo el que debe saber? Si realmente tengo autoridad, ¿por qué no hago que me obedezcan? A pesar de mi arrepentimiento, he seguido caminando con rabia. Huyendo de ellos. ¿Qué puedo hacer yo con ellos? Tengo miedo de no saber nada, miedo de que me descubran, miedo de equivocarme. Pero sigo andando y andando hacia ninguna parte.

He llegado hasta la falda de uno de los macizos. He visto una embocadura por la que podría pasarse fácilmente al otro lado. El otro lado del que hablan Carlota y Toto.

Pero yo no estoy de acuerdo en pasar al otro lado. Al mirar a través de ese paso, he visto el cielo más oscuro que está viniendo de oriente. Puede que en menos de media hora tengamos encima la noche.

Iba a darme la vuelta cuando algo muy duro chocó con mi pierna derecha y me hizo girar dos veces sobre el propio eje. Un dolor que subió de la pierna hasta el cuello y se quedó metido en el cuerpo igual que se quedan las balas, me imagino. Miré un par de nubes rosas bailando en el cielo de una forma rara y acabé besando el suelo. Un tren, pensé, o cualquier vehículo con motor me había atropellado en una avenida céntrica de Madrid o de Manhattan. Era lo que soñaba mientras seguía pastando en aquella tierra al pie de la montaña. La pierna totalmente dormida y un dolor que se había subido a los ojos y no me dejaba ver. Alguien, no muy lejos, se había puesto a soplar. Una cosa absurda, volví a pensar, producto de la imaginación atontada.

Fuí levantando la cara hacia donde sonaba el soplido. Vi un animal irreconocible, escapado seguramente de la pesadilla de algún cuento de horror y que no podía parecerse a ningún bicho real. Una mezcla de toro y de cabra. Las barbas muy largas, una cara aplastada como la de un boxeador después de mil o mil quinientos combates, unos cuernos robados a un Satanás hortera, retorcidos para arriba y para abajo a la vez, y una mirada de chulo convencido. No existe nada en el mundo que quiera parecerse a un personaje así. Luego no existía.

Existiera o no, pegó media vuelta y puso el gesto de volver a intentarlo de nuevo. Y, tanto si existía como si no, pensé que lo mejor sería evitar otra embestida que podría mandarme al reino de los que no despiertan. La mezcla de toro y de cabra rozó los pantalones a pesar de que yo empecé a dar volatines desde que vi sus malas intenciones. Pasó como una locomotora, runflando y echando vapor por todas las comisuras y dejando su aliento caliente en los pantalones.

Los volatines me llevaron contra dos peñas, con un paso estrecho entre ellas. Podía ser un refugio. Sólo conseguí meterme de costado y con mucha dificultad. Todavía me estaba introduciendo en la hendidura cuando la bestia obtusa atacó de nuevo. Las rocas no le infundían el más mínimo respeto. Vi cómo aquella cabezota de ideas fijas se iba acercando y cómo se incrustaba contra las paredes de mi refugio. Me extrañó que ninguno de sus cuernos saltara por los aires. Puede que fueran más duros que la piedra.

Dentro de su escasa inteligencia, pareció decidir que los dolores de cabeza no son una manera eficaz de conseguir nada. Subió por una de las paredes y se situó en la boca de la hendidura, en lo alto de las dos rocas. Entre mi cabeza y la suya mediaba la distancia de un par de hocicadas.

Y allí se quedó. De vez en cuando, saltaba de un lado a otro, pero la mayor parte del tiempo lo empleaba en observar el saco de carne humana que le iba a servir de pelota.

El cielo, por encima de la mezcla de toro y de cabra, se fue oscureciendo y, al cabo de un rato, sentía su presencia por los continuos runflidos y el olor silvestre con que estaba llenando mi improvisado hospedaje. Apenas distinguía la mancha más oscura del monstruo.

Metido en el estómago de aquellas rocas, asediado, y en medio de la oscuridad, pensé en Toto y en Carlota, en que estaban solos, en que estarían pensando que los había abandonado. Este último pensamiento era el peor de todos. Podía esperar a que llegara el día, pero eso no me garantizaba que el chivo loco se aburriera de una vez. Si no me mataba a cabezazos, podría matarme de inanición. Él podía elegir. No era mi caso.

El día entero pasó por mi cabeza. El accidente de la avioneta, mi incapacidad para dar una explicación a los niños o proporcionarles alguna ayuda real, el enfado con Carlota, el abandono posterior y, finalmente, aquella situación de la que saldría ganando el cornúpeta que me olisqueaba desde arriba. De todo ello, yo era el culpable y por esa culpa iba a pagar. Moriría miserablemente y mis hijos me recordarían siempre como era en realidad: un pobre tipo que se daba aires de escritor y que no se había respetado a sí mismo lo suficiente como para decirles la verdad. «Mirad, hijos, vuestro padre es un inútil y lo único que sabe hacer en la vida es ganar un poco de dinero para impresionar a niños como vosotros. O encontráis la forma de salir de aquí o este pobre hombre no os sacará jamás».

Lo único que he hecho durante toda mi vida es esconderme de ellos con el pretexto de que tenía que escribir o hacer cualquier otro trabajo. Mientras duró el matrimonio con su madre, conseguí la mejor habitación de la casa e instalé en ella mi despacho. Un

despacho con llave. Y la llave era tan importante o más que el despacho. A medida que pasaron los años, ese despacho se convirtió en mi refugio del resto de la familia. Un refugio que me protegía lo mismo que las dos rocas me protegían ahora de la mezcla de toro y cabra. Mi propia familia se fue con virtiendo también en una fiera de la que tenía que escapar, que me daba miedo.

Recuerdo una frase de un libro que leí cuando era pequeño: «Yo pondría a todos los hombres sobre un campo y al que no supiera jugar lo mataría». Nunca he podido olvidarla y nunca he podido olvidarla porque tengo la seguridad de que a mí me hubieran matado. Yo nunca he sabido jugar con nadie, ni querer, ni ninguna otra cosa que no fuera estar metido en mi despacho. No para trabajar, eso también es falso.

Trabajar era sólo un pretexto. Lo que yo quería era estar solo para que no descubrieran que no sabía estar acompañado. Leía los periódicos, hacía crucigramas y me aficioné a unos puzzles noruegos que eran imposibles, mientras mi mujer asomaba por la puerta y me pedía que fuéramos a dar un paseo o los niños pedían que hiciéramos algo en cualquier tarde aburrida de domingo.

Todo eso cambió con la separación. Entonces me propuse demostrarme a mí y demostrarles a ellos que podía hacer cosas. Durante dos fines de semana al mes me sentía capaz de hacer ese esfuerzo. Y programé nuestras salidas como si fueran aventuras al Mato Grosso. Haríamos cosas importantes y ellos después las recordarían al mismo tiempo que recordarían la imagen magnífica de su padre. Tenía miedo de perderlos para siempre, cuando antes no me había importado vivir con ellos como si ya los hubiera perdido. Creo que, en el fondo, lo único que me importaba era yo y mi propia vergüenza de pobre tipo.

Si salía alguna vez de aquellas dos rocas y salía ileso, juré a Dios contarles estas cosas, aunque me despreciaran para el resto de mis días. Aquella muerte me parecía demasiado tonta como para no arrepentirme de todo lo que había hecho hasta entonces.

Aunque no saliera ileso del todo, también se lo contaría.

El dolor de la pierna se fue encerrando en la parte alta del muslo. Era un dolor de cuchillo que me hizo temer por alguna lesión importante. Sentía los dedos del pie derecho bastante dormidos. Me toqué la pernera y la mano regresó manchada de sangre. No demasiada: la suficiente para saber que se trataba de sangre. No me asusté.

Comparada con la muerte, una pizca de sangre no es nada y yo sólo era capaz de pensar en mi muerte.

Se lo contaría, hice la firme promesa de que se lo contaría en cuanto los tuviera delante.

La mancha del cielo era tan oscura como la mancha del animal que saltaba por arriba. Esa oscuridad traía un olor a humedad que se levantaba del lago, como si el lago despertara por las noches. Incluso llegaba a escucharse un rumor del agua, agitado por algún corazón nocturno.

El cansancio de la terrible jornada, la impotencia para escapar de allí, hicieron que los ojos se fueran cerrando en un sueño de debilidad y de miedo. Soñé con la cara de la bestia y con la cara del piloto, a la que no conseguía distinguir a pesar de los esfuerzos.

Después vi a los niños durmiendo lejos de mí, en otro país al que no podía llegar. Al final del sueño escuché una carcajada. Salía de la boca de su madre, una boca muy grande que quería tragarme.

Intentaba que esa boca no me devorase cuando me despertó un ruido de vendaval.

No era un vendaval, era otra cosa. Igual que plástico. ¿Plástico? Plástico como si alguien lo sacudiera con mucha fuerza y muy cerca.

En medio de ese plástico escuché las voces de Toto y Carlota.

—¡Vete! ¡Fuera! ¡Largo, bicho, largo!

Toto y Carlota habían llegado a la entrada de las peñas y agitaban las bolsas de supervivencia hacia lo alto. Nunca había imaginado que un plástico pudiera hacer tanto ruido. La bestia de arriba pegó dos o tres brincos nerviosos y, por último, saltó hacia fuera, a un lugar que ya no podía verse.

—Era una cabra salvaje, papi, pero ya se ha ido —dijo Toto asomándose por la hendidura.

—Ya puedes salir —añadió Carlota desde atrás.

—Una vez vi en un pueblo que a los burros los asustaban poniéndoles un plástico en el culo y salían disparados. Se me ocurrió que a todos los animales les pasa igual.

—Era una cabra salvaje —repitió Carlota mirando en la dirección por donde el animal se había ido.

—Salimos a buscarte, porque ya estabas tardando mucho. Te vimos y fuimos por las bolsas. Fue una idea.

—Gracias, hijos. Lo último que me hubiera imaginado es que por aquí hubiera animales salvajes.

—Tiene que haberlos, papi. Y éste no debe ser el único. Estas montañas son buenas para hacer reservas de fieras.

—No digas barbaridades, Toto.

—Yo he escuchado alguna —aseguró Carlota.

Cualquier hora de esa noche. Día 1

Nos envolvimos con la parte ancha de la manta, a lo largo no hubiera bastado, y nos encogimos los tres en un abrazo de frío y quizá de temor. Yo sentía el miedo de los niños en un temblor interno que les movía la tripa. Pero era un miedo de adultos, controlado en el estómago y que no dejarían escapar por ninguna razón de este mundo.

Sabían que estaban en una situación difícil y que con gritar o llorar no arreglarían nada.

Y que con gritar o llorar harían gritar y llorar a los demás.

Cada uno de ellos había escogido uno de mis costados, buscando la protección de la axila, para encogerse. Sólo en ese gesto, los sentí tan niños como eran en realidad.

Entonces pensé en mi promesa de contarles la verdad y me di cuenta de que, si se la decía, sería tanto como hablarles de mi miedo. Papá no sirve para nada, no confiéis en papá. Decirlo en un momento así sólo serviría para atemorizarlos más. Si ellos no me decían su miedo, yo tampoco tenía derecho a decirles el mío. ¿Tendría el valor suficiente para callarme? En momentos así, lo que le gusta a todo el mundo es contar lo mal que lo está pasando y cargar a los demás con su propio

sufrimiento. Y esa carga se esparce después hasta dejar aniquilado a todo el mundo. No merece la pena y hace más daño del que ya se siente.

Me pareció que la respiración regular de los críos indicaba que se habían dormido.

Yo había estado mirando el cielo sin darme cuenta. De pronto, empecé a mirar ese cielo como si no lo hubiera visto antes. Las estrellas brillaban más y eran más grandes de lo que recordaba en otros sitios y, sobre todo, en la ciudad. También el paño oscuro del fondo era más intenso. La impresión era que el cielo, en aquel lugar abandonado de la civilización, estaba más bajo y que bastaba con alargar un brazo para coger un planeta o cualquier otro chisme cósmico. También la sensación de estar tan cerca de ese cielo daba miedo. Podía caerse encima y no dejarnos salir nunca. Como un gladiador que deja caer sobre el cuerpo del vencido su red mortífera.

Apreté más a los niños y tuve la impresión de que sus huesos crujían. Aflojé un poco y siguieron crujiendo. No eran los huesos de los niños. Además, era un crujido rítmico,

hecho a intervalos regulares. Y no salía de los cuerpos de Toto y de Carlota, aunque estaba tan cerca como sus cuerpos, casi pegado a los oídos, sino que venía de un lugar exterior a la manta.

Ahora parecía que se arrastraba y que, de vez en cuando, se detenía para observar algo. Estaba muy cerca, por la parte de detrás, bajando de la pendiente de pinos a la orilla en la que nos habíamos acostado. No se movía ni la menor brisa y el ruido llegaba como si lo estuvieran haciendo en una cámara vacía. Se escuchaba en toda la extensión del circo de montañas, como si fuera el primer ruido que hubiera llegado nunca a ese lugar. Cada rama pisada por el intruso producía el eco de una rama pisada en la cavidad del lago. Sonaba en todas partes. Una manada de fieras que estuviese bajando por todas las pendientes de aquel valle de montañas encerradas. Igual que un ejército se aproxima por la noche a una fortaleza desprevenida.

Sentí que todo mi cuerpo se pegaba a la tierra y quería hundirse en ella. El dolor de la pierna, al que no me había acostumbrado, desapareció de pronto. Ahora escuchaba el ruido como si estuviera dando vueltas alrededor de la manta. Ya no era un crujido, sino el sonido de pisadas en un suelo espeso. Costaba sentirlo, había que hacer un esfuerzo.

Después, dejé de escucharlo durante minutos. Creí que eran minutos, tal vez fueran horas o segundos. El miedo tiene sus propios relojes. Todos los ruidos se habían parado en la extensión del valle. Todo estaba callado, pero con un silencio distinto al silencio de antes. Un silencio que casi había callado el rumor del agua y su corazón nocturno. Un silencio del que sólo escapaba el latido de mi propio corazón. Y el corazón hacía blop-blop, con riesgo de volver a despertar a todas las fieras que se habían quedado en silencio. Hice el gesto de llevarme la mano al corazón para aplastarlo y que se callara, pero Toto y Carlota dormían plácidamente sobre cada uno de los brazos.

Conseguí que el corazón dejara de hacer ruidos peligrosos. Vino otra vez el silencio absoluto. Silencio durante horas, minutos o segundos, el silencio distinto al de antes.

Silencio. Aunque hasta el aire inmóvil se había llenado, sin llegar a moverse, de una presencia nueva. En la nariz, en los ojos, en la boca, en las manos, en el oído, se sentía al intruso que no podía sentirse. Un silencio aplastante, como el silencio del cielo si se hubiera dejado caer poco a poco sobre nosotros hasta asfixiarnos. Siempre es más grande el silencio de lo que no se ve que el silencio donde no hay nada. El miedo es más silencioso que el desierto.

Horas, minutos o segundos. El tiempo necesario para llegar a pensar que aquel silencio era natural y que era mi imaginación la que lo estaba haciendo distinto. Ya me estaba tranquilizando cuando escuché un ruido nuevo: el de agua removida. Un sonido seco como el de las palmas de un gitano. Tac, tac, tac, pero en el agua. No sabía que el

agua pudiera moverse así. Y también muy cerca. Ahora sin eco y sin que sonara en ninguna otra parte.

Levanté la cabeza y, al levantar la cabeza, estaba seguro de adonde tendría que mirar en la cerrazón de la noche. Y entonces le vi. Igual que si fuera de día. Las tinieblas se apartaron para que yo pudiera ver al perro grande, de pelos erizados como púas, los ojos encarnados y brillantes, bebiendo en la orilla del lago con una mirada recelosa hacia el lugar de la manta. Parecía beber y pensar que después de la bebida se dedicaría a lo que hubiese en la manta. Bebía para limpiar el paladar de lo que pudiera estorbarle el gusto de lo que iba a comer después. Era más que un perro. Aquella cara sanguinaria nos observaba a menos de seis pasos. El tamaño de un asno pequeño. Entonces ocurrió lo peor.

Carlota se despertó y dijo, con la ronquera de un despertar

intempestivo, con una voz más fuerte de lo que podía esperarse en alguien que sale del sueño:

—Tengo sed. Quiero beber.

—Duérmete. Mañana buscaremos agua limpia —susurré, intentando con el susurro que ella no siguiera hablando tan alto.

—Se puede beber del lago. Ya hemos bebido —dijo con la misma ronquera y el mismo tono de voz.

—Pero antes se veía y ahora no se ve. Puedes tomar cualquier porquería —mi voz había subido algo con el propósito de dejar zanjada la discusión.

El lobo dejó de beber y nos miró fijamente. Los ojos le brillaban más que antes. Pero no cambió de postura. Sólo ladeó la cabeza para tenernos de frente. Las pupilas tenían un reluz rojo que las agrandaba en la oscuridad.

—¡Quiero beber! —Carlota estaba furiosa.

El lobo escuchó claramente el deseo de la niña y giró de golpe sobre las patas traseras. Ahora, su cuerpo había cogido la dirección exacta del lugar donde sonaron las últimas palabras. Adivinaba la cabeza erguida y atenta, el pecho recto, la piel erizada del animal que había tomado ya una decisión y que había dejado de beber.

Al mismo tiempo que lo dijo, Carlota había hecho el movimiento de incorporarse.

Con el brazo que la rodeaba, la hice volver a la postura anterior. Tuve que hacer bastante fuerza y seguramente la niña sintió daño. Gracias a ese daño, que Carlota

interpretó como una agresión, volvió al sitio en silencio, murmurando quizá para sus adentros alguna maldición.

Yo no podía dejar de mirar el resplandor rojizo de los ojos del animal. Me parecía que cada vez estaba más cerca a fuerza de no despegar la mirada de allí. La oscuridad se iba bañando en la sangre de aquella pupila como una nube de humo rojo que se estuviera posando en el agua del lago y en el suelo.

Apreté más a los niños. Quizá en ese momento ya no me importaba despertarlos.

Carlota se removió dos o tres veces, como si quisiera soltarse, pero no lo permití.

Entonces pensé si un padre, en aquellas circunstancias, no debería coger lo que tuviera a mano y enfrentarse a la bestia. El hacha, los cordeles, alguno de los palos afilados para hacer el fuego, las bolsas de plástico. En vez de quedarse allí quieto, esperando tontamente el ataque seguro de un enemigo.

Tenía miedo. El cuerpo me pesaba y se hundía más en la tierra. Me desesperaba abrazado a mis hijos y sólo era capaz de esa desesperación. El lobo iba a despedazarnos y lo único que yo sabía hacer era apretarme a los niños. No para protegerlos, porque si el lobo atacaba de nada serviría. Sino para protegerme yo de mi propio miedo.

Debería levantarme. Levantarme y luchar. Eso al menos nos daría a todos una oportunidad. Pero me imaginaba delante del lobo y me ponía a temblar debajo de la manta. Un lobo era algo con las ideas claras, acostumbrado a luchar por lo que quería, dispuesto incluso a morir por ello. Exactamente lo contrario de mí. Yo ni siquiera estaba dispuesto a morir. Prefería rezar o cualquier otro acto de resignación.

Empecé a gemir silenciosamente. Incluso, me daba miedo gemir. Era un gemido suave, de persona vencida de antemano, con un cuerpo inútil que jamás respondería a una llamada urgente. Miré a la fiera y de mis labios se escapó una especie de súplica.

Por favor, no nos mates, por favor. No era más que un susurro, aunque yo esperaba que el animal lo escuchara y lo comprendiera. Los ojos estaban ya muy cerca. La nube roja que iban extendiendo lo ocupaba ya todo. Bajo esa luz vi los nervios perfectos del lobo, tensados como un arco bajo la piel y la carne y amenazando con dispararse en seguida.

Por favor, no nos mates, por favor. Mientras, seguía gimiendo con ese gemido suave que era incapaz de convertirse en un llanto. El color rojo, el tufo de los pelos, un aliento hecho de carne podrida y masticada, la blancura de los dientes. La piel se encogió ante la proximidad de las fauces.

Y, de pronto, la noche volvió a quedarse negra, subió el olor de la humedad del lago y mis labios se callaron. El lobo, como si alguien le hubiera acertado con una pedrada en

el hocico, se retorció en el aire con la cabeza vuelta y salió corriendo

por la orilla del lado derecho.

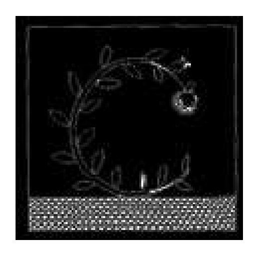
Algo le había asustado. Y fuera lo que fuese, ese algo era más poderoso que el lobo y, por tanto, muchísimo más temible.

Pasé el resto de la noche esperando que ese algo

apareciera por cualquiera de las esquinas de la

oscuridad.

En vela. Por mi propia impotencia.



Amanecer. Día 2

UANDO llegó la primera claridad del día, el frío era insoportable. Los niños tiritaban en su postura de bola, con las piernas encogidas y las manos entre los muslos. Mis brazos, que apenas se habían movido en toda la noche, estaban rígidos y dolían. No tanto como la pierna que había embestido la cabra monstruosa. Ya no dolía sólo en el sitio del golpe, sino en la pierna entera. El dolor se había extendido igual que una infección, aunque era más sordo, como el latido de un órgano enfermo.

El cielo, de un color azul muy pálido, contrastaba todavía con la sombra espesa del valle. Daba más sensación de frío. Los pájaros del amanecer cantaron con una voz ronca desde los extremos lejanos del lago. Ese sonido, el primero después de la noche larga y silenciosa, rebotaba en las paredes de piedra y se hacía más ronco. Luchando con la tiniebla que se negaba a desaparecer. Una sensación de que el mundo se había quedado vacío y de que los oídos podían escuchar ese vacío.

Poco a poco, la claridad de arriba se fue posando en el suelo, pintando el circo de montañas de los mismos colores muy pálidos. El lugar seguía pareciendo el lugar desierto y sin esperanza del día anterior. El lago de lodo inmóvil, las rocas inmóviles, las matas bajas inmóviles como las piedras o el agua y el suelo pelado por la intemperie, seguían diciendo, igual que el día anterior, que allí no iba a entrar nadie.

Toto y Carlota abrieron los ojos casi al mismo tiempo. Se incorporaron con esa rapidez que tienen los niños para empezar el día, sin preámbulos.

—Me duele el estómago —dijo Toto.

Tenía los labios violetas, casi haciendo juego con las dos ojeras que habían dibujado la noche, el frío, el hambre y las demás calamidades.

Carlota presentaba el mismo aspecto, pero el castañeteo de los dientes le impidió pronunciar palabra.

Se quedaron sentados un momento, con los brazos cruzados sobre el estómago y mirando en todas direcciones como si esperasen que algo hubiera cambiado. Luego, se levantaron y se fueron, igual que autómatas, a la orilla del lago. Me sorprendió que hubieran decidido

lavarse, cuando por lo general, en los días normales, eran capaces de

asesinar antes que meterse en una ducha. Hasta usaron los dedos para lavarse los dientes. En ese momento los quise más de lo que podía recordar.

Era como si, en la mayor desesperación, hubieran decidido cumplir con todas sus obligaciones. Y pensaran que esas obligaciones podían ayudarles en algo. También era un gesto de amor para todo lo que habían aprendido. Ahora que no sabían si seguirían viviendo.

Cuando regresaron, habían tomado una decisión. El aseo debió darles fuerza moral.

—Vámonos de aquí, papi —dijo Toto.

Al sentarme, sentí que el dolor corría rápidamente por la pierna en dirección al estómago. Tuve la certeza de que una parte de mi cuerpo ya no volvería a funcionar como antes.

—¿Ahora mismo? ¿Adónde? —mientras contestaba sabía que necesitaba ganar tiempo para conocer el alcance del daño en la pierna.

—A cualquier sitio. Ya no vendrá nadie —Toto hablaba como si hubiera empleado la noche en pensar lo que tenía que decir.

—No sé, Toto.

—Nosotros, sí —no miré a Carlota cuando lo dijo, pero sabía que estaba diciendo que podían prescindir de mí, por lo menos ella.

Carlota no olvidaba lo que había pasado cuando quiso levantarse. Quizá fuese mejor decirle lo del lobo, pero la forma de hablar me hizo daño. Puede que hubiera estado esperando toda su vida una ocasión para despreciarme y ahora tuviese una.

Pensé a toda velocidad. Deberíamos irnos. De eso estaba seguro. Lo que decía Toto era verdad. Cualquier plan de rescate debería haber llegado ya. Eso significaba o que no había plan —cosa difícil, porque la avioneta no había regresado—, o que el plan lo estaban ejecutando en otra zona de la región. No había motivo para seguir allí. Además, estaban los lobos y quizá algo peor que los lobos: lo que había hecho huir al de la noche anterior.

—Tú sabes que tenemos que marcharnos —la voz de Toto trataba de

sonar persuasiva, más que cariñosa.

Lo sabía, naturalmente que lo sabía. Pero también sabía que la pierna dolía y que quizá no pudiera moverla. Antes tenía que averiguar en qué condiciones estaba. Había una cosa por encima de todas las demás: yo no debería ser una carga para ellos. Pensé con tristeza que no lo hacía por ellos, sino por mí. Yo no quería que nos salváramos y ellos recordasen siempre que tuvieron que cargar con un padre inútil. Cuando lo de la cabra, había decidido contarles la verdad. Pero lo de ahora era distinto. Puede que ahora fuese un inválido de verdad. Y sentía miedo, porque Carlota me despreciaba y Toto, quizá, estuviera empezando a hacerlo. ¿Qué sentirían si además averiguaban que no podía moverme? Los perdería para siempre.

—Así no podemos ir muy lejos —dije, y era verdad, pero también mentira—. Si no comemos algo, en unas cuantas horas nos quedaremos tirados en cualquier lugar peor que éste.

—¿Comer, qué? —Carlota casi escupió la pregunta y la pregunta me escupía a mí.

No pude contestar. Había intentado doblar la pierna y apoyarla para levantarme. El dolor me hizo cerrar los ojos durante unos segundos.

—¿Te está doliendo, papi? —la voz de Toto sonaba a lástima.

—Sólo estoy un poco entumecido —ya sabía que aquella pierna no podría moverla a mi antojo.

—Si quieres que comamos, buscaremos comida, no te preocupes —dijo el niño como si la comida tuviera que ver más con el dolor que con el hambre.

—¿Qué vamos a comer? ¿Otro pescadito al humo? —ironizó Carlota.

Vi el gesto que Toto hizo para que Carlota se callara.

—Pescaremos en el río. Hay muchos peces atrapados en el barro. Nosotros los podemos coger ahí con las bolsas. Igual que cogimos el de ayer.

—Yo no voy a coger ningún pez —sentenció Carlota.

El niño se fue con una bolsa hacia la orilla. Ella dio media vuelta y se marchó pendiente arriba en dirección al bosque de pinos.

Yo me levanté como pude y resistiendo un dolor alarmante. Caminé unos cuantos pasos alrededor de la manta. Si no doblaba la rodilla, la pierna dolía bastante menos.

Pero me cansaba en seguida.

Las siete y pico. Día 2

Vi que Toto se sentaba y se quedaba mirando el horizonte de agua. Yo permanecía sobre la manta pensando en la manera en que les diría a los niños que necesitaba ayuda.

Primero pensaría en la clase de ayuda que necesitaba y después se lo contaría a mis hijos.

Entre la orilla y la manta sólo había unos pasos. Podía preguntar a Toto, sin moverme y sin despertar la sospecha de que me costaba moverme, por qué se había sentado de pronto.

—¿No has pescado nada?

—Todavía no. No es fácil.

Tal vez se estaba preguntando por qué yo no iba a ayudarle.

—Los dos haríamos demasiado ruido —comenté.

Toto seguía observando fijamente el agua, esperando quizá alguna solución que asomara la cabeza en forma de pez gigante y dócil, que se acostara a sus pies con la firme vocación de ser comido.

—¿Por qué te fuiste de casa?

—¿Cómo has dicho? —le había entendido perfectamente, pero no esperaba esa conversación.

—Que por qué te fuiste de casa —volvió un poco la cara y pude ver su perfil serio.

—¿Ahora se te ocurre pensar en eso? —pero yo sabía que se lo estaba preguntando porque eso tenía que ver con su relación conmigo, con la forma en que me quería o en que me estaba dejando de querer.

Las personas se separan, seguro que estaba pensando, de la misma manera en que yo ahora me estoy separando de mi padre.

—Nunca has hablado de verdad —dijo con la cara vuelta otra vez al

fondo del lago.

—Yo no me marché de casa, en primer lugar. Tu madre y yo nos separamos. Uno tenía que quedarse y otro tenía que marcharse. Es lo lógico —dije, sintiendo que no quería tener esa conversación con mi hijo en aquel momento.

—¿Y por qué os separasteis? —su voz era mucho más firme, como si ya estuviera escuchando la contestación en sus oídos.

—La gente mayor se separa a menudo, porque ya no pueden seguir viviendo juntos.

Es normal. Y eso, además, no tiene nada que ver con los hijos.

—Esa explicación ya nos la diste cuando teníamos ocho años. Lo que quiero es saber las cosas que os separaron —me pareció de pronto que estaba hablando con un hombre de veinte años y no con un niño de once.

—La gente se deja de querer al cabo del tiempo. Tu madre y yo estuvimos casados trece años, que es mucho para los tiempos que corren, por cierto. Ese amor se acaba y entonces cada uno busca otro por su cuenta.

—¿Es sólo por culpa del tiempo?

—Sí —contesté.

—Pero en el tiempo pasan cosas.

—Claro que pasan cosas.

—Entonces son las cosas las que separan y el tiempo no tiene culpa de nada.

—El tiempo es una forma de hablar —contesté, incómodo.

—Yo quiero saber las cosas —entonces me miró con la misma profundidad con que había estado mirando el agua.

—Pregúntale a tu madre —respondí enfadado y en seguida me di cuenta de que eso era una forma de echarle a ella la culpa de todo.

—Ahora no está aquí mi madre —dijo.

Sentí la tristeza de aquella contestación y mi torpeza al mismo tiempo.



Su madre no estaba y nadie podía asegurar que volviera a estar alguna vez.

—Las personas se van haciendo diferentes.

—¿Por qué?

—Porque descubren que no son como se aman.

—¿No son como se aman? —esta vez vi en su cara un gesto de interés.

—Se aman y son de una manera. Son como a ellos les gustaría ser. Una persona triste que quiere ser alegre, cuando se enamora está alegre. Un cobarde es valiente, y así. La gente se enamora porque quiere ser perfecta. Lo que a ella le parece que es ser perfecto, mejor dicho. Después, vuelven a ser como antes.

—¿Por qué vuelven a ser como antes?

—Porque en el fondo lo único que les interesa es ser perfectos.

—Entonces, nadie se quiere.

Estaba a punto de contestarle, pero Toto agarró la bolsa otra vez y la metió en aquel barro líquido.

Tuve la sensación de que las cosas habían quedado peor de lo que estaban.

Cinco minutos después. Día 2

Los dos escuchamos la carrera de Carlota por la pendiente, las patadas en el suelo de sus piernas muy largas, como si se clavaran en cada tranco. Bajaba con la melena suelta y los brazos haciendo aspas. Mientras corría, antes de pensar incluso por qué estaba corriendo, comparé su cuerpo grande, de doce años pero casi de mujer, con el cuerpo de fideo de Toto, la carne abultada de la mujer con la carne de niño que estaba en la orilla.

En ese momento vi a Carlota muy mayor y pensé que había crecido en los instantes en que yo no podía verla. Así como Toto parecía estar detenido para siempre en la misma estatura y complexión. Como si no pudiera crecer sin que yo le viera.

Carlota intentó frenar al llegar a mi posición, pero no pudo controlar su mole. Pasó de largo y se detuvo milagrosamente en la misma orilla en la que su hermano la agarró

en el último momento de la cazadora. Su carrera hubiese terminado en un chapuzón espectacular.

—¡Hay osos! ¡Un oso ahí arriba! —jadeó y gritó al mismo tiempo en una combinación que estuvo a punto de hacer que el corazón le saliera por la boca.

Se había quedado inmóvil en el sitio en el que su hermano consiguió agarrarla, con un brazo levantado al estilo de Colón y apuntando al bosque de pinos.

—En este país no quedan osos —me salió un murmullo sin convicción, mientras empezaba a pensar en lo que había asustado al lobo por la noche.

—¿Un oso? —Toto la miró con incredulidad.

Carlota seguía con el brazo en alto como prueba definitiva de lo que estaba diciendo, sin decir palabra y un gesto en la cara que, si no era pánico, se le parecía más de lo conveniente. Aquel gesto de miedo me dio miedo. Carlota podía distinguir perfectamente un oso de un caballo. Y, además, los osos no son animales que se confundan fácilmente. Nadie confunde un oso con una cabra o con una vaca o con un caballo. Tampoco con un lobo. Si Carlota decía que había visto un oso, puede que no fuera un oso, pero desde luego no sería una rana. Y desde luego no sería nada tranquilizador.

—¿Dónde estaba? —le pregunté.

—Al final del bosque. Metido en unos arbustos —había dejado de jadear, pero no de tener miedo.

—¿Muy lejos?

—No sé. Cien metros desde allí arriba.

Conocía a Carlota y esos metros podían ser quinientos y también, desgraciadamente para nosotros, un par de docenas.

—¿Qué hizo? —preguntó Toto, sin estar todavía muy convencido.

—Cuando llegué se estaba revolcando, pero en seguida se quedó echado y con el hocico para arriba.

—Si es un oso, te ha olido —dijo Toto con una tranquilidad que me pareció excesiva.

Miré alrededor. Si Toto estaba en lo cierto, tendríamos allí a la bestia en unos minutos. Un oso es más rápido de lo que la gente cree y es todavía más resistente que rápido. En aquel paisaje pelado teníamos pocas escapatorias si se nos echaba encima.

Puede que no se atreviera a seguirnos al lago. En cuanto hundiera las patas en medio metro de cieno, se lo pensaría dos veces. Con su peso, se movería más lento y se hundiría más que nosotros.

—Hay que meterse en el lago —dije con una angustia que me permitió levantarme sin pensar en el latigazo de la pierna.

—Eso tiene un problema, papi —argumentó Toto, tan inmutable como antes y quizá con una idea rondándole la cabeza.

—¿Qué problema?

—Que el oso puede tenernos a remojo todo el día y a lo peor toda la noche y mañana también. Los osos cuando descubren a un enemigo, no le dejan. A lo mejor no le matan, pero no le dejan.

—No veo que tengamos otra solución —dije, bastante nervioso ya, mirando el brazo que Carlota se resistía a bajar.

—Son mejores las peñas. Están lisas y el bicho no podrá trepar. Son mucho mejores que cualquier árbol.

Lo que dijo me obligó a mirar las peñas en las que me había escondido la vez en que fuí a buscar comida, para espiarlos y ver cómo pescaban su pez.

—No son muy altas —refunfuñé.

—Basta con que el oso no llegue con las zarpas —dijo Toto.

Toto se puso en camino después de la última palabra. Carlota bajó el brazo, sin dejar de mirar la pendiente. Yo puse la pierna todo lo derecha que pude y me arrastré detrás de los niños. Habíamos dado una docena de pasos, cuando Toto volvió corriendo por el hacha y las bolsas. Nos alcanzó en seguida. Hubiera debido preguntarle para qué hacía aquello, pero estaba demasiado preocupado con las dificultades de la pierna y con la manera en que conseguiría hacerla trepar poco después. Prácticamente tuvieron que izarme por una de las grietas, mientras yo me ayudaba de las manos y de la pierna sana.

Finalmente, lo conseguimos, no sin que me quedara una permanente

sensación de inválido. No los miré a los ojos durante un rato.

El rato en el que estuvimos esperando que el oso apareciera por alguna parte.

—Tal vez el oso no ha olido a Carlota —me atreví a decir, como si de alguna manera eso justificara mi invalidez.

—La ha olido, seguro —disintió Toto—. Y, además, si está por aquí, nos acabará oliendo a todos. Es mejor estar prevenidos.

Escuchaba al chiquillo y sentía que esas palabras debería haberlas dicho yo. Pero en ese momento no me importaba nada. Tenía miedo suficiente para agradecer cualquier cosa a cualquiera que tuviera un poco de noción sobre el asunto. Me fiaba de Toto de la misma forma oscura en que me fié de la nuca del piloto mientras la avioneta se iba derecha al castañazo.

Le miré como se mira al capitán de un barco que se mantiene impasible bajo las velas zarandeadas por la tormenta. Él miraba a su vez hacia una zona amplia de la pendiente, con el perfil reposado de un indio que espera que lo que tiene que suceder suceda. Me fijé en su nariz pequeña de animal olisqueados en los labios grandes, estirados y tranquilos, en el pelo rubio y todavía mojado que se había echado hacia atrás, en los ojos pardos, abiertos, pero sin una pizca de inquietud. Me pareció que sería un hombre guapo al que las mujeres adorarían por su serenidad. En aquellos momentos pensé que era hijo de otro. Y casi agradecí a su madre que así fuera, por miserable que esto resulte.

Yo sólo había conseguido permanecer sereno dentro de mi despacho, entre libros de muertos o de vivos ausentes. Y entre los puzzles noruegos. Bastaba con que ella me dijera que se había estropeado un electrodoméstico, para que yo perdiera la compostura en una milésima de segundo. Una vez en que abrió la puerta para decirme que salía agua de la lavadora, le contesté que si quería arruinar mi carrera con aquellas interrupciones.

Llevábamos un día sin comer, ignorábamos el camino de salida, ignorábamos incluso si alguien habitaba en la región, nadie había venido a buscarnos, un lobo había bebido a media docena de pasos de nosotros y, por si era poco, teníamos a un oso merodeando por los alrededores. Todo ello no había conseguido perturbar a un niño de once años que se había convertido, durante el trance, en el baluarte de aquella familia.

—Voy a ver qué pasa —dijo Toto mientras empezaba a deslizarse por la roca.

—Ni se te ocurra —dije sin la energía que hubiera sido necesaria para que el chiquillo se detuviese.

—Vosotros no os mováis —se limitó a decir cuando ya estaba abajo.

Carlota estaba en lo más alto, sentada y abrazándose las rodillas. Vio cómo Toto se alejaba con un silencio absoluto. Concentrada en esa imagen, pero sin mover un músculo.

—No deberíamos haber dejado que se marchara —le dije buscando consuelo para mi inutilidad.

—Conoce muy bien a los animales. Mamá dice que los conoce mejor que ella.

Mi mujer era zoóloga y en esa materia, por lo menos, podía considerarse una autoridad. A pesar de que tuviera que aparecer en escena, las palabras de Carlota me consolaron un poco.

De lo que no me consolaron fue de mi pierna inútil y del organismo inútil que estaba pegado a ella. Me sentía muy mal. Rezaba para que nada le ocurriese a Toto.

Las ocho. Día 2

Apenas me siento capaz de revivir lo que pasó entonces. Es igual que recordar un accidente de automóvil. Se resiste la memoria, pero más que la memoria se resiste el cuerpo entero. Cada vuelco, cada golpe, cada segundo de incertidumbre, vuelven a sentirse lo mismo que en el momento del accidente. Nadie quiere recordar esas cosas, sencillamente por que no se recuerdan, sino que se vuelven a vivir. Las personas deberíamos distinguir entre el recuerdo y la resurrección. Recordar es un pasatiempo, un juego, un recurso de una cabeza distraída. Revivir es hacer que las cosas nos pasen otra vez. Que el cuerpo vuelva a doler. O alguna herida de alguna parte del alma. Hay cosas que cuando mueren, deben abandonarse en el sepulcro en el que están. Es lo que se dice de los muertos cuando no se quiere traicionar su memoria. Se dice de los muertos y a partir de ahora yo lo digo del recuerdo.

Lo contaré en seguida, para que pase pronto.

Primero vimos a Toto, arriba de la pendiente, corriendo con todas las

fuerzas de sus piernas esqueléticas. Llevaba una bolsa en cada mano y las dos parecían llenas. Las llevaba separadas del cuerpo, como dos alas pesadas. Casi a la vez apareció el animal.

Un oso pardo, corriendo con sus cuatro patas y la cabeza escondida, como si fuera a echarse a rodar para ir más rápido. Las bolsas no dejaban que Toto fuera tan veloz como pedían las circunstancias. También llevaba el hacha agarrada junto a la boca de una de las bolsas.

Apenas le separaba del oso un par de metros de distancia. Desde donde nosotros estábamos, parecía que el oso le iba empujando con el hocico y que Toto tropezaba con cada una de esas hocicadas. Carlota empezó a gritar. Puede que yo también. Pero no puedo recordar lo que decían los gritos de cada uno. Lo único que recuerdo es que la voz de Carlota me pareció crecer de repente. No sólo crecer. Fue como si se tratara de otra persona. Otra voz. Si yo me hubiera escuchado, a lo mejor también hubiera sido otro. Creía estar viendo los últimos momentos de vida de mi hijo. Mientras los veía, sabía que después recordaría que los había estado viendo. Esa sensación de que uno está en una parte y al mismo tiempo en otra, viendo lo que hace ahora. Aunque mi hijo estaba vivo, vivo todavía.

Nada más bajar la pendiente, se vio en seguida que el oso era más veloz en la bajada, que ganaba metros rápidamente. El inmenso armazón ganaba terreno gracias a su peso descomunal. Entonces vimos realmente a Toto al lado del oso. Toto tenía el tamaño de un perro en la proximidad de un toro enfurecido. A cada zancada me preguntaba por qué seguía corriendo el oso. Había visto a Toto caer ya muchas veces bajo sus pezuñas.

Pero en la realidad seguía corriendo.

El chiquillo, sintiendo que la fiera se le venía encima, empezó a correr en zigzag. Las bolsas le golpeaban en los costados y notaba cómo Toto se tambaleaba, porque ahora las bolsas iban a la altura de las piernas y se metían por medio como una trampa.

El zigzag hizo que el niño mantuviera la escasa distancia de aquellas fauces abiertas, donde los colmillos brillaban igual que si los acabaran de pulir. Como si no fueran de un animal vivo, sino un trofeo de caza o un cenicero o algo por el estilo.

Por un momento pensé, por la dirección de su carrera, que Toto se dirigía al lago.

No me pasó otra cosa por la imaginación. Era evidente que si venía hacia las rocas, el oso tendría tiempo de cazarle apenas comenzara a trepar. Un simple zarpazo y Toto caería desde la mitad de la roca como un saco. Sé que entonces estuve gritando algo que llevaba dentro la palabra agua. Y puede que Carlota me imitase.

Estaban a mitad de la pendiente. Toto tenía muy pocas posibilidades. El oso había vuelto a acercarse, porque ya no le engañaba el zigzag de su presa. Corría derecho hacia el lago. Había adivinado que ésa era la escapatoria. Incluso había empezado a correr un

poco hacia la izquierda, trazando un paralelo con Toto, sin llegar a estar a la misma altura. Quería llegar al agua antes que mi hijo y enseñarle la cara en la misma orilla.

Entonces pasó lo que nunca debió pasar. Ambos cometieron un error. Un error la fiera y otro error el chiquillo. Poco antes de entrar en la orilla, el suelo en pendiente se enderezaba tras salir de una pequeña hondonada. El animal iba demasiado lanzado para poder prevenirse. Dobló las patas delanteras y tardó unos segundos en recuperar el ritmo de carrera. Toto ganó en ese traspié casi diez metros. Pero no se dio cuenta.

Aunque ése no fue exactamente el error de Toto. Su error fue querer desviarse en el último momento de la trayectoria que le llevaba hasta el lago y torcer a la roca donde estábamos nosotros. De esa manera, no sólo perdió su ventaja, sino que corrió al encuentro del oso, que venía por su izquierda. Aun esto no fue lo peor.

Con ese brusco cambio de dirección, una de las bolsas le jugó la mala pasada que se estaba viendo venir. Se le metió entre las piernas y lo mandó de bruces contra el propio oso. El animal, sorprendido, levantó la cabeza como si la desviara de un avispero.

Pero sólo la cabeza. El resto de su cuerpo, con sorpresa o sin ella, se quedó allí, como la piel de una carpa gigante sobre el minúsculo Toto.

Encogió una de las patas, amagando el zarpazo. Yo sabía que uno sólo de esos golpes bastaba. Y Carlota también. Estábamos mudos. La garganta, que había estado gritando hasta desesperarse, se quedó seca, y un cuchillo de dolor empezó a atravesarla de arriba abajo. Toto no se había movido del suelo. Aún tenía las bolsas agarradas mientras los brazos reposaban en forma de cruz. Panza arriba. El oso llevó la zarpa hasta la boca y dejó escapar un rugido que hizo que toda su cara se convirtiera en colmillos y encías. Unas encías negras, de sangre

oscura, y unos dientes con filo, igual que animales blancos que se alimentaran de la sangre oscura de encima.

Parecía como si la zarpa y la boca fueran a hacer el mismo movimiento. Tragarlo y destrozarlo a la vez. El pelo de la fiera estaba de punta, desde el cogote hasta la curva del lomo. Tan erizado y largo que se podía creer que el bicho había doblado su volumen. Una horrible cáscara de pelos que escondía el arma mortal de los dientes y las garras. Un torrente de babas escapó de la boca, con un color sucio, quizá blanco, pero sucio. La zarpa se encogió entonces como si alguien la estuviera torciendo por la muñeca. Los ojos se habían hecho pequeños y estirados como los de un chino. Y negros, tan negros que nadie hubiera podido encontrar su fondo. Nadie.

Sólo pudieron ser unos segundos, pero en ellos conseguí despedirme de mi hijo, mientras suplicaba a los dioses de aquel lugar que después el oso no se lo llevara con él a donde nunca más se le encontrara. Vivo o muerto. Mi hijo.

Mientras, yo no podía hacer nada, ni siquiera moverme, y había sido condenado a contemplar su muerte paso a paso, sin perder un detalle, como un castigo por haberme quedado inútil en el fondo de mi despacho, por no ver a Toto y no dejar que creciera, porque Toto necesitaba que yo le viera para crecer. Pensé que si Toto moría era por no haber crecido lo suficiente.

Todas las imágenes de su muerte pasaron por mi cabeza y, tal vez, quise cerrar los ojos. Quise, pero no los cerré. Nadie cierra los ojos ante lo que sabe que tendrá que recordar toda la vida. Mi cuerpo ni siquiera estaba helado, no era más que el envoltorio donde se habían alojado ideas estúpidas, propósitos estúpidos y al que yo quería matar antes de que el oso matara a Toto. ¿Por qué no estaba yo debajo del oso? ¿Por qué nunca se puede elegir en los momentos importantes? Si Dios existe, si en la naturaleza hay ley, los hombres deberían poder elegir su muerte. El momento y la causa. Si no es así, entonces no hay ley, ni Dios, sólo existe el azar, la fortuna o la desgracia.

No sentía desesperación, sólo me preguntaba por qué estaba Toto debajo de la bestia y no yo. Aunque quizá la desesperación no es otra cosa que hacerse preguntas que nadie va a responder. En ese caso, yo estaba desesperado.

Recuerdo a Carlota abrazada a sus piernas, mirando con sus ojos redondos y silenciosos, en la postura de alguien al que le han sacado el corazón sin darse cuenta. Y

parece vivo, pero ya no lo está. Están allí su piel y sus huesos, pero sin aliento, él se ha ido con su corazón. Carlota sólo miraba, como si se hubiera desvanecido con los ojos abiertos.

La fiera soltó la zarpa. Fue un movimiento corto, de mano que rascase en la tierra. Y

pasó por encima de Toto sin tocarle. Quizá a milímetros, pero sin tocarle. En seguida la zarpa volvió a su posición de partida, a la altura de la boca. Pensé que con aquel primer movimiento sólo había querido medir la distancia. Ahora vendría el segundo y definitivo. Todas mis sensaciones se habían ido a los ojos, yo entero no era más que mis ojos. Durante el tiempo en que el oso mantuvo la pezuña levantada, decidiendo el segundo golpe, escuché el tictac de un reloj que alguien me había metido en el pecho. Y

ese sonido llegaba hasta los ojos. Que también eran relojes.

Alguien hablaba. Pensé que yo me estaba hablando a mí mismo, diciéndome algo que no quería escuchar. No. No era mi voz. Alguien estaba hablando de verdad en

algún sitio de aquel espacio desolado. Sonaba como el rumor de una cañería cuando uno se está despertando. Yo veía al oso. Veía a Toto. La distancia entre la zarpa y el cuerpo de mi hijo. Los ojos negros del oso, sin fondo. Los dientes afilados y las encías.

Las manos de Toto apretando todavía las bolsas. Las dos manos pequeñas que apretaban sin temor, seguras de que ninguna fiera en este mundo se las iba a quitar. Y

en medio de aquella postura de crucificado, la cabeza del niño levantada. ¿Levantada?

Y en esa cabeza dos labios que se movían. Que se movían igual que si pronunciaran.

Entonces advertí que la voz o el rumor que estaba escuchando se acomodaba al movimiento de labios del pequeño. Que aquella voz venía de la boca, la lengua y la garganta de Toto. Y la cabeza levantada disparaba las palabras directamente al animal.

Suavemente, como si le estuviera convenciendo de algo.

El oso no bajó la zarpa, pero poco a poco sus encías se fueron haciendo pequeñas y los dientes dejaron de brillar. El pelo erizado se

fue peinando como si le azotara una brisa a la medida de aquel cuerpo enorme. En los ojos negros, estirados como los de un chino, se empezó a pintar un gesto de comprensión; no de dulzura, pero sí de comprensión.

Quizá no entendía las palabras de Toto, como yo tampoco las entendía desde mi distancia, pero entendía su música. Tal vez Toto le estaba diciendo que él también tenía derecho a comer y a vivir, que el hacha era de juguete, que le estaban esperando su padre y su hermana en lo alto de aquella roca. Que su hermana tenía miedo y que su padre era un inválido al que tenía que cuidar hasta que salieran de allí. Que él era sólo un niño dispuesto a llevarse las bolsas y que no había venido a matar osos, mientras que él, el oso, parecía dispuesto a matar niños. Tenía que irse y dejar que volviera con su padre y con su hermana. Habían sufrido un accidente con una avioneta y no estaban en aquel lugar porque quisieran. Si él, el oso, tenía derecho a estar allí y considerar suyo todo lo que le rodeaba, ellos tenían derecho a irse con lo necesario para poder salir.

Nunca volverían, a condición de que él los dejara no poder volver. Pero si le mataba, entonces, más tarde o más temprano, alguien volvería para matarle a él, el oso. Porque matando obligaba a los que le querían a volver para matarle. Entonces el oso tenía que elegir. Él simplemente iba a levantarse y a regresar con su familia. Sin prisa, sin miedo, con la seguridad de que él, el oso, haría lo más conveniente para todos. Mira, me levanto un poco y ahora otro poco. Ahora me pongo de rodillas y estoy de pie. Doy un paso y a partir de este paso daré todos los pasos necesarios para llegar hasta la roca. Tú puedes elegir. De hecho, tú eres el que tiene que elegir. ¿No te parece? Me voy. Gracias.

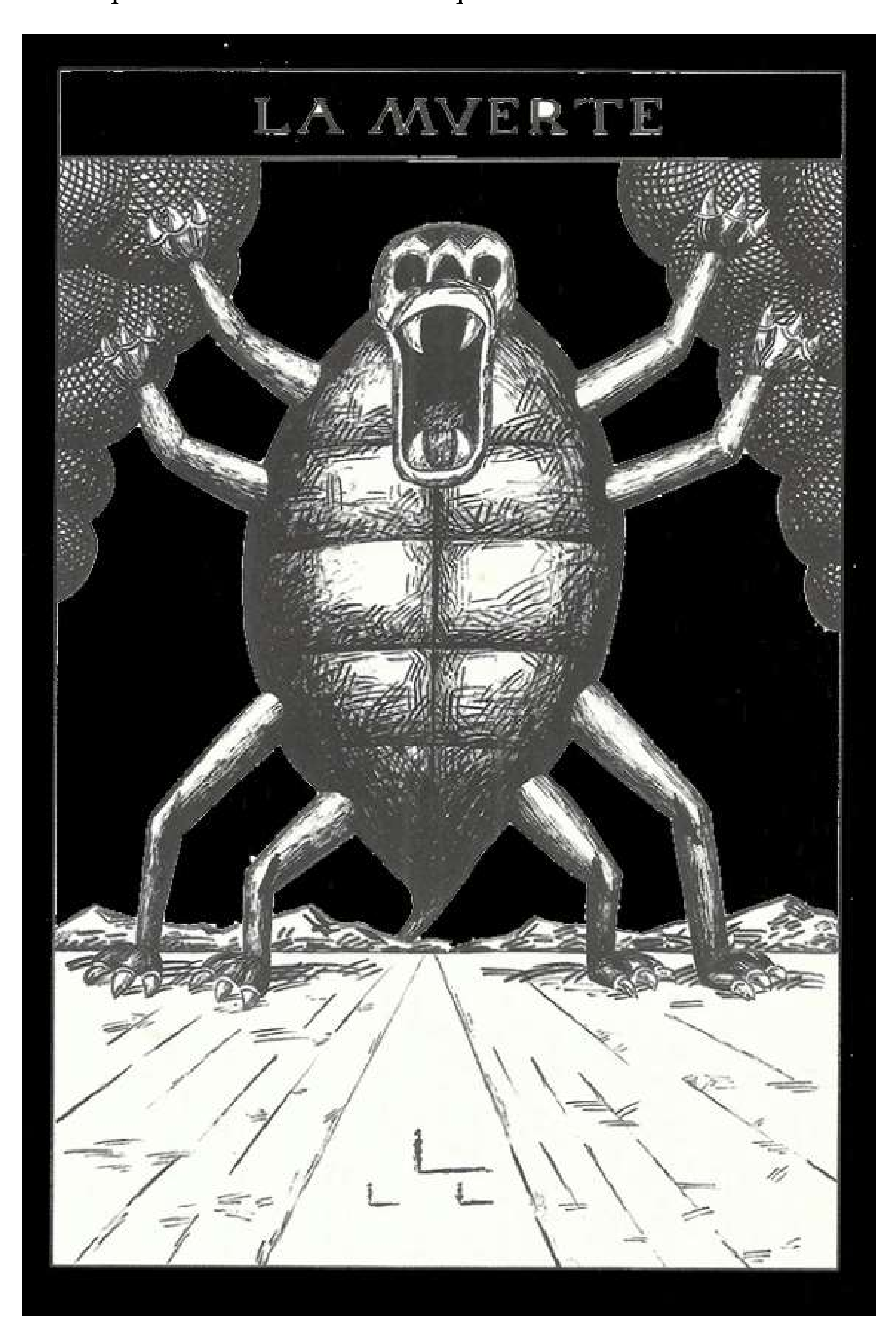
Te dejo todos los arbustos y todos los peces del lago para ti. Es un buen trato. Hasta la vista. Creo que nos recordaremos.

Si no fue eso lo que dijo, al menos obtuvo el mismo resultado. Toto vino hacia nosotros tranquilamente, sin mirar hacia atrás y con una sonrisa de victoria dibujada en el rostro cadavérico del terror. Pánico y triunfo pintados a la vez en la cara de animal olisqueador de nuestro capitán.

—Le he quitado unos cuantos arándanos —dijo con un tono de emoción entrecortada y enseñándonos las bolsas repletas.

Cuando Toto subió y nos hicimos los tres una piña, vi por encima de su hombro al oso que se retiraba hacia la pendiente de pinos. Y al otro

extremo, en una loma un poco más elevada, la silueta gris de un lobo que parecía estudiar lo sucedido con el detenimiento del que espera su ocasión. Sin atreverse a invadir todavía los dominios del animal más fuerte que se iba. Podía recordar aquella mirada.



Después. Día 2

—¿Arándanos? —dije mientras observaba aquellos frutos de apariencia peligrosa en la palma de la mano.

—Los comen los osos y nosotros también los hemos comido en compota. ¿Verdad, Carlota? —aseguró Toto empezando a comerlos a toda velocidad.

—¿Y así, se pueden comer?

—Cómetelos, papi.

Obedecí. Me llevé la palma a la boca y traté de masticar. Una marea de acidez se extendió por el paladar. Acabé escupiéndolos.

—Tiene que ser de uno en uno. Los aprietas un poco. Si están duros no los comas.

Son los ácidos —dijo Toto sin levantar la vista de su propio montoncito de la mano.

—¿Y cómo podemos estar seguros de que son arándanos? También pueden ser otra cosa —protesté mientras seguía escupiendo.

—Mamá se lo ha enseñado —contestó Carlota con orgullo.

—Come, papi. Tenemos que salir de aquí. Tú lo dijiste. Necesitamos comer.

No me pareció el momento oportuno para hablar del lobo que había visto en la loma. Después del mal trago del oso y de verlos ahora comiendo tranquilamente, con esa devoción con la que comen los niños, pensé que sería una traición a su felicidad hablarles de la otra fiera que nos merodeaba. Pensé en mi pierna. Había vuelto el dolor constante. Los niños querían salir del valle y comían para salir. También deberían comer para arrastrarme, si llegaba el caso. La herida ya no perdía sangre, pero daba avisos de algo grave en el interior. Pensé que sería mejor dejar las cosas claras.

—Yo no sé si podré seguiros todo el tiempo —murmuré, sin estar seguro de lo que quería decir.

Los niños dejaron de comer y me miraron.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Toto con inquietud.

—Es la pierna.

—Ya sabemos lo de la pierna —dijo Carlota en el mismo estado de ánimo que su hermano.

—Entonces ya sabéis que quizá no pueda andar.

—Sí puedes andar. No puedes trepar, ni puedes correr, pero puedes andar —dijo Toto muy serio.

—No estoy tan seguro de que pueda —contesté con fastidio.

—¡Tienes que poder! —chilló Carlota a punto de perder los nervios.

—¡No hace falta que carguéis conmigo! —tampoco mis nervios estaban muy bien.

—No tenemos que cargar contigo, porque puedes andar.

—¿Quieres que nos quedemos aquí para siempre? —Carlota casi no dejó terminar a su hermano.

—Yo no os he dicho nada a vosotros. Pero mi pierna no mejorará con esta conversación.

—Tú nunca has querido marcharte. Lo más seguro es que te quedarías aquí, esperando a que vinieran los del rescate, hasta morir de hambre o de otra cosa. Y los del rescate ya no vendrán nunca. No te has enterado, papá.

—Yo sólo he hablado de mi pierna, Carlota. No he dicho que no quiera marcharme.

—Eso quiere decir que estás de acuerdo en que nos vayamos —intervino Toto, tratando de calmarnos.

—¿Cuándo he dicho yo que no estoy de acuerdo? Sólo estoy hablando de la pierna

—repetí.

—¡Pero si has estado poniendo pegas todo el tiempo! Tú tenías una idea y ahora quieres chafar la nuestra.

—Esta pierna no se moverá —y, al decirlo, sentí que si la pierna se

movía, sería capaz de arrancármela y tirarla al agua.

Había sido sincero cuando dije que me dolía y que me costaría andar. Pero ahora me estaban pasando factura por no haber querido que nos fuéramos de allí el día anterior.

Por lo menos Carlota. Era lo que sentía en ese momento.

—Pues se tiene que mover —repuso Toto, más serio todavía que la vez anterior.

—No se moverá.

—Entonces nos moriremos todos aquí.

—No se moverá.

—Papi, ¿no lo entiendes?

—No se moverá.

—Nosotros te ayudaremos. Es muy fácil hacer unas muletas.

—No.

—¿Qué quiere decir «no»?

—Quiere decir lo que yo he dicho —le contestó Carlota—. Que nos va a fastidiar.

—Papá —dijo Toto y yo noté que no había dicho papi y noté también que nunca más diría ya papi—, voy a bajar y a traer dos palos para que te apoyes.

—La pierna no se moverá.

Toto se levantó como si hubiera saltado un resorte. Creí que se iría a hacer lo que había dicho. Pero no bajó de la roca. Me lo encontré de repente encima de mí, agarrándome de la ropa y dando tirones. Con una rabia que yo no había esperado. Dejé que me zarandeara. Me sentí aturdido, avergonzado y abandonado. Como un niño al que han dejado de querer de pronto y sabe que es culpable de algo, pero que había esperado que le quisieran a pesar de todo. Sí, fue eso. La soledad de un niño que ha pensado que tiene derecho a que le quieran siempre, no importa lo que haga.

—¡Voy a buscar los palos! ¡Voy a buscar los palos y luego tú andarás!

¿Eh? ¡Andarás!

—Todavía no puedes ir —dijo Carlota, indiferente a lo que Toto me hacía—. El oso no debe andar lejos.

—No hace falta ir a donde ha ido el oso. Además, el oso ya no me hará nada.

No quería abrir la boca, no quería decir nada. Pero si dejaba que mi hijo se fuera sin decirle que había visto al lobo en la loma, nadie me perdonaría nunca y yo me despreciaría para siempre. Pero yo no quería abrir la boca. Sentía demasiada vergüenza y demasiado abandono.

—Hay un lobo —lo dije mirando al suelo, como alguien que confiesa un pecado.

Toto se paró en la hendidura por la que había empezado a bajar.

—¿Cuándo lo has visto?

—Ahora y ayer.

—No es verdad. No ha visto nada. Quiere que nos lo creamos para quedarse aquí —

dijo Carlota con indiferencia.

Miré a Carlota con rencor. Tenía en la cara el gesto de alguien que ya no puede ver a alguien. De no verme ya a mí. Recordé dolorosamente el mismo gesto de su madre en los últimos tiempos de nuestra convivencia. Miraba las cosas a través de mí, aunque estuviera yo en medio, como si fuera transparente. No recordaba que yo me hubiera convertido en transparente. Pero el que uno no lo sepa no quiere decir nada.

—Hay un lobo gris merodeando. Esta noche, estuvo bebiendo en nuestra orilla. Por eso no dejé que te levantaras, Carlota.

—Todo es mentira —se limitó a decir.

Toto volvió a trepar hasta nosotros. Se me acercó mucho. Pensé que volvería a agarrarme otra vez. Pero utilizó un tono distinto.

—¿Conoces a los lobos grises? —preguntó como si hablara con un niño que no tiene conciencia de lo que dice.

—Conozco lo que he visto —contesté y seguramente apreté los labios en una mueca de rabia infantil.

—Son los más sanguinarios —continuó—. Pueden seguir a su presa durante días y tan lejos como haga falta. No lo hacen sólo porque tengan hambre. Les gusta cazar. Les gusta eso como a nosotros nos puede gustar el tenis y estar jugando toda la vida.

—¿Y a mí qué me dices con eso?

—Que quizá no fuera un lobo gris. Quizá fuera un lobo pardo o un perro salvaje.

¿No te parece?

—Era un lobo gris —aseguré.

—Si era un lobo gris, no nos podemos mover de aquí. Nos cogerá hoy o nos cogerá mañana, pero nos cogerá.

Pensé rápidamente. Había que salir de allí. Si yo había visto un lobo gris, entonces no podíamos marcharnos. Pero teníamos que hacerlo a pesar del lobo. Tal vez el lobo sólo me pareció gris y era de otro color. No sabía nada de las clases de lobo. Tampoco podía estar seguro de que el de la noche anterior fuera de ese color. Además, sospeché que Toto me estaba diciendo que aunque el lobo fuera gris era mejor pensar que era de otra clase. Yo no podía impedirles salir de allí. Siempre había sido yo el que se lo había impedido. El lobo gris era una forma de impedírselo.

—En esta peña tampoco nos libraremos de él —dije.

—Pero nos defenderemos mejor —cortó mi hijo—. El problema es si lo que nos sigue es un lobo gris.

—Tal vez no fuera un lobo gris —confesé finalmente.

Toto se movió deprisa. Se plantó de un salto en el suelo de abajo.

—Oye, Toto —le llamé.

—Dime, papá.

—Había un palo grande entre los que trajisteis ayer para hacer fuego. Con ése bastará.

Hacia las once y media. Día 2

Atravesamos el circo de montañas por la hondonada donde apareció la cabra monstruosa. El horizonte que se desplegó a nuestra vista no fue ni más ni menos esperanzador que cualquier otro que hubiera aparecido. Hileras de montañas

descoloridas y algún soto con matorrales extendiéndose hasta el infinito, como un dibujo escolar.

No habíamos podido elegir. La otra cara del valle estaba formada por paredes escarpadas que mi pierna no hubiera podido resistir. La brecha que descubrí la tarde anterior era la única escapatoria. Abierta en la dirección del sur.

—Estamos en el buen camino —dijo Toto sin que yo llegara a explicarme por qué.

El sol había ido subiendo hasta su cénit en un cielo azul brillante. Hacía calor. Sentía en la cabeza el peso de la luz y la debilidad del cuerpo que se arrastraba con la ayuda del palo. Los niños parecían cómodos dentro de sus sandalias. Mis zapatos de suela me estaban cociendo los pies. Para evitar el dolor, caminaba con la pierna muy derecha. Esa forma de andar acabó produciéndome un dolor nuevo en la ingle. El palo era largo y, al cabo de unos cuantos pasos empecé a utilizarlo como si fuera una pértiga, saltando con él.

—¿Quieres que descansemos un poco? —dijo Toto ante la visión del nuevo horizonte.

Carlota siguió andando, sin escuchar nuestra conversación. Como si no quisiera escucharla, mejor dicho.

—No hace falta —respondí.

El niño me observó un momento y reemprendió la marcha.

En cuanto bajamos la pendiente opuesta, me desmayé. Una sensación fría me devolvió de nuevo la conciencia. Toto había puesto un trozo de su camisa empapada en agua sobre mi cabeza. Tuvo la precaución de llenar una de las bolsas con el agua más limpia y superficial del lago cuando nos fuimos. En la otra bolsa iban los arándanos que sobraban.

—Hubiera debido comer más arándanos —dije al recuperarme y a modo de disculpa.

Seguía viendo el sol, dividido en dos, aunque cerrara los ojos. En

forma de aros dolorosos dentro de las pupilas. Notaba el cuerpo hinchado de aire. Podía deshacerse o volar en cualquier momento.

—No te preocupes. Descansaremos aquí un rato.

Carlota me observaba desde los dos aros de sol, de pie. Con la cara oscurecida.

Después, Toto y ella se alejaron hacia la bolsa de arándanos. Yo miré hacia lo alto de la pendiente. Rodeado de un aura del mismo color que los soles de mi cabeza, estaba el lobo gris, observando y esperando. No era pardo, ni negro, ni era tampoco un perro salvaje. Era un lobo gris.

Una hora más tarde, quizá. Día 2

Conocía a mi hijo. Aparentaba no estar nervioso, pero estaba nervioso. Tenía un gesto característico que le delataba. Consistía en darse suaves puñetazos en el costado.

Y Toto empezó a darse esos puñetazos nada más comenzar la marcha. Con el puño derecho en el costado derecho. Mirando a derecha e izquierda, arriba y abajo, sin poder fijar la vista en ninguno de los objetos, impasibles y rocosos, que se levantaban a su alrededor. Había afirmado que aquél era nuestro camino, pero todos sus gestos lo ponían en duda.

Seguíamos entonces el lecho del valle. A los lados, las montañas parecían apartarse para dejar que fuéramos a cualquier sitio. Como si supieran que el hecho de que camináramos no significaba que fuéramos a escapar de allí.

Él iba por delante con las bolsas, Carlota un poco por detrás, cargada con la manta, y yo, más rezagado. El suelo estaba hecho de piedras que el palo removía. No era un camino cómodo. Mis zapatos resbalaban continuamente, lo mismo que el palo en el que me apoyaba. Sentía cómo la nuca de Carlota miraba fijamente hacia delante, sin volverse o desviarse. Mientras la de Toto buscaba como una brújula la salida final o la seguridad en algún destino.

Por mi parte, ya sabía que no me quedaban fuerzas. Caminaba sin ellas, igual que un borracho que ha renunciado a su equilibrio y sospecha que cualquier cuneta puede ser la última cuneta.

Nadie olvidaría aquel cielo claro sobre el cuerpo vaciado, ni aquella tierra inhóspita que se prolongaba hasta el horizonte, en una

extensión de muerte sobre la que el alma empezaba a querer volar.

Carlota ha tirado la manta y ha seguido andando. Toto lo ha visto y no ha dicho nada.

Las dos. Día 2

El lecho de piedras ha terminado en una pared de montañas. Toto dice que hay que buscar un camino de subida. Siempre hay trochas. Miro hacia atrás. La brecha por la que salimos del agujero del lago se ha perdido de vista. Aunque tengo la sensación de que está sólo un poco más allá. Carlota mira a lo alto con más tristeza que desesperación. Detrás de estas montañas hay otras montañas. Las hemos visto. Creo que no he vuelto a ver al lobo.

Algo más tarde. Día 2

Al abrir los ojos he visto las caras de Toto y Carlota muy cerca y con algo distinto, como si mirasen por un cristal extraño que les agrandase y achicase los rasgos. Tengo la sensación de que están asomados al fondo de mi cuerpo por un agujero que alguien ha hecho de repente. Igual que si yo fuera un pozo y los niños estuvieran asomados a él. A pesar de que los veo con la cara deformada, no puedo dejar de mirar esa piel tan pálida, los ojos hundidos en las cuencas, las ojeras que atraviesan la carne como si fueran arrugas profundas. Toto y Carlota están viejos, por ellos ha pasado una cantidad de tiempo que yo no he podido medir. Me dan ganas de tocarlos y comprobar si todo es una pintura que se han puesto o alguien les ha puesto. Quiero tocarlos también para devolver la carne a su sitio y que no me sigan observando con esas caras que se mueven. Pero es la mano de Toto la que se acerca y después siento un tacto muy frío en la cabeza.

—¿Cómo te encuentras ahora? —pregunta una voz que no he visto salir de la boca de mi hijo.

¿Me preguntan a mí? ¿No debería ser yo el que les preguntara a ellos? ¿Qué ha pasado con vuestras caras?

—Espera un poco —le dice Carlota con una voz que sale de un fondo de agua.

Sí, es mejor esperar. Incluso quizá sea mejor esperar mucho. Mientras pienso en lo necesario que es esperar mucho, empiezo a notar un gusto que no recordaba antes en la boca. Es un sabor fuerte que atraviesa el paladar y que estoy seguro se quedará para siempre en la memoria.

—¿Qué me habéis dado de comer? —pregunto a las caras que ya van tomando la forma de siempre, aunque la palidez, las arrugas y los ojos hundidos siguen en ellas, más terribles todavía.

—No has comido nada. Nadie te ha dado nada —contesta Carlota y su voz empieza también a salir del agua.

—Es que le está entrando en la boca —le dice Toto mirando a su hermana con un gesto rápido y volviendo después a asomarse al agujero que hay en mi cuerpo.

—Espera —dice más tarde.

Busca algo a su alrededor, abajo, y la mano regresa con un trapo que se frota contra un lado de mi cara, desde la frente a la barbilla.

—Es sólo un poco de sangre —dice el niño acercándose más que nunca.

—¿Un poco de sangre? —repito en el tono de corregirle un defecto gramatical, más que en el tono de quien se siente sorprendido.

—Ha sido el golpe —murmura Carlota, como si hablara con alguien que no está allí o lo dijera para sí misma.

—¿Un golpe de quién? —y me parece que esta pregunta es la más lógica.

—Tú te has dado el golpe. Tropezaste con el palo y te fuiste de cabeza contra el saliente de aquí arriba.

—¿Me he caído?

—Claro que te has caído —responde Carlota con la energía con la que siempre ha hablado.

Entonces veo cómo las caras de Toto y Carlota se alejan de la boca del pozo y se sitúan en un aire claro, más alejadas, y yo puedo ver también la claridad que hay a los lados.

—Voy a levantarme pronto —digo, con la sensación de que me están esperando.

—Vamos a quedarnos aquí un rato. Ya te levantarás —contesta Toto con su cara vieja al lado de la cara vieja de su hermana.

Pero no son caras viejas, sólo son caras heridas por la calamidad.

Entre las tres y las cuatro. Día 2

Tardé bastante en conseguir que el cuerpo se incorporase y se sostuviera sentado. La conciencia llegó antes que la fuerza para enderezar lo demás. Lo primero que dijo esa conciencia es que yo era un hombre que daba lástima. Había perdido el conocimiento en dos ocasiones desde que decidimos dejar el lago. Sabía que eso ya no podría borrarlo de la memoria de mis hijos. Jamás. También sabía que era un hombre que ya no llegaría a ninguna parte. Este pensamiento fue el único que me tranquilizó de una forma rara.

Mis hijos no olvidarían mi debilidad o mi inutilidad, pero por lo menos no iría a ninguna parte donde tuviera que ver cómo ellos eran incapaces de olvidarlo. Una tranquilidad extraña, sí, pero la única tranquilidad verdadera desde que la avioneta se estrelló. Estaba en paz conmigo mismo, de repente, por el solo hecho de pensar que ya no tendría que llegar a ninguna parte. Había demasiadas montañas para mí. Tal vez tuviera que quedarme en algún sitio sin poder seguir la marcha o tal vez me despeñara dentro de un minuto.

No se trataba de que yo no pudiera llegar. Para ser sincero, también se trataba de que ya no quería llegar. Suponiendo que un milagro me sacara de allí, ¿qué haría yo ante los ojos de su madre, ante los ojos del mundo cuando me mirasen?

Una vez soporté el desprecio de mi mujer, aunque sólo fuera con la mirada.

Estábamos en el balcón y ella todavía no me había dicho que quería que nos separásemos. Yo empecé a contar todos los proyectos que tenía para el futuro, todos los libros que quería escribir y toda la fama y el dinero que iba a ganar con ellos. Le hablé con entusiasmo de la historia que estaba escribiendo y luego estuve esperando, en silencio, que ella dejara de mirar la calle donde jugaban los niños y me dijera algo.

Ella se volvió, efectivamente, después de un poco. Y me miró. Fueron dos ojos perfectos, tranquilos e indiferentes que pasaron a través de mí como si mi carne fuera cristal. Quizá no se dio cuenta ni de que me estaba mirando. En ese momento supe que el futuro se había terminado. Y que aquella mujer ya no era la mía. Mejor dicho, que yo ya no estaba en su mirada.

Nunca más volvería a enfrentarme a aquellos ojos. Además, y por suerte para mí, no existía ninguna posibilidad de que saliera de

aquellas montañas. Sólo pedía a los dioses del lugar que sacaran a mis hijos. Aunque, por alguna razón, yo tenía una confianza

ciega en que mis hijos encontrarían la salida y la salvación. Nunca, mientras pensaba en mi muerte, pensé que mis hijos tuvieran que morir por eso. Más bien, al contrario. Yo era una carga de la que sería mejor que se librasen pronto. Pensaba que, una vez librados de mí, la salida y la salvación se producirían instantáneamente. Las montañas abrirían sus puertas y detrás aparecería un pueblo blanco con los tejados de pizarra y habitantes felices que los recibirían como a supervivientes. Mi misión consistía en desaparecer. Una tranquilidad infinita. Infinita.

Pero antes de que sucediera debía hacer las cosas bien. En primer lugar, no volvería a desmayarme. Y en segundo, cuando llegara el momento, les haría conocer mi decisión de no seguir. Y esta decisión no sería discutible. Por fin había encontrado una forma de estar con ellos que me devolviera la dignidad.

—Voy a ver si encuentro una trocha más fácil —dijo Toto, cuando comprobó que yo estaba seguro.

Debajo se veía el lecho de piedras de la hondonada. La pared de detrás formaba un saliente que extendía su sombra en la zona donde Carlota y yo nos quedamos sentados esperando a Toto. Debíamos estar a un tercio de la altura de la montaña que habíamos empezado a subir. A nuestros pies, la pared se cortaba en una pendiente empinada, pero no abrupta. Podía llegarse hasta nuestra posición sin necesidad de ningún rodeo que facilitara la ascensión.

Pero a partir de entonces, el camino se complicaba. Dos paredes en forma de ángulo se elevaban sobre nuestras cabezas. Se veía el trazo de algunos senderos que recorrían en zigzag la superficie blanquecina y salteada de arbustos de la roca. No era una ascensión difícil, aunque tampoco demasiado sencilla, para una persona en condiciones físicas normales. Desde aquella altura no se distinguía el lago que habíamos dejado, pero se apreciaban algunos picos de los macizos de detrás, en una serie tan interminable como la que teníamos delante de nosotros. En uno de los más cercanos, hacia la izquierda, sobre el sendero por el que habíamos venido, podía verse un grupo de cabras triscando, de color negro. Alguna mirando en la dirección en la que nos encontrábamos.

Pensé en el monstruo que me había dejado inválido. Puede que estuviera entre ellas.

Carlota y yo estábamos solos. En medio de aquel silencio que nos rodeaba, nuestro silencio se sentía con más fuerza. A veces cruzábamos la mirada y la apartábamos en seguida. Estoy seguro de que siempre habíamos tenido muchas cosas que decirnos, pero que nos habíamos acostumbrado a no decirlas. Y, por tanto, nos hablábamos en la forma en que se hablan dos personas que no saben hablarse. Con una mezcla de rencor y de ausencia.

La nueva tranquilidad que había conquistado me empujó a pensar que podría hablar con ella.

—¿Has visto las cabras de ahí arriba? —dije para empezar.

Carlota miró con desgana hacia donde apuntaba mi dedo y luego volvió la cara sin mirarme.

—He visto muchas antes, cuando veníamos —dijo con esfuerzo.

—Seguro que una de ésas fue la que me dejó inútil —continué, en un tono que debía de haber sonado humorístico.

—Tú no estás inútil —respondió con dureza, mirando a la pendiente de debajo.

—Digamos que estoy tocado —murmuré, tratando de evitar el enfrentamiento.

Carlota permaneció callada. No había modificado su postura en todo el tiempo.

Estaba sentada sobre las piernas cruzadas y los brazos descansaban suavemente sobre las rodillas. Con tanta indiferencia como era capaz de sentir en mi compañía. Seguía mirando a la pendiente de debajo o a cualquier otra parte donde yo no pudiera ver ni el menor rastro de sus ojos.

—¿Queda agua? —pregunté, sin haber pensado todavía si tenía sed.

—No. La última la hemos puesto en tu frente —suspiró al final.

—¿Encontraremos más?

—Supongo que sí. En esta zona hay lagos. Después de esta montaña, a lo mejor.

—Siento que haya sido por mi culpa.

—¿El qué? —y entonces sí se volvió y me miró fijamente.

—Gastar el agua que nos quedaba.

—No te lamentes tanto —la última palabra la pronunció con intensidad.

—No me estoy lamentando, Carlota. Simplemente, lo siento.

—Siempre te lamentas.

—Será mejor que no hablemos —dije, con la mezcla de rencor y de ausencia que era nuestra única forma de hablarnos.

El silencio que vino a continuación era más pesado que el de antes. Tuve la impresión de que se había alzado la barrera final que nos separaba. Y para esa barrera ya no me quedaban fuerzas, igual que no me quedaban para subir, quizá, la siguiente montaña. Miré a Carlota y la vi en lo alto de cualquiera de aquellos picos a los que no llegaría.

Una tristeza profunda empezó a abrazarme el pecho. Recordaba a Carlota de todas las maneras en que un padre recuerda a un hijo que se marcha. Metida en mi cama la mañana de los domingos, jugando a esconderse a los pies, debajo de las mantas. Sus ojos rasgados, grandes y oscuros, el primer día en que se subió a un tiovivo. Su manita gorda cuando la llevaba al colegio, vestida con un babi de tela verde. La emoción que sentía cuando íbamos al aeropuerto para ver despegar a los grandes aviones y que le hacía tiritar los labios. Un viaje en barco, agarrada a los bordos, el viento azotando su pelo largo y castaño. Corriendo por el andén de una estación, en dirección a su padre que volvía de un viaje a Alemania. La forma en que me enseñaba sus dibujos convencida de que algún día sería pintora como yo era escritor. Las noches en que ella me contaba cuentos para dormirme y todos esos cuentos terminaban con una casa a orillas de un lago. De un lago que no se parecía en nada al que habíamos dejado atrás.

—Es culpa tuya —dijo de pronto, con una intensidad que hizo que le temblara la boca.

—¿Qué culpa? ¿La de estar aquí?

—La de todo —conocía esa cara que estaba conteniendo las ganas de llorar.

—Está bien.

—No digo la culpa del accidente o de que hayamos gastado el agua. No digo esa culpa.

—¿Cuál, entonces?

—Toda la culpa.

—Sé lo que quieres decir —lo dije de manera que pudiese entender que ya estaba todo dicho.

—No lo sabes. Estoy segura. La culpa de que no hablemos, por ejemplo.

—Esa culpa hay que repartirla a medias.

—¿Quieres decir que yo tengo tanta culpa como tú? —hizo la pregunta en un tono de auténtico asombro.

—Eso creo.

Carlota movió las manos en un gesto de cansancio y la boca volvió a temblarle.

—Cuando te fuiste de casa tú pensaste que yo era mamá. Cualquier cosa te parecía de mamá.

—Estoy seguro de que tu madre te ha metido esa idea en la cabeza.

—¿Lo ves?

—Es evidente.

—Yo tenía nueve años y tú quieres repartir la culpa conmigo.

No dije nada. Sabía lo que tenía que hacer y estaba tranquilo. No tenía que desmayarme cada dos pasos y decidiría el momento de abandonar la marcha. Y era demasiado tarde para discutir con Carlota. Demasiado tarde para empezar cualquier cosa. Ahora todo terminaba.

—Y aunque fuera verdad, yo tenía nueve años y tú treinta y cinco. Podías haberlo arreglado.

—Eso no tiene importancia ya.

—Siempre hablas igual. Siempre hablas como si nada tuviera arreglo y nos fuéramos a morir todos al día siguiente. También lo hacías en casa.

Te escuchaba discutir con mamá muchas veces. Cuando algo te da miedo, prefieres hablar de morirse.

—Ya vale, Carlota. No me encuentro bien. Eso supongo que lo entenderás.

Tenía un trapo en la cabeza, el pantalón desgarrado, una pierna inútil, heridas.

Bastaba con que se fijara un poco para ver que su padre estaba en las últimas. Le pedía un poco de compasión.

—Me acuerdo de las primeras veces que nos venías a buscar —Carlota continuó ajena al estado lastimero de su padre—. Tú y Toto siempre queríais hacer cosas que os gustaban a vosotros y cuando yo decía otra cosa me mirabas como si estuviera allí para fastidiar.

—No digas eso.

—Sólo porque quería jugar a cosas que también me gustaran a mí, tú pensabas en mamá. Me acuerdo de que un sábado por la tarde fuimos a ver gimnasia. Tú y Toto queríais ir a jugar al fútbol o algo así. Entonces, llegamos al sitio y tú le dijiste a mi hermano que era mejor esperarme en la cafetería.

Yo vi la gimnasia y vosotros estuvisteis merendando.

Al rato, bajé y nos marchamos. Y no me atreví a decir en toda la tarde que yo no había merendado. Después ya tampoco me atreví a decir lo que a mí me gustaba. Iba con vosotros, os acompañaba y todo, pero como una persona cualquiera.

—Lo que cuentas no tiene nada que ver con tu madre.

—Sí tiene —quizá estaba llorando—. Una vez me soltaste que si estaba mejor con mamá que te lo dijera. Y siempre hablabas de que miraba igual que mamá y muchas cosas parecidas. Me acuerdo de todas. O cuando hablábamos de a quién nos parecíamos Toto y yo, Toto siempre se parecía a la familia de Santander, a la abuelita o a tu hermana, y yo siempre a mamá. No al abuelito de mamá ni nada, sólo a mamá.

—Lo decía de verdad. Yo creo que te pareces.

—Todo el mundo dice que soy igual que tú. Y todo el mundo dice que Toto es igual que mamá.

—Carlota, yo te quiero mucho —dije al borde del agotamiento.

—Yo quiero que me digas que todas estas cosas son verdad. A lo mejor, si me lo dices, las entiendo.

—Ya te he dicho que te quiero —hubiera querido dormir en ese momento, desaparecer en un sueño pacífico.

Carlota se levantó corriendo y se fue por el recodo donde Toto había desaparecido hacía un rato. Hubiera debido llamarla, pero me faltaban las fuerzas. Aunque no me hubiera bastado con las fuerzas físicas. Sentía el mismo abrazo de la tristeza en el pecho.

Y la quería mucho. Carlota, mi niña.

Después de Carlota. Día 2

Hubiera debido llamarla y quizá gastar en eso el último gramo de energía. El último gramo de energía. Tampoco era una situación tan desesperada. Tenía fuerzas de sobra para gritar. Pero hay cosas que ya no dejan hacer otras. Hay cosas que hacemos con los demás o que los demás hacen con nosotros que ya no dejan hacer otras. Si Carlota había dicho la verdad y yo la traté de esa forma, yo ya no podía llamar a Carlota nunca más.

Por ejemplo, después de que mi mujer me echase aquella mirada de profunda indiferencia en el balcón, yo ya no podría volver a contarle mis proyectos. Aún más, yo ya no podría volver a hablarle de mí. Y, por lo mismo, ella no podría pedir que la escuchara nunca más. Es curioso. Hay palabras o gestos de los que no se puede volver atrás. Nunca. Porque cuando se han hecho, todo el mundo sabe que se han hecho. Se puede perdonar o hacer como si no hubieran pasado. Pero son sólo formas de mentirse uno mismo. Han pasado y se quedan para siempre. Y cuando un gesto o una palabra dice que ha llegado el final, es el final para siempre.

Me quedé sentado, a la sombra del saliente, mirando vagamente lo que me rodeaba.

En realidad, no veía nada. Podía estar allí o en cualquier escaparate de una gran avenida. Veía lo mismo. Nada. Y tampoco oía.

Bueno, podía oír, aunque no prestara atención. Mucho después caí en la cuenta de que había estado escuchando un ruido de piedras pequeñas, como si chocaran entre sí.

Un ruido que se iba acercando y que yo no tenía interés en descubrir desde dónde.

Además, supongo que pensé que era un ruido demasiado ligero, de animal pequeño, como para preocuparse de ello. Pero lo había escuchado.

La mirada vagabundeaba por los picos de la cordillera, dando bandazos igual que un pájaro que encuentra demasiadas corrientes de aire. Ninguna de las cosas que había por el alrededor era capaz de hacer que fijara la vista. Aquellas montañas empezaban a producir la sensación de una cárcel. En una cárcel sólo hay paredes, se mire donde se

mire, y un rectángulo por donde aparece el cielo. Igual que allí. Tampoco tenía la impresión de que aquélla fuera una cárcel más grande que las normales. Las paredes eran más grandes, desde luego, y el trozo de cielo más amplio, pero el paisaje no cambiaba y yo casi no podía moverme. En una cárcel, pensé, lo importante no es la extensión de lo que se ve, sino la cantidad de pasos que uno da para dejar de verlo. Y

entonces aquellas montañas eran lo mismo que una celda en la que se hubieran colgado carteles o fotografías de un paisaje cualquiera. Yo no podía moverme para dejar de verlo.

En medio de la angustia de esos pensamientos, se coló por primera vez la conciencia del ruido. Y, sin saber por qué, una mirada agotada empezó a buscar en la dirección de lo que se estaba escuchando.

Estaba allí. A unos cincuenta metros aproximadamente. Subiendo por la pendiente y resbalando, pero con la cabeza siempre mirando hacia lo alto, intentando no perder la ruta. A veces, las cuatro patas resbalaban al mismo tiempo y adoptaba una postura cómica. El movimiento era igual que el de alguien que está subiendo un fardo y hunde los pies para dar después una especie de coz. Los huesos se le marcaban en la espalda como si estuvieran a punto de escapar por la piel. Visto así, parecía un animal inofensivo.

Pero el hocico negro apuntaba como la proa de un barco a la sombra del saliente.

Con los dos agujeros negros que dejaban escapar un aliento que teñía el aire. De rojo o de negro. De cualquiera de esos colores podría haberlo teñido. En mitad de ese aire, dos ojos pequeños se abrían paso, brillando igual que canicas cuando el sol encontraba su

superficie de hielo o de cristal.

No es más que un perro, si pienso que es sólo un perro, entonces tendré alguna posibilidad, era lo que pensaba mientras el lobo gris seguía avanzando por la pendiente. Pero fuera un perro o no, yo tendría que hacer algo. La cuerda de nylon, las bolsas, el hacha de niño con su punta de destornillador estaban al alcance. No era precisamente la clase de cosas con las que se fabrica un arma mortal. El lobo subía.

Me levanté y el mundo giró un par de veces dentro de la cabeza. Busqué una forma de alcanzar el saliente. Estaba un poco más alto que el lugar al que llegaban los brazos.

Salté varias veces sobre la pierna sana y al final conseguí colgarme de él. Mi intención era subir a pulso después y quedarme encaramado. Si allí todavía era necesaria la defensa, sería más fácil.

Flexioné los brazos hasta que los brazos quedaron exhaustos. Parecía que me habían colgado un lastre de plomo en los pies. Llegué a tocar con la cara la punta del saliente, pero no conseguí que el resto del cuerpo se pusiera a la altura de la cara. Mientras abrazaba el saliente y la cara se pegaba a la piedra, lancé patadas para intentar que uno de los pies se quedara trabado allí arriba. Después sólo quedaría la pierna mala. Pero ese esfuerzo, que consiguió llenar de patadas el aire, terminó por hacer que perdiera la escasa fuerza que quedaba en los brazos y que me soltara. Me solté precisamente en medio de una de esas patadas y el cuerpo se quedó tendido en el vacío, antes de caer de espaldas.

El lobo estaba a menos de veinte metros.

Agarré el palo en el que me apoyaba y, no sé cómo, empecé a hacer algo en lo que no había pensado antes. Intenté, con la cuerda de nylon, atarle el hacha poniendo la punta del destornillador hacia fuera. No sabía lo que estaba haciendo y mucho menos si daría resultado. En aquel instante supe que en la desesperación uno agarra lo que tiene, tanto si sirve como si no sirve.

Desde el principio supe que la cuerda de nylon era demasiado gruesa para sujetar la pequeña hacha al palo. Quizá no fuera ésa la razón, pero lo cierto es que el hacha se movía y oscilaba al menor contacto. La operación, sin embargo, me llevó más tiempo del razonable. Aunque ya no disponía de ninguna clase de tiempo, ni razonable ni de la otra.

El lobo asomó por el corte de la pendiente, jadeando con la lengua afuera y un brillo feliz en todos sus agujeros. No puedo decir a qué olía, pero lo que fuese era lo contrario de cualquier olor humano. Con ese olor estaba desplegando la bandera de su enemistad mortal con la especie inteligente. Aunque hubiese alguien sobre la faz de la tierra que no supiera qué es un lobo y al que jamás le hubieran hablado de él, por su olor reconocería inmediatamente el tufo del peligro.

Empecé a pegar furiosamente con el palo. La punta no llegaba al lugar desde el que el lobo me observaba como el comensal que se coloca la servilleta en el pecho. Cogí las bolsas y debí hacer algo con las bolsas. El lobo no se movía. Había observado la punta del palo con la misma curiosidad con la que ahora observaba lo que yo hacía con las bolsas. Y, de pronto, lanzó un gruñido que detuvo las bolsas y detuvo también todas las cosas que en ese momento se movían en el mundo. Incluido lo que todavía se movía en el interior de mi cuerpo. Un paladar negro, sin final, me enseñó sus paredes tras el arco de unos colmillos que parecían alargarse con la rabia.

Sentí en la carne el tacto de esos colmillos y, luego, el viaje por aquel paladar profundo hasta las vísceras rojas. Sentía miedo y asco a la vez. Puede que sintiera más asco que miedo. El asco también puede dar pánico. Pero recuerdo que lo que sentí no fue el miedo a la muerte, sino la repugnancia de aquel animal cuyas vísceras iban a lanzarse sobre mí.

Y esa repugnancia me resultaba insoportable. Hubiera aceptado morir en aquel momento. Después de todo, ya lo había decidido poco antes y aquella hora era tan buena como cualquier otra. Pero no podía aceptar el asco. Notaba la gelatina de una carne que se comería la mía, llenándola de babas, de sangre, de olores.

Entonces comencé a gritar. No de miedo, de asco.

Y gritaba llamando a Carlota y a Toto. Gritaba con mis propias vísceras, sacando esos nombres de lo más profundo de mi miedo al asco, de una manera en la que no había gritado en mi vida y en la que veo difícil que vuelva a gritar. Gritaba los nombres de Toto y Carlota y pedía como un demente que ellos estuvieran allí. Quería que mis hijos estuvieran allí y me libraran del asco. No importaba cómo lo hicieran. Sentía que las mandíbulas se abrían como si fueran de un material elástico para dejar escapar los gritos. Que Toto y Carlota me quitaran ese miedo, porque estaba seguro de que Toto y Carlota podían quitármelo. No quería que les pasara nada, pero tenían que quitarme aquel miedo contra el que no podía luchar y que era peor que

cualquier muerte.

El lobo, de repente, volvió la cabeza con un gesto de sacudida y desapareció trotando hacia la derecha de la pendiente. Yo no le seguí con la vista hasta el final. No tenía la certeza de seguir estando vivo.

Cuando recuperé la tranquilidad, pensé que había llamado a mis hijos y que quizá mis hijos hubieran podido venir. Y que los habría puesto en el mismo peligro en el que yo estaba. Que podía haberlos matado con mi miedo.

Me tapé la cara con las manos y sollocé. Yo nunca había llorado de esa forma.

Cuando uno escucha el ruido de su propio llanto, es cuando sabe que ese llanto no es como los demás. Es el peor de todos.

Tampoco se olvida.

Hacia las cinco y media. Día 2

Toto y Carlota no me habían escuchado. Al llegar, me encontraron deshaciendo en hebras la cuerda de nylon. Cuando el lobo desapareció, volví a cogerla junto al hacha-destornillador y el palo. Pensé, de una forma un poco rara, que si conseguía fabricar el arma que antes había fallado, el episodio del lobo y de mis gritos llamando a los niños habría servido para algo.

—¿Qué haces? —dijo uno de los dos.

—Estoy armando una lanza.

—¿Para qué queremos una lanza? Además, no parece una lanza muy peligrosa.

—Es mejor estar prevenido.

Escuché su mirada silenciosa sin levantar la vista.

—Hay un camino para rodear la pared —dijo Toto—. Y creo que detrás de esa pared encontraremos alguna solución.

No dije nada.

—Pero tenemos que irnos ya —fue Carlota la que habló.

—Lo peor es que no he encontrado nada de comer. Eso parece que

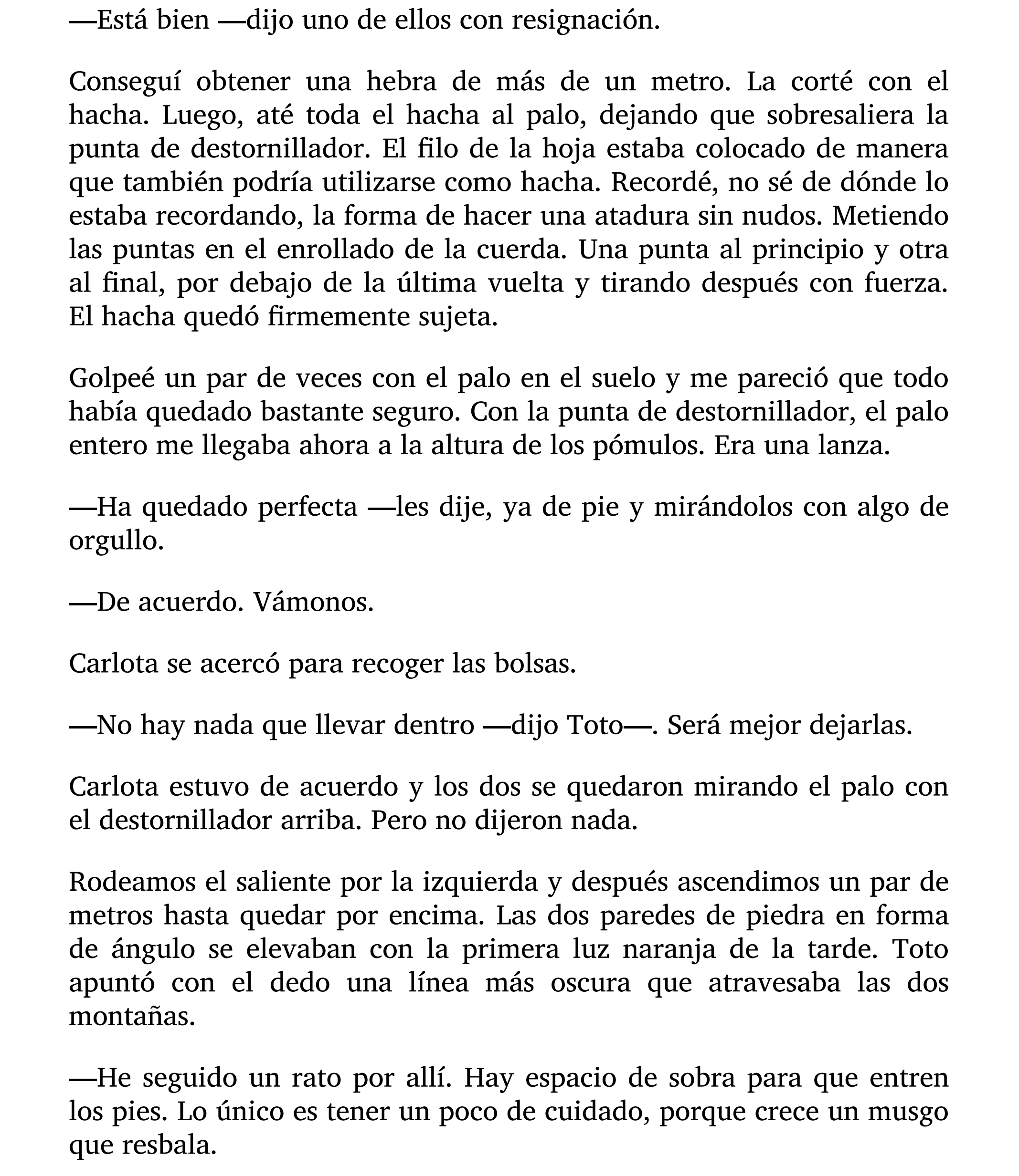
está mal por aquí

—dijo el chiquillo.

—Esperad un poco a que acabe esto.

—Se va a hacer de noche en seguida —protestó Carlota, aunque en un tono mucho más suave que las protestas a que me tenía acostumbrado.

—Un poco sólo —murmuré.



—Está bien —dijo uno de ellos con resignación.

Conseguí obtener una hebra de más de un metro. La corté con el hacha. Luego, até toda el hacha al palo, dejando que sobresaliera la punta de destornillador. El filo de la hoja estaba colocado de manera que también podría utilizarse como hacha. Recordé, no sé de dónde lo estaba recordando, la forma de hacer una atadura sin nudos. Metiendo las puntas en el enrollado de la cuerda. Una punta al principio y otra al final, por debajo de la última vuelta y tirando después con fuerza. El hacha quedó firmemente sujeta.

Golpeé un par de veces con el palo en el suelo y me pareció que todo había quedado bastante seguro. Con la punta de destornillador, el palo entero me llegaba ahora a la altura de los pómulos. Era una lanza.

—Ha quedado perfecta —les dije, ya de pie y mirándolos con algo de orgullo.

—De acuerdo. Vámonos.

Carlota se acercó para recoger las bolsas.

—No hay nada que llevar dentro —dijo Toto—. Será mejor dejarlas.

Carlota estuvo de acuerdo y los dos se quedaron mirando el palo con el destornillador arriba. Pero no dijeron nada.

Rodeamos el saliente por la izquierda y después ascendimos un par de metros hasta quedar por encima. Las dos paredes de piedra en forma de ángulo se elevaban con la primera luz naranja de la tarde. Toto apuntó con el dedo una línea más oscura que atravesaba las dos montañas.

—He seguido un rato por allí. Hay espacio de sobra para que entren los pies. Lo único es tener un poco de cuidado, porque crece un musgo que resbala.

—¿Y si se nos hace de noche mientras cruzamos? —preguntó Carlota.

—Tenemos mucho tiempo. Ya lo verás —dijo el muchacho.

—Papá, tú vas a ir en medio —continuó, mirándome.

—Yo iré detrás.

—Con la pierna mala, es mejor que te veamos por si hay que echarte una mano.

—Tengo más peso que vosotros. No hay mano que valga. Lo que puede pasar es que nos vayamos todos abajo. Iré detrás, hacedme caso.

Toto pensó un instante. Después dijo:

—Vale, lo que tú quieras.

Me gustaba la forma en que había razonado y en que los había convencido de algo por vez primera desde el accidente. Empecé la marcha con ánimo y aguantando el dolor como si fuera una responsabilidad que yo había decidido tomarme.

No se trataba siquiera de un sendero. Era un borde de la roca, posiblemente producido por la erosión de la parte de arriba. Podía variar entre el ancho de una acera pequeña y el de un simple bordillo. Por suerte, la pared se inclinaba hacia dentro y la estrechez del paso se compensaba con la posibilidad de mantener el equilibrio en sentido opuesto. Al menos, fue así al principio, pero me pregunté si siempre sería así.

El camino se hizo más dificultoso de lo que predijo Toto. En muchos trechos había que poner los pies en línea recta, como si se estuvieran contando pasos exactos. Y esos pasos tenían que ser muy cortos, para garantizar la seguridad del pie que quedaba detrás, afirmado.

El palo, allí, no servía de nada. Aún peor, era un peligro. Dos pies eran peligrosos, pero tres lo eran todavía más. Sobre todo, cuando el tercero no tenía sensibilidad.

Aparte de ello, la punta del palo en la que no estaba atada el hacha se había astillado y resbalaba con facilidad. Lo utilicé como una pértiga de equilibrista, por la parte de afuera.

La luz había cambiado sensiblemente al llegar al paso de la segunda

pared. El tono naranja había empezado a infiltrarse de gris, un gris todavía claro, pero amenazante. En ese paso tuvimos el primer problema.

Por una casualidad de la naturaleza, el sendero continuaba también en la otra pared, aunque casi un metro por encima. No era ésta la principal dificultad. La vertiente que bajaba entre las dos paredes formaba una oquedad que se iba hasta un fondo oscuro.

Había un tramo de vacío entre una pared y otra, de forma que había que ascender un metro, pero sobre un agujero. Toto se volvió hacia mí.

—¿Podrás? —me preguntó.

Reconozco que el ánimo con que había empezado la marcha había menguado mucho. Soporté bien el dolor de la pierna, pero hacía rato que ya no me fiaba de ella.

Había resbalado varias veces y sólo la suerte de algunos salientes pequeños, a los que alargué la mano libre, evitaron una desgracia. Cuando vi el agujero de las paredes, temí lo peor. ¿Había llegado el momento de quedarse?

Carlota, aprovechando su envergadura, fue la primera en intentar el paso. Se estiró y consiguió colocar el pie izquierdo sobre el bordillo de la otra pared, donde continuaba el sendero. Luego, buscó con la mano del mismo lado una punta a la que pudiera agarrarse. En la que encontró no cabían más de tres dedos. La postura de Carlota era la de un aspa partida por el agujero vertical de la roca. Su cara y su tronco miraban al fondo de ese agujero. Las manos y piernas se habían dividido entre las dos rocas.

—Tienes que estar muy segura —le advirtió Toto.

—Sí —murmuró Carlota, dudando sobre el abismo.

—¿Te agarras bien a la otra parte?

—Sí.

Un segundo después de contestar, la niña dio el paso definitivo. Durante un tiempo, que nos pareció larguísimo, todo su cuerpo trató de mantener el equilibrio en el límite de la otra pared. Los pies tuvieron que hacerse sitio en apenas unos centímetros. Y la mano derecha cayó sobre la otra mano. La pequeña punta de piedra, donde

cabían tres dedos, sostuvo todo el peso de Carlota durante muchos instantes.

La mirábamos a ella y al precipicio casi a la vez.

Poco a poco, fue arrastrando los pies con un movimiento de punteras, como si bailase, hasta quedar derecha y firme sobre el nuevo camino. Después, alargó un paso el pie izquierdo y las piernas hicieron una uve final.

—Ahora, tienes que cogerme la mano —le dijo a Toto.

Sosteniéndose con la izquierda, las piernas firmes, bajó la mano derecha a una altura más fácil para Toto. El niño se agarró a ella y fue izado al otro lado sin demasiado esfuerzo. Toto pasó por encima de ella y se alejó un par de metros.

—Te toca —me dijo Carlota volviendo a extender la mano.

—No vas a poder aguantar mi peso —contesté.

—Yo creo que tienes que tirar el palo —dijo Toto.

—No quiero tirarlo.

—Aquí sólo es un fastidio. No te va a servir de nada hasta que volvamos a un terreno llano.

—Es que está atada el hacha —traté de argumentar.

—No te preocupes por el hacha.

Dudé. Podía arrastrar a Carlota conmigo. Para hacer el paso se necesitaban dos piernas seguras. En una de ellas no podía confiar. Mi hija podía encontrarse en una situación difícil, agarrando un cuerpo que colgara en el vacío si algo fallaba. Y algo podía fallar. Pero si la operación salía bien, quería conservar la lanza.

—Creo que es mejor que me quede aquí. Quizá pueda rodear por otro lado y encontraros —lo dije sin ninguna convicción, pero pensé que tenía que decirlo.

Los niños me miraron con un asombro mudo. Les estaba diciendo que me dejaran.

Lo curioso es que su mirada estaba diciendo que yo los dejaba a ellos. O quizá que yo no podía hacerles lo que les estaba haciendo.

—No te vas a quedar aquí, papá —dijeron casi al tiempo.

Por primera vez, desde que empezó la marcha, noté que se habían dado cuenta de que quizá yo tuviera que quedarme antes de llegar al final. No se enfadaron, ni hicieron reproches. Simplemente tomaron conciencia, con aquel agujero por en medio, de que algo podía separarnos para siempre. Estábamos en dos rocas diferentes, en dos caminos diferentes y mirando a dos lados del mundo diferentes, separados por una brecha oscura y, tal vez, definitiva.

—Dame la mano y tira eso —la voz de Carlota tembló en un tono casi de súplica.

Entonces vi a dos niños agotados, hambrientos, sucios, con la ropa hecha jirones, a los que les quedaban dos ojos para suplicar a su padre que continuara. Igual que ellos estaban viendo a un hombre viejo, roto, agarrado a un palo como un náufrago se agarra a su tabla, pidiendo a sus hijos que le dejaran quedarse. No sé por qué pensé que todos estábamos viendo el final, que ya sabíamos que ninguno saldría de allí y, puesto que las cosas eran de esa manera, sería mejor acabar todos juntos. Cuando se escapa se puede dejar algo detrás, pero cuando no hay salvación hay que conservar lo que queda. Todo eso me lo estaban diciendo ellos con su forma de mirar y de suplicar que hiciera el intento, aunque el intento fallara.

—No quiero tirar la lanza —dije en su mismo tono de súplica.

—Pasa el palo y ya está —contestó Toto—. Pero no te va a servir de nada en esta montaña.

Le di la lanza a Carlota y ella se la dio al niño. Toto la depositó a su izquierda, tratando de que no resbalara.

—Agárrame de la cintura —le pidió Carlota—, y tira hacia ti cuando yo le coja.

—Vale.

Toto cogió la cintura de su hermana y su cuerpo escuálido hizo una curva como la de un arco tenso.

—Ahora, tu mano. Venga.

Apoyándome en la mano de Carlota, busqué un sitio para apoyar la pierna buena.

—¿Ves qué fácil? —dijo mientras tiraba.

—Ya tienes un pie, papá. Ahora, el otro, de un salto. Venga.

Hubiera sido fácil. Las palabras de Toto me habían convencido de que ya tenía que ser fácil. Y mi lado derecho se encogió y se dio impulso como si realmente las cosas fueran tan fáciles como las palabras. Pero a veces el cuerpo no se parece a las palabras de las que se alimenta. Hice el movimiento que me hubiera llevado a la otra parte, pero los músculos, los huesos, la sangre, hicieron otra cosa. Mi pierna derecha no llegó siquiera a rozar la pared del otro lado.

—¡Papá! —oí que gritaban.

Carlota seguía agarrando mi mano y mi pierna izquierda seguía apoyada en el sendero de arriba, pero el otro brazo y la otra pierna colgaban rectos en el vacío, como si no fueran del cuerpo que se estaba agarrando, sino piezas muertas. Miré hacia abajo y vi el lecho de piedras oscilando como una serpiente que me mordería. Los pies de Toto y de Carlota debieron resbalar también, porque en seguida noté un golpe de bajada.

—Papá, ahora tienes que levantarte. ¡Papá! —gritó mi hija.

El grito me obligó a mirar a los ojos de Carlota y vi que esos ojos no querían perderme. No por ellos, por mí. Entonces pensé que si conseguía subir hasta ellos, algún

día podría volver a hablar con mi hija. Porque mi hija me estaba diciendo que si subía, volveríamos a hablar.

Yo también lancé un grito, pero de rabia. Y después otro y otro. Como si la rabia descargara el peso y me hiciera leve como un ángel para volar por encima de todas las montañas y para siempre. Como si gritando de rabia echara al demonio que tiraba hacia abajo y que era el demonio que no me dejaba hablar con Carlota, ni me había dejado hablar nunca con su madre, ni me había dejado decirle a Toto que su padre no vivía con ellos porque era un pobre tipo. Porque era un pobre tipo y no por lo que le dije. Y

después otro grito y otro, hasta que no me quedaron más gritos.

Las dos manos estuvieron, sin saber cómo, en las manos de Carlota. Y después, fuí ligero como un ángel y ya no me quedaban más gritos ni demonios en el cuerpo. La pierna herida ascendió lentamente y sin dolor al nuevo sendero.

Anochecer. Día 2

La expedición que llegó al soto estaba en las últimas. Pequeños matorrales y ramas partidas habían sido colocados estratégicamente en el paso de la segunda roca. A veces salían de ella como si estuvieran esperando a que alguien apareciese. Espinos y palos afilados igual que cuchillos defendían los tramos más difíciles. Allí se quedaron los restos de nuestra ropa, y nos trajimos un recuerdo de arañazos y estocadas que habían señalado todas las partes del cuerpo.

Sólo el calzado sobrevivió con alguna dignidad. Las zapatillas de los niños enseñaban algunas bocas pequeñas, pero seguían enteras. Mis zapatos, en cambio, parecían de hierro. De un hierro al rojo que me quemó los pies. Dos veces, por lo menos, estuve a punto de tirarlos al abismo. Llegué incluso a desatarlos, pero Toto me aconsejó que pensara en todo el camino que podía quedarnos después de esa montaña.

Los pies resbalaban y tenían que aguantar, además del peso del cuerpo, la dureza terrible de aquel cuero forjado. Tenía la seguridad de que estaban llenos de heridas y de que, en ellos, el sudor y la sangre habían formado su propia pasta.

Carlota llevaba la cara marcada, la cazadora con un siete a la altura del corazón, la camisa de debajo cruzada por varios desgarrones en forma de banda y ella misma se había arrancado lo que le quedaba de pantalón para convertirlo en bermudas. A Toto le habían pasado una tijera perfecta por las mangas del lado derecho de su cazadora y de su camisa, que colgaban del hombro igual que trapos mal atados. En ese brazo se veía un arañazo oscuro que llegaba hasta el dorso de la mano, en forma de río que

desciende. Con sus pantalones no podía hacer nada, porque tenían dos rajas paralelas a la altura del muslo. Si se los hubiera cortado como su hermana, ya no le habrían quedado pantalones. A los tres nos escocían las manos. Carlota se las frotaba como si estuviera enrollando algo interminable.

Salimos de la roca por una vertiente a media altura y la vertiente nos llevó por un suelo casi blando hasta el soto. Yo tenía la impresión de que el paisaje había empezado a cambiar. Pero la noche se volcó en cuanto dejamos la gran roca. Apenas podíamos sostenernos de pie. Empezamos a bajar llevados por la inercia y quizá por el placer de que el suelo nos empujara, hartos de estar luchando contra él. En cuanto alcanzamos la primera llanura, las piernas se doblaron y el cuerpo se

derrumbó sobre ellas. Yo me fuí descolgando por el palo igual que si resbalara de una cuerda engrasada.

Veía el amplio cartel de estrellas sobre nuestras cabezas y podía escuchar la respiración fuerte de los niños saliendo de las bocas abiertas. Me parecía imposible que pudiéramos levantarnos algún día de allí.

—Heliotropos —dijo Carlota con el suspiro de alguien que está soñando en voz alta.

Nadie dijo nada hasta que pasó un buen rato. Tampoco Carlota siguió hablando.

Incluso las palabras necesitaban un poco de reposo antes de salir al aire.

—No sé qué es un heliotropo —dijo el chiquillo.

Otro silencio.

—Hay heliotropos en los jardines —dijo ella.

—Esto no es un jardín —contestó él en seguida.

Era el pedazo más grande de cielo que habíamos visto desde nuestra llegada a aquel infierno. Puede que se hubieran acabado las montañas y que cuando llegara el día se viese un pueblo o un camino hecho por el hombre. Por la mañana encontraríamos algo distinto que todavía no éramos capaces de imaginar. Pero de alguna parte llegaba algo parecido al murmullo. No era un ruido real, aunque si uno quería, podía escucharlo.

—Creo que se escucha algo —no sé si quería decírselo a ellos o era un pensamiento en voz alta.

—¿Qué se escucha algo? ¿Qué algo? —preguntó Carlota como si la despertaran.

No corría la más ligera brisa. Todo estaba muy quieto. Era un silencio profundo en el que los oídos parecían escucharse a sí mismos. Esos silencios que son como paredes y detrás de la pared hay otro silencio.

—No sé —dije más tarde.

—¿Qué se tiene que escuchar? —insistió Carlota en tono de irse desmayando poco a poco.

—No sé —creo que dije «no sé» varias veces, como si no significara nada decir «no sé» o como si decirlo fuera bueno para el cansancio.

A pesar de todo, aquel silencio era igual a los silencios anteriores. A los silencios de los sitios donde no había nada. Ni una chicharra, ni un pájaro. Ni hojas que se movieran. Quizá no estábamos tan cerca de la civilización como yo quería imaginar.

Todo se reducía a un sitio más blando, con heliotropos o con cualquier otra hierba, en el que se descansaba mejor.

—Pero sí se escucha —dijo Toto de repente.

—¿Se escucha? —pregunté entonces, como si no supiera nada en absoluto.

—Atended un momento —Toto se había incorporado y podía adivinar su sombra sentada.

Atendimos. Yo continuaba escuchando lo que me parecía que escuchaba dentro de mí: el deseo de encontrar a gente, de salir de aquel lugar desolado.

—No escucho nada —Carlota también estaba sentada.

—Voy a ver —entre las sombras de la noche imaginé el perfil de animal olisqueador de Toto, moviéndose en la dirección de su olfato.

Le sentimos dar los primeros pasos. Después, estuvo un rato sin moverse y después, volvió a andar. Otra vez callado y, en seguida, un ruido inesperado.

—¡Venid! ¡Aquí! —gritó de pronto.

A medida que los ojos trataban de adivinar en la oscuridad, la oscuridad se fue haciendo visible. Carlota caminó delante de mí y se detuvo a los pocos pasos. Toto estaba arrodillado a su izquierda, tocando algo con la mano.

—¡Es un regato!

Nos quedamos mirando a Toto y sin distinguir nada a lo que pudiera llamarse agua.

—¡Agachaos! ¡Aquí abajo!

Nos arrodillamos a su lado y tocamos una superficie húmeda. Luego,

al extender la mano, se hundió en una profundidad de líquido.

—Es agua —dijimos casi a la vez la niña y yo, como si no bastara con tocarla.

—Claro que es agua. Y, a lo mejor, en un kilómetro se ha convertido ya en un río. Y

si es un río, pronto encontraremos un pueblo.

—Quiero beber —dijo Carlota acercándose una pocilla hecha con el hueco de la mano.

—Espérate. Es muy densa —Toto le había agarrado de la muñeca.

—¿Es muy densa? —preguntó Carlota con un enfado al que no le quedaba mucha energía.

—Creo que no es agua normal —dijo el chiquillo.

—Tengo sed. Hace muchas horas que no bebemos.

—Esta agua puede estar cargada de metales. Puedes morirte.

—¿De dónde te sacas esas cosas? Ya estoy cansada de que te hagas el listo. Si no bebo agua, me muero. Así que me da igual.

—Mira, Carlota —la paciencia de aquel crío era admirable, a pesar de ser mi hijo—.

Si levantas un poco de agua y dejas que se escurra en la mano, te das cuenta de que en la mano se queda algo. Papá, hazlo tú.

Cogí agua y dejé que escurriese. Era cierto. En la mano se quedaba un poso.

Después, al tocar, se rozaba una especie de polvillo, minúsculo, pero suficiente para extrañar a cualquiera.

—¿No será que arrastra mucha tierra? —pregunté a Toto.

—La arena es más pesada que el agua. Y lo que hay aquí está también en la superficie. Yo creo que es peligroso beber. Hacedme caso. De todas maneras, podemos aguantar hasta mañana. Lo veremos mejor.

—Nos vamos a morir deshidratados —protestó Carlota.

—Aguantaremos hasta mañana —dijo el niño—. Y más, si hace falta.

El contacto del agua me hizo sentir la sequedad de la boca, el papel de lija que estaba envolviendo el paladar. Por suerte, el calor del verano había desaparecido. En agosto, no hubiéramos durado tanto.

—Yo no aguantaré —dijo Carlota, esperando en la orilla y esperando quizá otra decisión de su hermano.

—Vámonos de aquí —aconsejó Toto.

—Vámonos, Carlota —dije yo—. Mañana, seguramente, encontraremos agua y, a lo mejor, ya hemos salido de aquí.

Mientras regresábamos a algún lugar lejos del regato, traté de pensar en algo agradable. Entonces pensé que el lobo no habría podido seguirnos por la escarpa de la roca. Que, por lo menos, ese peligro había desaparecido.

Más tarde. La misma noche. Día 2

—Me muero de sed —Carlota llevaba horas diciendo lo mismo, poniéndose cada vez más nerviosa. Ahora me pareció que estaba a punto de estallar.

—Cállate, por favor —dijo Toto, que también estaba perdiendo la paciencia.

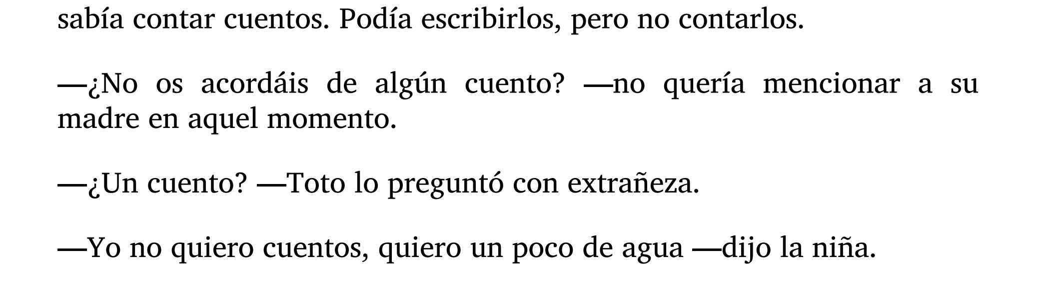
Nos sentíamos demasiado hambrientos, sedientos y cansados para reposar con tranquilidad. Para descansar, el cuerpo tiene que estar de acuerdo en el descanso. Y el cuerpo protestaba por todas las cosas que le hacían falta.

Eché de menos a su madre y a todas las madres que saben calmar una inquietud.

Carlota necesitaba a su madre tocándole la cabeza y durmiéndola. Nosotros, también.

Mientras nos acariciaba el pelo, nos habría contado una historia que nos empujara suavemente al sueño. Echaba de menos a su madre como si también fuera la mía. Era curioso. Ella nos haría olvidar metiéndonos en su barriga. Haciéndonos escuchar sus

palabras allí dentro. Yo no sabía acariciar el pelo y puede que a mis hijos les hubiera extrañado hasta el punto de no permitirlo. Tampoco



sabía contar cuentos. Podía escribirlos, pero no contarlos.

—¿No os acordáis de algún cuento? —no quería mencionar a su madre en aquel momento.

—¿Un cuento? —Toto lo preguntó con extrañeza.

—Yo no quiero cuentos, quiero un poco de agua —dijo la niña.

—¿Qué clase de cuento? —continuó el chiquillo.

—Uno para dormir. Un cuento que nos duerma.

—Yo nunca me acuerdo.

—Podemos contar cualquier cosa —propuse.

—Nos dará más sed —dijo Carlota.

—Tú eres escritor, pero nunca cuentas nada —dijo Toto, dando la cuestión por terminada.

Era verdad. Yo nunca les había contado nada. Y siempre había huido de ese momento en que los niños se resisten a dormir y en el que los padres tienen que demostrar sus recursos como tales. En una universidad para padres, creo que yo no hubiera pasado de la selectividad.

—Los escritores no hablan, sólo escriben —dije con franco temor.

—A los mudos les pasa igual —dijo Toto con una risita malintencionada, pero era, por lo menos, una risita.

La risa de Toto se mezcló con la explosión de llanto de Carlota. Cuando nos acercamos, tenía la cabeza hundida entre las rodillas y el llanto se parecía a un ataque de tos. De tos seca.

—Todos nos sentimos mal, Carlota. Pero mañana estaremos fuera de aquí. Te lo prometo —dije.

—No prometas nada, mañana estaremos aquí y siempre.

—Todos nos sentimos mal —repitió Toto con menos energía de la que esperaba de él.

El niño parecía también muy agotado. Tuve miedo. Estaba convencido de que yo era el más débil. ¿Y si lo fueran ellos? Cuando los niños se

derrumbaran, nada sería capaz de volver a levantarlos. Siempre había pensado que ellos escaparían y yo, no. Pero también podía suceder lo contrario. Tuve miedo y mucho miedo de ese miedo.

—Vamos a hacer una cosa —dije atemorizado—. Los tres vamos a cerrar los ojos.

—Ya los hemos tenido cerrados mucho rato y no sirve para nada —dijo Carlota entre sollozos.

—Y cuando tengamos los ojos cerrados, yo contaré una historia.

—¿Tú? —dijo Toto con un hilo de voz y acostándose al lado de su hermana como si le hubieran fallado todas las fuerzas de golpe.

Carlota se tendió boca abajo. El llanto sonó sofocado por la tierra.

—¿Ya los habéis cerrado? —pregunté.

No contestaron.

—En un poblado del norte de América, vivía un indio llamado Wacawa —no recordaba haber escrito o leído nunca un cuento como aquél—. Cuando Wacawa tenía doce años, un oso blanco mató a su padre durante una expedición de caza. Wacawa se quedó solo con su madre y dos hermanas muy pequeñas. Desde entonces se dedicó a pensar únicamente en el oso blanco que había matado a su padre. Empezó a tallar huesos y a fabricar armas para matarle cuando algún día hiciera el juramento de los jóvenes guerreros. Mientras tanto, su familia estaba viviendo pobremente de la caridad de sus parientes y, en particular, de la de sus abuelos paternos. Su abuelo, Ohanda, le llamó un día y le dijo: «Escucha, Wacawa. De la misma manera que yo me estoy ocupando ahora de tu madre y de vosotros, sus hijos, pronto te tocará ocuparte a ti de tu familia. Cuando llegue ese momento, te pido que también te ocupes de nosotros, de tu abuelo y de tu abuela, que ya serán muy viejos». Pero Wacawa era incapaz de pensar en esas cosas. Sólo podía pensar en el terrible oso blanco del que le llegaban noticias, ya que seguía matando en todas aquellas regiones de los grandes lagos. Wacawa se fue haciendo mayor y su obsesión por el oso blanco creció con él. Todas las noches soñaba

que se encontraba con el oso blanco en una pradera blanca y que él le mataba con sus armas hechas de huesos blancos. Un día le comunicaron que podía salir de caza con la partida de jóvenes guerreros que aspiraban a convertirse en cazadores. Wacawa trajo la piel de un tigre. Su abuelo, Ohanda, volvió a llamarle y le dijo:

«Wacawa, ya eres un hombre. Es hora de que te ocupes de tu familia y de tus ancianos. A partir de mañana, tú conseguirás el alimento y procurarás que tus hermanas sean honradas por los otros muchachos. También construirás un nuevo tipi para tu madre con las pieles de tus próximas cacerías. Ése es tu deber». Pero Wacawa no había pensado todavía en ocuparse de esas cosas y le respondió: «Abuelo, estoy de acuerdo en todo lo que dices.

Pero primero he de cazar al oso blanco que mató a mi padre. Hasta que lo cace, no podré considerarme un hombre, ni hacer que mis hermanas sean honradas por los otros jóvenes, ni construir un tipi nuevo para mi madre». El abuelo se quedó muy preocupado, pero dejó marchar a Wacawa. El joven guerrero desapareció con el alba y condujo su caballo hacia el lugar donde el oso blanco había matado a su padre. Tardó en llegar varias jornadas. Era el lugar de los últimos lagos. El paisaje empezaba a helarse con los primeros fríos del invierno. Estaba convencido, desde pequeño, de que el oso le estaría esperando en el lugar en el que mató a su padre. Pero el oso no estaba allí. Y tampoco estuvo al día siguiente, ni al otro. Wacawa no quería volver al poblado sin la piel del oso. Wacawa quería ser un hombre igual al que había soñado en sus sueños infantiles de venganza. Y sabía, por esos mismos sueños, que tenía que matar a la fiera en el mismo lugar donde murió su padre. Pasaron los días y las semanas. El cielo del invierno se desplomó sobre él. Se helaron los lagos y las montañas. Su caballo murió. Se alimentaba de pescado crudo que sacaba de los agujeros del hielo. Dormía de pie, apoyado en sus armas de huesos blancos, para estar prevenido cuando llegara el oso. Pasó el invierno y la primavera fundió los hielos. Entonces pasó por allí una partida de cazadores de su tribu. Le dijeron que su familia pasaba hambre, que su abuela había muerto y que su abuelo apenas podía moverse. Que tenía que regresar antes de que fuera demasiado tarde. Wacawa no quiso volver. El oso no apareció durante el verano ni durante el invierno siguiente. En primavera, la partida de cazadores le comunicó que su abuelo había muerto y que su madre estaba enferma.

Wacawa se negó a regresar. En alguno de los años siguientes le informaron de la muerte de su madre. Sus hermanas no habían podido casarse y vivían pobremente en el mismo tipi. Wacawa preguntó si el oso blanco seguía vivo. Los cazadores le contestaron que sí.

Y durante muchos años Wacawa hizo la misma pregunta y obtuvo la misma respuesta.

Su cuerpo fue experimentando algunos cambios. Ya no podía dormir de pie y las armas pesaban demasiado. Apenas podía alimentarse con

sus artes de pesca y, por otro lado, estaba perdiendo el apetito. Su pelo negro se puso blanco y una larga barba le cubría el rostro. La partida de cazadores de la primavera le dijo un año que nadie había vuelto a ver al oso y que tal vez murió. Wacawa pensó que, efectivamente, el oso debía ser ya demasiado viejo. Mucho más viejo que Wacawa. Decidió regresar. Por un momento

pensó que podría hacer algo por su familia. De todas formas, hubo de pasar todavía mucho tiempo antes de dar el primer paso de su regreso. Pero un día volvió. Llegó a la misma hora en que se marchara muchos años antes, rayando el alba. Todos estaban dentro de su tipi. Buscó el de su familia y lo encontró poco después. Pero de él sólo quedaban los tres palos atados con correas en la punta. Hacía mucho que nadie vivía allí. Las piedras del hogar de la entrada no conservaban ni las cenizas. Entonces pensó que quizá sus hermanas se habían casado y estaban viviendo en otro tipi. Fue llamando a la entrada de los tipis, pero dentro sólo le respondían con gritos y con amenazas. Al poco tiempo, se encontró rodeado de un grupo de guerreros que le apuntaban con sus lanzas y arcos, mientras las mujeres y los niños corrían a esconderse. «¡Matadle, matadle!», gritó uno que parecía el jefe y a quien no recordaba. Wacawa no comprendía, pero le irritó mucho ser tratado de esa manera después de tantos años. Entonces alargó una mano contra el guerrero que tenía más cerca y esa mano se quedó paralizada en el aire. Wacawa la contempló como si no existiera nada más en el mundo. De sus dedos salían garras afiladas y toda ella estaba cubierta de un pelo blanco y espeso. Abrió la boca con estupor y de ella salió un rugido infernal que conmovió el poblado. «¡Matadle, matadle!», volvió a escuchar. Una docena de flechas le atravesó la piel. Cuando Wacawa se miró el cuerpo, vio cómo la sangre empapaba poco a poco aquella alfombra de pelos blancos. Luego, murió. «A Wacawa le gustará saber que hemos matado al oso que mató a su padre», dijo uno. «Y a toda su familia», dijo otro.

Los niños respiraban rítmicamente desde hacía un poco. A pesar de ello, yo seguí contando el cuento.

Sentía la necesidad de llegar hasta el final.

Yo conocía a un Wacawa. Había tenido

un despacho que estaba situado también

en los últimos lagos del norte.

Y dentro siempre había sido invierno.



Amanecer. Día 3

E abierto los ojos con una sensación de humedad en la cara. Luego, he visto a Toto y a Carlota chupando ramilletes de heliotropos, con el mismo gesto con que se hubieran tomado un helado. Sacando la lengua como perritos.

—¿Qué hacéis?

—Los heliotropos están mojados —me ha contestado Toto—. Debe ser rocío.

Aprovecha antes de que desaparezca.

Tengo bañada la mitad de la cara. Parece como si hubiera llovido sobre el prado agua fina y repartida. La boca está tan seca que tengo miedo de que se descomponga en terrones. He pasado un manojo entero por la lengua. Saben amargos, pero el agua que dejan hace que todo reviva. Hemos permanecido de rodillas sobre el pequeño prado de hierbajos, lamiendo y mirándonos unos a otros. Es el tercer día, pensamos, y no pueden quedar muchos más. Hoy tenemos que llegar a algún lugar habitado o, por lo menos, encontrar comida de verdad.

El cielo tiene la misma claridad de los días anteriores y no parece que nada haya cambiado. Pero algo tendrá que cambiar.

Estamos, como suponíamos, en un soto, resguardado por las peñas de la vertiente.

Hacia el este están las montañas que hemos dejado. Hacia el otro lado no hay más visión que un estrecho pasillo de rocas. Por encima de ellas no se ven otras montañas, pero esta perspectiva puede ser engañosa. Me consuelo pensando que antes no habíamos visto heliotropos. Hay heliotropos en los jardines, había dicho Carlota. Podía ser una señal.

—Tenemos que seguir el río —ha informado Toto al final y, al llamar río al regato, trata de infundir optimismo.

La pierna no duele más ni menos que antes. He cogido el bastón para seguir a los niños hasta la cuenca del regato. Estaba a unos metros.

—¡Es un río rojo! —exclamó Carlota.

En medio del prado de heliotropos, cruzaba un canal de agua roja, bastante oscura, con matices de cobre. También las chorreras que formaba a su paso por las peñas de arriba eran rojas.

—Es hierro —dijo Toto—. Hierro puro. Seguro que por aquí hubo minas. Esas grutas pueden ser de minas. Vamos a seguirlo.

El regato se metía por el pasillo como si lo hubieran hecho a su medida. Lo atravesamos con los pies en el agua. En la salida, Toto se paró con la intención de estudiar lo que venía.

Una línea de la cordillera continuaba por el lado derecho, perdiéndose hacia una diagonal del horizonte. Nuestra visión era más limitada por la parte izquierda, pero sospechamos que continuaba el paisaje de picos trabados que se veía a la salida del circo del lago. Por el centro, quedaba algo completamente diferente. Un suelo ondulado de montes pequeños, lleno de matas muy altas o de árboles silvestres, cerrado como una selva. Poco más abajo, el agua desaparecía en la espesura. Al fondo, no había ninguna cordillera y el cielo daba la impresión de estar posado en el suelo, extendiéndose libremente. Durante muchos kilómetros.

No era un paisaje que animara a los extraviados. Era difícil imaginar allí un rastro de vida humana y nada hacía esperar que hubiera otra cosa después del horizonte.

Habíamos soñado con alguna señal de mundo habitado o por lo menos con un camino perfecto que condujera a alguna parte. Ni siquiera había camino. Y después del horizonte, vendría otro horizonte y después, otro, hasta el infinito. Sentí que la confianza y las fuerzas me abandonaban.

—Deberíamos seguir hacia allí —dijo Toto señalando con la mano por encima de la selva, en dirección al cielo abierto del fondo.

—No se ve ningún camino —murmuró Carlota con un desfallecimiento de la voz.

—Si el regato no hace ninguna ribera, entonces caminaremos por el regato.

—Está todo muy lejos —dije, sin pensar en lo que decía.

—¿Veis aquellos árboles blancos?

El chiquillo señalaba casi al final, a una zona de bosque que parecía borrada por la niebla.

—¿Dónde está la niebla? —pregunté.

—No es niebla. Es un bosque de líquenes. Lo tomaremos como punto de referencia, si pasa algo. Detrás tiene un calvero. Vamos.

La energía de Toto nos empujó regato abajo. Los niños se metieron en la boca de la espesura con la decisión de seguir adelante. No sé por qué tuve que mirar hacia atrás.

Quizá lo supiera. Quizá supiera que me estaba volviendo para encontrar al lobo gris.

Porque, de repente, cuando vi aquel paisaje infinito, sin un alma y sin rastros humanos, pensé que el lobo debía estar detrás. Esperando.

Por un momento pensé que veía al lobo gris porque yo quería ver al lobo gris.

Porque la fiera era el símbolo de nuestra calamidad y de mi miedo.

Pero en seguida tuve la certeza de que el lobo no era una ilusión de los sentidos. El lobo era más real de lo que había sido hasta entonces. Vi un animal escuálido, con la pelambrera ensortijada por el agua y el barro, los ojos saltones y la boca abierta como si le faltara el aire. Igual que él nos vería a nosotros.

Supuse que había rodeado la montaña por la parte de las grutas y que había descendido por el regato durante la noche. No parecía tan fiero como otras veces, pero la forma en que nos seguía, al límite de sus fuerzas, me hizo temerle más que nunca.

Ahora estaba dispuesto a todo. Estaba hambriento, furioso y, tal vez, perdido. Su única salvación éramos nosotros.

Seguí a los niños sin decir nada.

Dos horas más tarde, quizá. Día 3

Estábamos en el calvero, detrás del bosque de líquenes. Habíamos ido dejando en la corriente del agua todo lo que sobraba. Cualquier cosa era ya un estorbo y un peso.

Todo se hacía insoportable. El lecho del regato estaba empedrado de guijos pequeños.

No encontramos ninguna franja de ribera por la que pudiéramos hacer un camino más fácil. El calzado terminó de estropearse, machacado por la dureza resbaladiza del fondo y por la humedad helada del agua. Era un regato rojo, pero el agua parecía destilar directamente de algún nevero. Al principio, los pies fueron acribillados por un millón de agujas de hielo. Ese dolor era lo único vivo que quedaba en el cuerpo.

Después de un rato largo, la piel entró en un sueño del que sólo la despertaba el golpe contra una piedra o la arista afilada de una rama hundida o de otra piedra. El

esqueleto se quebraba entonces con ese dolor nuevo y todos los huesos parecían haber recibido el golpe o la cuchillada.

Fuí el primero en tirar los zapatos. La suela me dañaba más que el propio fondo del regato. Resbalaba por dentro y los pies se estrellaban contra la dureza hinchada del cuero. Contemplé el hundimiento de los zapatos mientras espiaba por el rabillo los recodos que íbamos dejando detrás. El lobo no podía estar muy lejos.

La sangre manaba de los pies dibujando un hilo más oscuro que el agua y ese hilo se convertía en una nube cuando llegaba a la superficie. Pensé que al lobo también le estarían sangrando las pezuñas. Y que su propia sangre le estaría poniendo rabioso.

Además, encontraría la nuestra a medida que fuera pasando por donde nosotros habíamos pasado. ¿Qué pensaría al olerla en el agua? Quizá decidiera ir más deprisa y lanzarse sobre sus presas de una vez. ¿Por qué no nos había alcanzado todavía? ¿Estaba esperando o desconfiaba ahora de sus fuerzas?

Los niños no tardaron en arrojar sus zapatillas. A partir de ese momento, el camino se hizo más lento y más penoso. Aunque no había llegado lo peor.

Después de cierto punto, el cauce ganó en profundidad y en anchura. Toto miró hacia atrás y sonrió. Pensaba en su teoría de que el regato se convertiría pronto en un río. Y los ríos van a dar a las ciudades o a lugares habitados. Un río es agua y el agua es necesaria, así que encontraríamos gente cerca del río. Más tarde o más temprano. Pero no se fijó en que la crecida también hacía crecer la vegetación. Lo que hasta entonces había sido un canal estrecho, pero limpio de la espesura que cerraba sus márgenes, se transformó rápidamente en otra selva con el suelo de agua.

Los matorrales gigantes se doblaban sobre la corriente como las

espadas de un ejército numeroso. Largas ramas desnudas impedían el paso, trenzadas de tal manera que parecían cumplir las órdenes de un guardián celoso. De un guardián que, al mismo tiempo, nos estaba haciendo una advertencia.

Toto nos miró con el primer gesto de perplejidad que le recordaba desde que empezó el desastre.

—Tal vez debiéramos volver.

La selva nos rodeaba por todas partes. Por delante y por los costados. La única vía libre parecía ser aquélla por la que habíamos llegado. Pero yo sabía lo que nos esperaba en aquel regreso.

—Volver, no —murmuró Carlota sentándose en el agua y cruzando los brazos sobre las rodillas.

—¿Por qué no? —preguntó el niño sin mirarla, como si lo estuviera preguntando a la naturaleza que nos cerraba el paso.

—Porque yo tengo fuerza para seguir, pero no tengo fuerza para volver.

—Hay que tener fuerza para todo —contestó él en un tono que dejaba muchas dudas sobre su confianza en lo que decía.

—Yo no tengo fuerza para volver. Si volvemos es que nos hemos equivocado. Y la próxima vez que volvamos a empezar, pensaremos que podemos volver a equivocarnos. Podemos andar sin fuerza, pero no podemos andar pensando que nos equivocamos.

Permanecimos mirando a Carlota con el asombro del que frota una lámpara y ve salir un duende. La niña estaba derrumbada, pero sus palabras eran más fuertes que ella. Y esas palabras parecían venir de una sabiduría que no podía haber aprendido en ninguna parte. Lo había aprendido allí mismo, delante de nosotros y, especialmente, delante de mí. Yo había pensado siempre que decía lo que decía su madre y ahora me daba cuenta de que Carlota era Carlota y podía decir cosas suyas. Entonces, Carlota siempre tuvo razón y Carlota era Carlota y no era su madre. ¿Cuántos años había perdido con ella?

—¿Quieres decir que es preferible meterse ahí dentro? —pregunté como si quisiera confirmar lo que había escuchado, como si quisiera confirmar que Carlota era Carlota.

—Vamos —dijo por toda contestación.

Y a partir de ese momento, la niña fue delante, abriendo el paso con sus brazos enormes y aguantando el azote vengativo de las ramas con una entereza que había vencido al agotamiento. Viendo cómo se abría paso, con qué rabia devolvía los mandobles de la vegetación, con qué decisión caminaba hacia delante igual que si avanzase hacia el corazón de una legión enemiga, me sentí pequeño y cobarde.

Me sentí una especie de hombre que llevaba días lamiendo sus propias heridas y pensando que esas heridas eran las únicas del mundo. O, por lo menos, las más importantes. Sentí vergüenza de mí mismo. Pero esa vergüenza también era una forma de lástima. Entonces, sentí rabia de mí mismo, contra mí mismo.

Aquella travesía obtuvo su premio antes de lo que podía esperarse. Al poco tiempo, descubrimos entre la maleza el bosque de líquenes, pasando con su blancura entre las sombras de las márgenes.

—¡Podemos salir! —gritó Toto—. ¡Podemos salir al calvero!

En el calvero, nos miramos como si no nos conociéramos. La ropa totalmente destrozada, hecha jirones alrededor de un cuerpo marcado por los azotes y los pinchazos, los labios morados, la piel lívida y temblorosa, los ojos brillantes y escondidos en círculos azulados, la carne encogida alrededor de los huesos, descalzos y con los pies ensangrentados, éramos los restos de nosotros mismos. Pero unos restos que todavía vivían.

—Me muero de sueño —dijo Carlota.

Y ese sueño también era nuestro sueño.

Un sol alto. Día 3

Petardos que alguien hacía explotar al lado del oído. Un estruendo seco y después un eco en el aire, como si la detonación fuera ascendiendo hasta las nubes más altas.

Dos o tres explosiones.

—¿Cohetes? —dijo Carlota alargando el cuello y apoyándose en las manos.

Miramos hacia arriba, pero no encontramos la estela de ningún cohete ni de nada que estuviera explotando. Nos levantamos para buscar el origen de aquel ruido. Volvió a escucharse otra descarga.

El calvero estaba situado en una pequeña elevación. Alrededor, continuaba extendiéndose la selva de matorrales. Un color pardo y boscoso que alfombraba el terreno ondulado y que no dejaba distinguir nada en su interior. En cualquier parte de aquella espesura igual podía haber algo y nada a la vez. Sólo el bosque de árboles pelados y envueltos por líquenes, que teníamos a la espalda, parecía transparente.

—¡Hay alguien, papá, hay alguien por ahí! —dijo Toto, buscando con la vista alguna señal.

Después de la última explosión, vino un silencio muy largo. Un silencio que nos hizo pensar que todo había sido un espejismo. Un espejismo del oído, pero un espejismo, al fin y al cabo.

—Es un ruido que alguien ha hecho, ¿verdad?, —dijo Carlota, muy excitada.

—No sé —contesté, mientras la cabeza se debatía en un mar de dudas.

Puede que fuera un espejismo y puede que no. Sin embargo, aquel ruido no me pareció tranquilizador. Yo lo había escuchado antes. No sabía dónde, ni de qué se trataba. Pero tenía la certeza de que no había que estar muy cerca de él.

Entonces, volvió a sonar. Carlota estaba de pie en la zona más alta del calvero, junto a una roca baja cubierta de costra vegetal. Un pedazo de esa costra se levantó en el aire y planeó hasta donde Toto y yo nos encontrábamos. El mismo vuelo de un sombrero que ha salido disparado. Disparado.

—¡Al suelo, al suelo! —grité—. ¡Son disparos!

—¡No nos han visto! ¡Tenemos que avisar! —chilló Carlota mientras agitaba los brazos hacia la lejanía.

—¡Sí nos han visto, Carlota! ¡Tírate! ¡Te digo que te tires!

Toto y yo nos habíamos tumbado de bruces. Intenté levantarme. Lancé un aullido de dolor y volví a encontrarme en el suelo, con la nariz y la boca hundidas en la tierra. El niño se dio cuenta y corrió en busca de su hermana. Trató de agarrarla por sus harapos, pero la resistencia de Carlota hizo que se quedara con dos pedazos de tela en las manos.

Entonces la atrapó por la cintura, en una especie de bloqueo de rugby, y se fue con ella a tierra, Carlota intentó zafarse con brazos y piernas,

pero Toto aguantó lo suficiente hasta que llegué reptando a su lado.

—Nos están disparando, Carlota, nos están disparando. Quédate quieta.

Carlota no escuchaba. Casi se había dado la vuelta y tenía a Toto debajo. Entonces, yo también la agarré. Pareció calmarse un poco.

—Pero ¿quién nos dispara, papá? —preguntó el niño, jadeando.

—No lo sé. Pero estoy seguro de que nos han visto y de que nos disparan.

—¡Eso no puede ser! ¡Se van a marchar sin vernos! —chilló Carlota.

Volvió a sonar otro disparo y escuchamos un ruido de enjambre que volaba por encima de nuestras cabezas y que se estrellaba en el bosque de líquenes.

—Puede que nos hayamos metido en un campo de tiro —murmuró Toto.

—No es un campo de tiro. Lo que ha sonado son perdigones.

—¿Están cazando? —preguntó el chiquillo.

—¿Lo ves, lo ves? —gritó Carlota, agarrándome de algún sitio—. Son cazadores, sólo son cazadores.

—Si son cazadores —dije—, no les gusta que nadie los vea. Quizá son furtivos y pueden ser peligrosos. No sé en qué clase de lugar estamos, pero sé que los tiros vienen hacia aquí y aquí sólo estamos nosotros.

Otra andanada y el mismo enjambre rasgando el aire.

—Hay que irse del calvero —dije.

—¿Adónde? —preguntó Toto.

Carlota parecía más calmada y dispuesta a seguir instrucciones.

—Otra vez al regato, pero sin asomar la cabeza —dije.

Salimos del calvero a rastras. Toto quiso levantarse en cuanto llegó a los primeros matorrales, pero volvió a sonar otro disparo.

—Es más seguro que sigamos arrastrándonos hasta el agua —sugerí.

Nos llevamos medio monte con la barriga y la cara. Cuando llegamos al agua, nos dejamos caer en ella como si el cuerpo se hubiera incendiado. Tuve la impresión de que la piel se levantaba y se iba corriente abajo, dejándome en carne viva.

Él estaba allí. Escondido, pero estaba allí. Viendo cómo nos deshacíamos en tiras.

¿Por qué no venía?

En la penumbra, poco después. Día 3

Había llegado el momento. El momento de decir que su padre se quedaba allí.

Cuando saqué la cabeza del agua, el cielo empezó a girar como una ruleta, mientras el lecho del regato se inclinaba a un lado y a otro y el cuerpo parecía resbalar entero por él.

Todo mi organismo estaba diciendo «no» y «no» para siempre. Nadie volvería a moverlo ya en ninguna dirección. Algo se había roto por dentro finalmente. Finalmente, todo había terminado para mí. Los niños hablaban y yo hacía esfuerzos por escucharlos mientras el mundo rodaba por una cuesta infinita.

—No importa que sean furtivos —estaba diciendo Carlota—. Lo importante es que han llegado hasta aquí. Y si han llegado hasta aquí, hay algún sitio cerca.

—Estoy de acuerdo —dijo Toto, sacudiendo la cabeza como un perro que sale del agua—. Y además estoy seguro de que a ese sitio llegaremos por el río.

—A lo mejor está muy cerca. Muy cerca —la niña no dejó que su hermano terminara de hablar.

—Es el último esfuerzo —dijo Toto de repente, mirándome.

Los críos se fueron levantando del arroyo con la lentitud de quien está levantando también un peso. Cuando estuvieron de pie, se tambalearon un poco. Pude notar eso, a pesar de que todo seguía danzando en mi cabeza como en el vuelo de un avión que ha perdido el control. Tenía unas ganas horribles de vomitar.

Intenté ponerme de pie. Si tenía que decirles algo, prefería estar en una postura que no tuviera nada extraño. Estaba dispuesto a hacer

valer mis ideas y a escapar de su lástima. Conseguí enderezarme y, cuando por fin creía estar derecho, me vine al suelo como un muñeco de trapo. No sé si se dieron cuenta. En la calamidad, uno ve mejor la suya que la de los demás. Aunque sea la misma o aunque la de uno sea un poco más pequeña.

Sentí algo nuevo. Algo que quizá sólo puede explicarse en el momento y por el que está en ese momento. Tampoco él lo puede explicar después de que haya pasado ese momento. Un miedo nuevo. Un miedo perfecto, absoluto. Del que nadie puede salvarte y con el que no puedes pedir ayuda. Un miedo verdadero. Un miedo verdadero que, cuando te toca, sabes que no es sólo miedo, sabes que el tiempo se acaba. Que todo, para ti, ha terminado. Y los demás están lejos por muy cerca que estén, tan lejos que no puedes verlos ni esperar nada.

Cuando volví a mirar a Toto y a Carlota, estaban de espaldas. Quizá habían dado ya el primer paso sobre la corriente del agua. Entonces dije:

—Seguid vosotros.

La tierra giraba y la sombra giraba dentro de la tierra. Sus caras blancas, temblorosas, con ojos metidos en un cerco azulado, se volvieron con el cansancio del que no tiene fuerza ni para volverse. El ruido del agua sonaba en los oídos como el ruido de un remolino que me estuviera tragando. Yo miraba el mundo desde la punta del fondo de ese remolino. El mundo daba vueltas y vueltas como si ya no tuviera conciencia.

—¿Papá? —lo preguntaron casi a la vez, con el tono de quien está buscando a alguien que ha desaparecido de pronto de la faz de la tierra.

No sé la postura que yo podría tener en ese instante dentro del regato. Puede que estuviera arrodillado o tendido. Recuerdo que sentía pasar el agua muy por encima de mí, a miles de metros de profundidad. Había jurado no desmayarme nunca más. Traté de ordenar las palabras y de guardar aire suficiente para decirlas.

—Seguid vosotros. Yo me quedo vigilando el camino —lo que dije sonó igual que borbotones de agua.

Entonces escuché un chapoteo. Los niños corrían. Sentí el contacto de manos que me cogían y tiraban hacia alguna parte. El agua dejó de correr por encima y el aire caliente empezó a deslizarse por la piel.

—Papá, ¿qué has dicho? —los niños se habían puesto de rodillas y me sujetaban.

—Yo me quedo vigilando el camino.

—¿Qué quieres decir?

—Seguid vosotros.

Sé que se miraron, pero no sé qué clase de mirada era. Hubo silencio durante mucho tiempo. Tal vez no fue mucho tiempo. Tal vez tenía miedo de todos los silencios ahora que el tiempo se estaba acabando.

—No hay nada que vigilar, sólo hay que seguir andando —dijo Carlota.

—Todos estamos cansados —añadió Toto.

—Pero alguien tiene que quedarse a esperarle.

—¿A esperarle?

—Está ahí. Puedo olerle, sé que huele a víscera.

El aire entraba en los pulmones y parecía ensancharlos. Ese aire me dio la fuerza justa para creer que podía esperar al lobo. El lobo no era peor que el miedo de saber que el tiempo se estaba acabando.

—¿Quién es? —dijo uno de ellos, pero la voz no vino hacia mí, sino que se desvió al otro que la estaba escuchando.

—El lobo gris —casi grité.

Otra racha de silencio. Toto y Carlota se preguntaban con el gesto de la cara.

—No hay ningún lobo gris, papá —dijo el niño.

—No le vemos, pero está esperando —dije con rabia.

—Ahora no puedes quedarte aquí. Le esperarás en otro sitio —murmuró Carlota como si estuviera hablando con un niño muy pequeño que tarda en conciliar el sueño.

—Éste es el sitio —contesté.

—No, éste no es el sitio —contestó ella a su vez.

—¿Por qué no? —ahora los distinguía con mayor claridad y el mundo empezaba a girar lentamente.

—Porque nadie sabe si vamos a tener otro sitio.

—Pronto saldréis de aquí.

—¡No! —repuso la niña con firmeza—. No sabemos si vamos a salir. Puede que sí y también es posible que no. Mientras no lo sepamos, seguiremos juntos.

—No te entiendo, Carlota —dije débilmente.

—Lo entiendes muy bien. Ahora es demasiado tarde para pensar lo que hace cada uno. Si nos va a pasar algo, ya nos tiene que pasar a todos juntos. Si no vamos a salir de aquí, es mejor que no salgamos juntos.

—Qué más da —murmuré.

—Claro que da.

—¿Por qué?

—A mamá le gustaría que estuviéramos juntos.

—¿A mamá?

—¡Sí! ¡A mamá! —Carlota había chillado—. ¡Mamá es la que se va a enterar de que no hemos salido! ¡Ella es la que va a sufrir! ¡Y yo quiero que deje de sufrir pensando que hemos estado juntos! ¡Juntos todo el rato hasta el final!

—Mamá… —y cuando pronuncié esa palabra, sentí que algo de dentro se encogía con una emoción distinta.

—¡Mamá! ¡Sí, mamá! ¡A ella le dirán que estamos muertos!

El mundo dejó de dar todas sus vueltas. Reuní todas las fuerzas para poder sentarme. Luego, atraje las piernas hacia el cuerpo. Y metí la cabeza en algún sitio de ese cuerpo para esconderme. Entonces, rompí a llorar. No me importaba que mis hijos me vieran llorar de esa manera, porque yo les debía a mis hijos ese llanto. Lloraba porque habían sido capaces de pensar que su madre sufriría cuando ellos ya no sintieran nada. Pensar que dejaban sufrimiento en este mundo y que su obligación era calmarlo hasta donde pudieran. Lloraba también porque yo había sido incapaz de pensar en lo que ellos amaban.

Porque quizá tampoco era capaz de pensar en lo que amaba yo. Lloraba porque mis hijos eran mejores que yo y porque yo no había hecho nada para que no fuera así.

Lloré, y si el lobo hubiera aparecido le habría ahogado en esas lágrimas. Más abundantes y más fuertes que todo el universo líquido. Lágrimas de un pobre tipo.

Más tarde. En la misma luz. Día 3

Horas de camino por el regato. Pero las horas ya no significaban nada. El tiempo se estiraba igual que puede estirarse una agonía. El tiempo muy lento de los que no van a ninguna parte.

Veía a Toto y a Carlota caerse continuamente. No nos quedaban fuerzas para ayudarnos. Cuando uno se iba al suelo, los otros escuchaban el chapotazo del agua y se detenían. Sin mirar apenas, como estatuas que esperasen una señal para volver a la vida. El que se había caído se levantaba trabajosamente y, después de sentir su primer paso en el agua, los otros volvían a caminar. Había que resistir la tentación, cuando alguien se derrumbaba, de no derrumbarse uno mismo y acostarse en las aguas y abandonarse.

El regato se había ensanchado mucho. De vez en cuando, se veían zonas pantanosas debajo de la espesura de los matorrales. Manchas verdes de hierba falsa que engañaban con su apariencia de suelo.

La vegetación se había ido retirando del agua. Ahora formaba paredes a ambos lados del arroyo y daba la impresión de que se caminaba por un callejón. Una cinta de cielo azul estaba posada encima de aquella selva. Como si fuera un camino distinto que no podía alcanzarse.

En medio de las matas gigantes, empezaron a verse algunos árboles robustos, con el tronco pelado. Puede que aquellos árboles dieran algún fruto, pero ninguno quería abandonar el regato para comprobarlo. Teníamos hambre de escapar. La otra hambre se había escondido en el fondo del cansancio y de la angustia. Recuerdo haber pensado que deberíamos tener hambre.

Las caídas duraban cada vez más y el temor a que el que se había caído no se levantara fue creciendo con el camino.

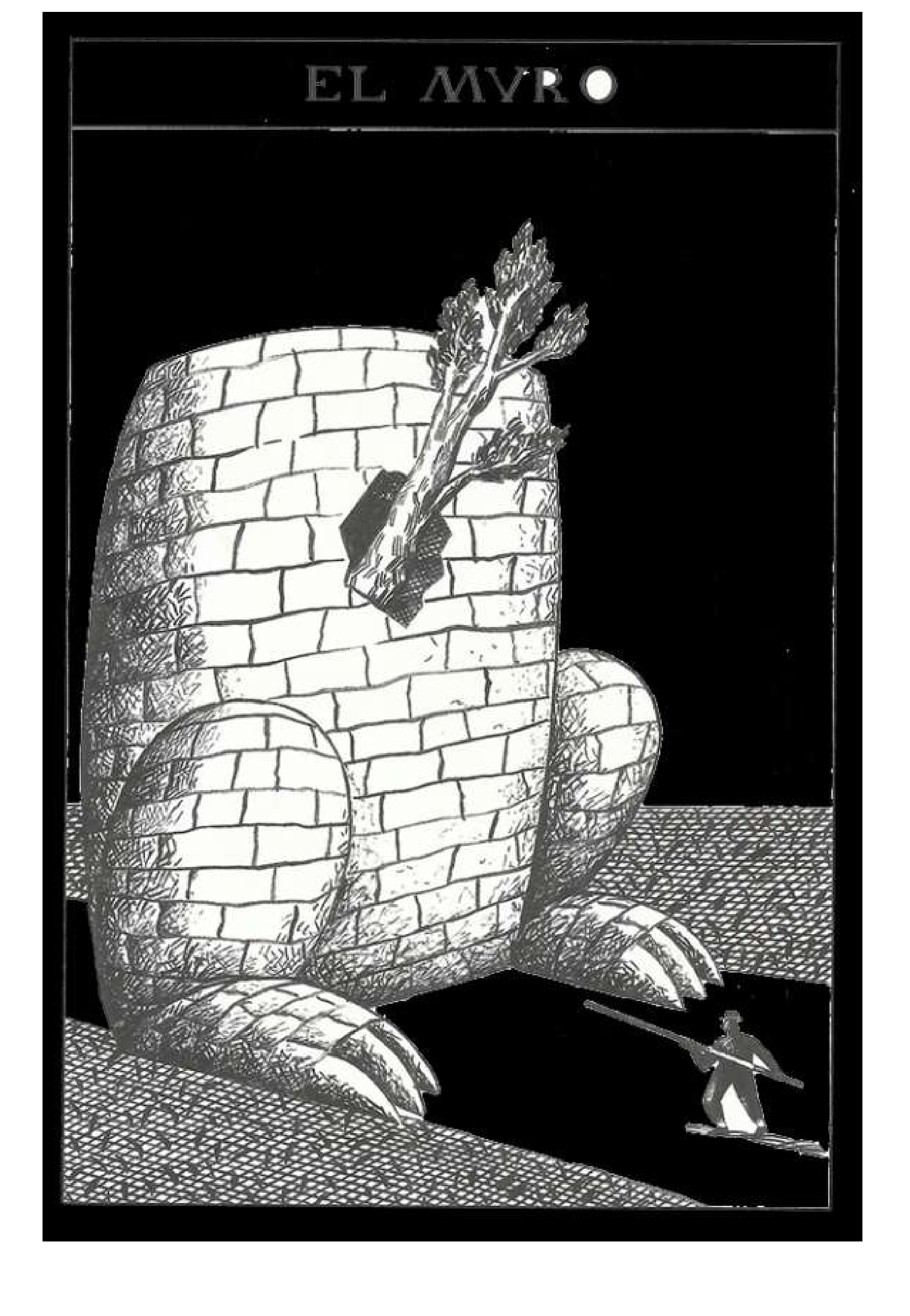
El suelo del fondo se había vuelto cenagoso y los pies se hundían hasta los tobillos antes de alzarse otra vez. Era un lodo viscoso y puro como una papilla que llenaba el cauce de olores a vegetal podrido. A pesar de nuestro estado, costaba mucho acostumbrarse a pisar siempre ese

lodo, a sentir que los dedos se abrían en mitad de aquella porquería.

Poco después de entrar en él, nuestros cuerpos se habían vuelto negros y el pelo era lo más negro de todo. El bastón en el que aún me apoyaba dejó de servirme. Se hundía más que los pies y resbalaba manchado de cieno. Lo puse sobre los hombros y colgué los brazos en la postura de un crucificado que sigue la ruta hacia el calvario.

No podíamos dar un paso más. Si lo estábamos dando era por causa de una voluntad más fuerte que mandaba sobre el organismo destrozado. No sé de dónde salía aquella voluntad.

Pero no podía ser eterna.



Quizá por la tarde. Día 3

Al descubrir el gran muro que cerraba el paso, no supimos qué sentir. Era una pared de piedra de más de cuatro metros de altura. Desde

abajo, era tan imponente como una muralla. Al principio, pensamos que podía ser la ruina de alguna construcción antigua.

Pero en seguida vimos el cemento y el granito con el que estaba formada.

—Parece la cerca de una finca —dije, sin estar seguro de la alegría que aquel descubrimiento podría darnos.

—Es muy grande para ser de una finca —dijo Toto, en el mismo tono inseguro.

—Pero detrás es distinto —señaló Carlota, levantando un brazo.

—¿Distinto?

—Fijaos. Parece que detrás ya no hay árboles.

La mano de la niña apuntaba a un cielo despejado, sin la oscuridad de la vegetación.

En nuestro lado, los matorrales se elevaban por encima de la altura de la pared. En la otra parte, al menos desde nuestra posición, ya no se veían.

—Tal vez es donde termina el monte o la reserva o lo que sea esto —dijo Toto arrodillándose en el agua.

—Hay un problema —anunció Carlota como si hablara consigo misma—. No va a ser fácil pasar.

Fue curioso. No se nos había ocurrido todavía que, para llegar al otro lado, hubiera que atravesar aquella defensa de piedra. Pero la muralla estaba allí y no tenía puertas.

—No será fácil —repitió el niño mirando en la superficie sucia del arroyo.

Al primer vistazo, todo parecía estar de acuerdo con aquellas palabras. La selva se hacía más densa, si es que eso era posible, en el límite de la pared.

Era como si las matas y los arbustos de esa jungla hubieran corrido a lo largo del regato para acabar estrellándose contra la muralla. Amontonándose durante siglos, unos encima de otros, y volviéndose tan espesos como la propia pared. A fuerza de chocar.

El agua, al llegar hasta ella, se hacía menos profunda. Seguramente, pasaba a la otra parte. Pero no pasaba a través de ninguna clase de agujero. Carlota estuvo tanteando y escarbando allí debajo una buena porción de tiempo.

—Es como si la pared estuviera enterrada en el fondo —dijo.

—Y entonces, ¿adónde va el agua? —pregunté.

—Quizá se filtre por algún ojo —dijo Toto, sin levantarse todavía del regato.

Éramos los restos de tres seres diezmados. Nos faltaba siquiera el gramo de energía necesario para pensar cualquier cosa. El barro que nos envolvía se fue convirtiendo en una costra mientras tratábamos de saber qué hacíamos allí o, mejor dicho, qué podíamos hacer. Una costra clara que dejaba libres los agujeros de los ojos, de la nariz y de la boca.

Empecé a pensar que aquella pared era el castigo definitivo del infierno por el que habíamos pasado. En el infierno siempre hay algo peor que lo que ya se conoce. Algo mucho peor. Aquella pared estaba puesta para hacernos pensar que el infierno se acababa detrás, pero también para que pensáramos que del infierno no se sale.

—Una pared, agua, muchas ramas —Toto enumeraba lo que estaba viendo como si lo recitara.

Carlota se había pegado al muro y extendía los brazos. Tocaba el armazón de cemento y granito igual que si escondiera algún misterio.

—No hay nada que se pueda agarrar —dijo, mientras se daba la vuelta.

Luego, se dejó caer en el agua y se sentó.

—Una pared, agua, muchas ramas, nada que se pueda agarrar —seguía recitando Toto.

También yo terminé sentado en aquel lecho repugnante. Veíamos el cielo grande que se extendía por encima de la pared, desde el lado oscuro de nuestra selva y de nuestro regato.

—Hay que saltar la pared —murmuró Carlota con desmayo.

—Hay que saltarla —dijo Toto.

—Sí, hay que saltar —terminé diciendo.

Pero no nos movimos. Nos hundíamos en el lodo mientras la pared crecía y se elevaba hasta el techo del cielo. Y todo en nuestro lado se volvía más sombrío.

—Hay árboles y hay una pared. Y los árboles y la pared están juntos. Y hay que saltar la pared —dijo Toto, como si estuviera haciendo una sugerencia.

—Pero no son árboles de verdad —intervino Carlota—. Ni las ramas son ramas de verdad. Sólo son arbustos grandes. Y no sostendrán nuestro peso.

Hablaron sin mirar la pared y sin mirar nada de lo que estaban nombrando.

Leyendo quizá en la superficie del agua cenagosa nuestro destino.

Cuando él llegó. Día 3

Toto fue el primero en levantarse y en buscar alguna manera de trepar al muro.

Nosotros le seguimos perezosamente.

—Aquí son todo espinos —dijo en la ribera izquierda.

Carlota estaba entonces en la margen contraria. Había abierto con las manos una pequeña ventana en el follaje.

—Es todo igual —se limitó a decir.

No sé por qué me puse a golpear con el extremo de martillo del hacha en la pared.

Pero me hizo gracia que la atadura aguantara tan bien y que el hacha no se soltara del palo. Era un buen nudo. Me pareció gracioso que yo hiciera buenos nudos. Entonces pegué con más furia. Igual que un desesperado golpea contra lo imposible.

—No hay camino ni nada para seguir —mascculló Carlota, regresando al centro del agua.

—Papá, el muro no se caerá por tus golpes —dijo Toto, acercándose también.

Los niños se dejaron caer debajo de mí.

El muro no se caía. Muy cierto. Pero mientras Toto lo afirmaba, el martillo desprendió una laja muy fina. Muy fina y dos veces más grande que una mano. Era

como si aquella piedra tuviera cáscara. Yo la estaba mirando cuando sentí que los niños se removían a mis pies. No hice caso. Sólo tenía pensamiento para aquella cáscara y para lo extraño que me parecía que el granito tuviera cáscara. Noté que me tocaban y que me estaban diciendo algo a lo que no podía prestar atención. Pensaba en la dureza de la piedra y en la forma en que se desconchaba. Luego, sentí que me abrazaban las dos piernas. Entonces, miré a Toto y a Carlota. Estaban observando fijamente un punto del horizonte del regato. Seguí la dirección de su vista hasta donde el agua trazaba un recodo amplio y se perdía después como si se lo tragara la maleza.

—¡Papá, está allí! —quizá estaban gritando eso desde hacía un rato.

En aquel recodo y al primer golpe de vista, sólo se distinguía la penumbra que manchaba el agua y que manchaba la espesura con los mismos colores.

—¿Dónde es allí? —pregunté, intentando captar la forma diferente entre las sombras.

—¡Allí, allí! ¡En medio de la curva! —volvieron a gritar.

Por extraño que parezca, lo primero que vi fue lo más pequeño. No fue el cuerpo negro y revuelto de barro, ni la enorme presencia aumentada por las sombras. Fueron los dos ojos, clavados como dos bolas de acero en esas mismas sombras, distintos a todo lo que los rodeaba.

—¿Es muy grande, papá? ¿Es muy grande? —el cuerpo de Carlota estaba pegado completamente a mi pierna.

—Va a venir —dijo Toto, con un estremecimiento.

Al fin había llegado. Poco a poco, su postura de depredador, su cuerpo exhausto y tan machacado como el nuestro, las cuatro patas hundidas hasta los muslos, la lengua negra y brillante a través de dos hileras de dientes blanquísimos fueron acompañando a los dos ojos certeros que nos echaban el vistazo final.

—Es muy grande, Carlota —dijo Toto, pronunciando las palabras que

a duras penas escapaban del pánico.

Miré a mis hijos y comprendí que tenía a mis pies a dos niños aterrados.

—Va a venir, papá —dijo el niño.

Aterrados como nunca lo habían estado durante aquel viaje por el infierno. Y eran niños. Me resultó extraño pensar por primera vez que mis hijos eran niños. Sólo niños.

Nunca habían sido otra cosa que niños. Pegados a mis piernas y pegados al muro, los vi otra vez tan pequeños como el día en que nacieron. Agarrados a lo único que tenían.

Una especie de padre que se había defendido de ellos como de un enemigo que podía hacerle daño. Como si los niños fueran lobos cuando en realidad yo había sido el lobo.

Yo les había quitado cosas, yo había querido demostrarles cosas y, por último, los había subido en una avioneta para hacer el viaje final. Yo era el lobo. De la misma manera que Wacawa había sido el oso blanco.

Pero yo tenía delante al otro lobo. Tal vez, si le mataba, acabaría con todos los lobos.

Y también acabaría con el mío.

—¡Viene, papá! —el grito de los niños salió de sus gargantas desgarrándolas, fuerte como un alarido de dolor.

El lobo gris había echado a correr. El agua salpicaba en su cuerpo como si levantara tierra negra, la tierra de una tumba, a su paso. Con la cabeza baja y el lomo ondeando igual que una serpiente veloz. Negro en mitad de la negrura y el brillo rojo en las pupilas de cazador. Recordé el miedo de la noche en que le vi. La noche en que no me hubiera defendido y tampoco hubiera defendido a los niños. Recordé que era el lobo que me había hecho gritar sus nombres y ponerlos en peligro. Recordé esa clase de miedo que cuando se recuerda ya no deja vivir. Yo no podía vivir sólo con aquellos recuerdos de mi miedo.

—No tengáis miedo —dije—. No tengáis miedo nunca más.

Empecé a caminar hacia delante con la decisión de esperarle lejos del lugar de los niños. Sentí cómo los brazos de mis hijos se desprendían

suavemente, sin retenerme.

Cómo sus ojos aterrados se clavaban en mi espalda. Cómo me empujaban para que matara al lobo para siempre. Y cómo yo caminaba hacia la fiera igual que un hombre al encuentro de su alma extraviada.

Aquel lobo ya no alcanzaría a los niños. A Wacawa le habían dado la oportunidad de enfrentarse al oso blanco.

Mientras caminaba por el regato, mientras el lobo aceleraba su carrera y su boca roja y negra se iba haciendo grande, yo acariciaba mi lanza, sus nudos perfectos, la punta de destornillador sobresaliendo de la punta del palo. No sabía lo que iba a hacer, pero sabía que cuando llegara el momento haría lo que un hombre, con un arma en las manos y dos chiquillos esperando unos cuantos metros por detrás, tenía que hacer. Para no recordar siempre lo que no hizo.

No importaba que el hombre estuviera agotado o que el arma fuera en realidad una simple punta de destornillador.

En su carrera, el lobo empezó a levantar cortinas de agua alrededor. La cabeza se sumergía a veces como la de un nadador y volvía a aparecer con lenguas de lodo. Los ojos se afilaron y encendieron dos hojas de cuchillo.

Entonces me detuve. Sólo pensé que Toto y Carlota iban a vivir. Sentía las manos bien agarradas al palo y el cuerpo tan firme como la cuerda que rodeaba el hacha.

El lobo ya estaba encima. Llegaba silencioso, como el fantasma de un sueño aterrador. Sin gruñidos y sin amenazas. El único ruido era el del agua que levantaba a su paso. La fiera silenciosa que se sabe más fuerte que la presa y que no necesita infundir temor. Segura de que el otro ya está vencido de antemano.

El lobo ya estaba encima. A la distancia justa del último salto. Y entonces saltó.

Un salto muy largo y alto, con el cuerpo sostenido mucho tiempo en el aire, como si el aire fuera denso y pudiera sostenerle tanto como quisiera. Vi su panza grisácea y los ojos por encima de la panza, bajando otra vez hacia mí, con las zarpas de uñas desnudas.

Clavé el palo hasta el último fondo del lodo. Hasta un final más duro

en el que volvió a clavarse. Dejando la punta de destornillador arriba, a la espera. Yo me arrodillé y abracé la lanza con todo el cuerpo. Igual que si sujetara un tronco que se está cayendo.

Por encima, quedaba más de un metro de lanza.

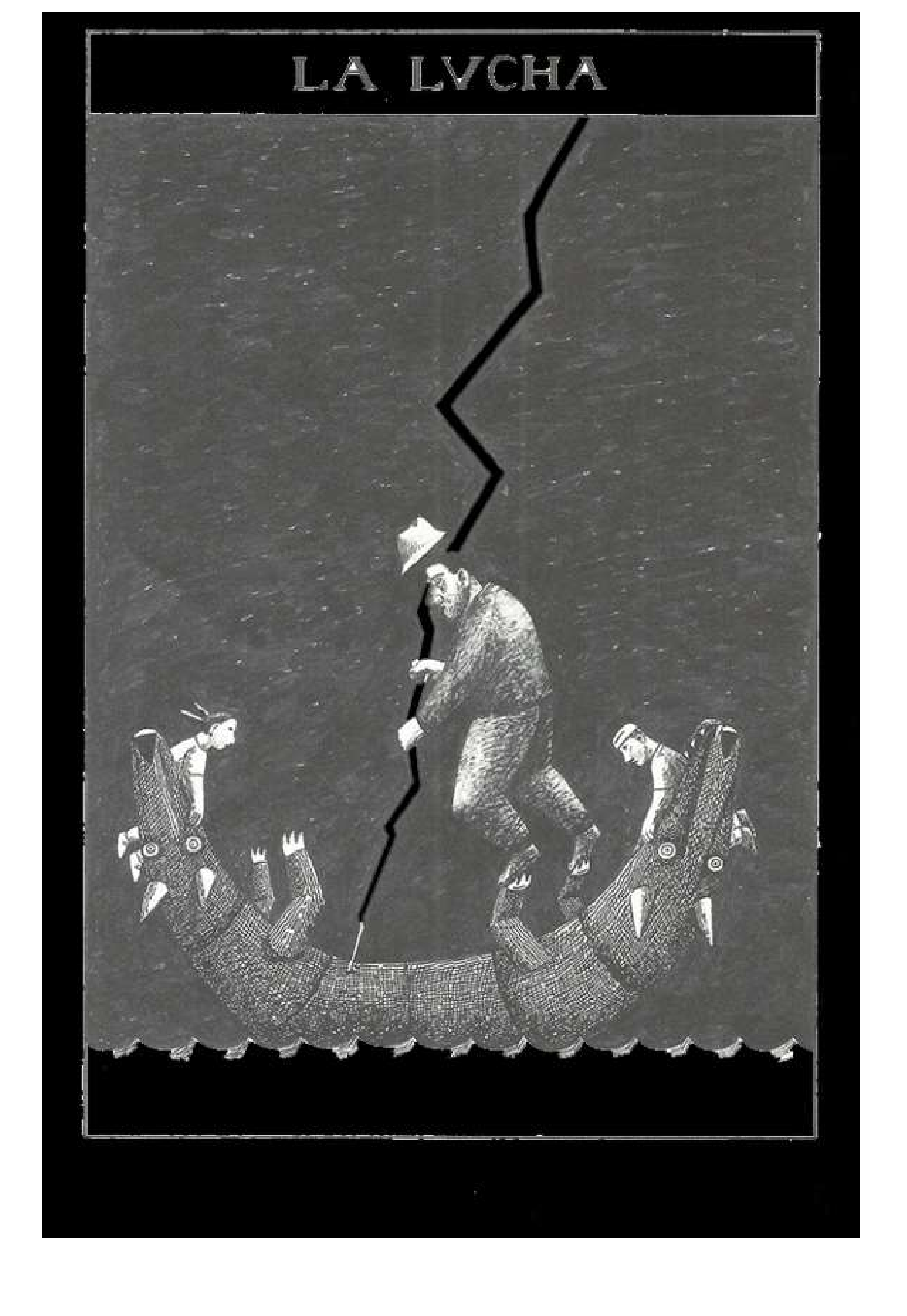
El lobo ya estaba cerca cuando hice el movimiento de clavar el palo y agacharme.

Lamento no haber visto sus ojos, porque estoy seguro de que debieron abrirse en un gesto de sorpresa. En un gesto de sorpresa medio segundo antes de caer con todo su peso sobre el destornillador abrió el camino por el que luego pasó un trozo largo de lanza.

El peso del animal ensartado, con la panza abierta por la cuchillada, quebró la lanza.

Y el lobo se fue al agua patas arriba, llevándose la mitad del palo clavada en su estómago. Cuando se estrelló en el regato, estaba ya muerto. Una nube de sangre tiñó la corriente. Mientras la fiera bajaba al fondo de barro, me pareció un perro famélico y desesperado que había corrido al encuentro de su propia muerte.

Yo sabía que lo iba a matar igual que él sabía que iba a morir.



Después del lobo. Día 3

Antes de darme la vuelta, sentí la proximidad de los niños. Los pasos lentos, levantando el agua, como si tuvieran miedo de mirar. De mirar

al lobo o de mirar a un padre distinto. Cuando me volví, tenían sus ojos fijos en mi cuerpo agachado. No miraban al animal, ni sentían curiosidad por él. Las grandes pupilas rodeadas por ojeras me observaban con la atención que se presta a un desconocido. Me levanté. Los músculos respondieron. Los niños no se movieron. Yo esperaba su abrazo o el desahogo de su miedo. Pero ellos me observaban sin decir palabra mientras me iba acercando.

Cuando llegué a su lado, siguieron mirando. Tal vez les hubiera gustado tocarme para estar seguros de que aquella carne era la carne de su padre.

Se apartaron para que pasara. Pero yo me detuve y busqué en el fondo de aquellos ojos lo que veían. Eran claros como un espejo. Y yo estaba en ellos.

—Tú no eres un pobre tipo, papá —dijo Carlota de repente.

Yo nunca le había dicho a Carlota que yo fuera un pobre tipo. Pero Carlota había contestado a una pregunta que yo tenía escondida. Seguimos sin movernos. Entonces recordé algo.

—Sólo era un lobo —murmuré, mientras regresaba al lugar del lobo.

Volví para arrancar la lanza de la barriga del animal. Tenía una cosa que hacer todavía. Luego, empecé a caminar hacia el muro con la decisión del que tiene un plan.

Cuando di los primeros golpes contra la piedra, la sangre que quedaba en el hacha me salpicó. Seguí golpeando. El muro perdía rápidamente su cáscara. Entonces comencé a pegar con el martillo más abajo. No salía cáscara, salían trozos enteros de granito.

Después golpeé a ras del agua. La piedra se desmoronó como si fuera barro seco. Muy pronto, el agua empezó a escaparse por la parte derrumbada. Los niños se habían acercado. Los miré y entonces empujé la parte baja del muro con las manos. Las piedras cayeron con la misma facilidad con que Sansón derrumbó el templo sobre los filisteos.

Los niños estaban boquiabiertos. Yo, también.

—Era un muro podrido —dije—. Pero nosotros creíamos que era un muro de verdad.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó Toto.

—No lo sabía. Sólo lo he averiguado —contesté.

Detrás del muro atardecía. Pero yo estaba seguro de que después del lobo y después del muro, vendría la salvación. No habría más noches ni más miedo.

El infierno había terminado. Igual que el lobo y el muro.

Caminamos durante una hora por un camino de grava. A los lados había praderas y ceniza de fogatas. Más tarde, atravesamos una alameda y un pequeño refugio abandonado. Desde una pendiente, vimos el lago donde terminaba el regato. Al final, había una casa, una cerca y un coche dentro de la cerca. Un hombre, con uniforme de guarda, estaba sentado en el quicio de la puerta.

Cuando nos vio llegar, se levantó y se puso a caminar en nuestra dirección.

—Dadme las manos —dije.

Y los niños apretaron mis manos como cuando eran pequeños. A su madre le hubiera gustado vernos así. Sabía que ellos pensaban lo mismo. Notaba en el apretón de sus manos la alegría de estar vivos, pero también la alegría de estar vivos y juntos.

Ya no habría más avionetas, porque el cielo de las avionetas estaba empedrado de mentiras. Y ese cielo se había terminado y esas avionetas se estrellaban.

—Papi, nos vamos a salvar —dijo Toto, y escuché la palabra «papi» como si nunca la hubiera oído.

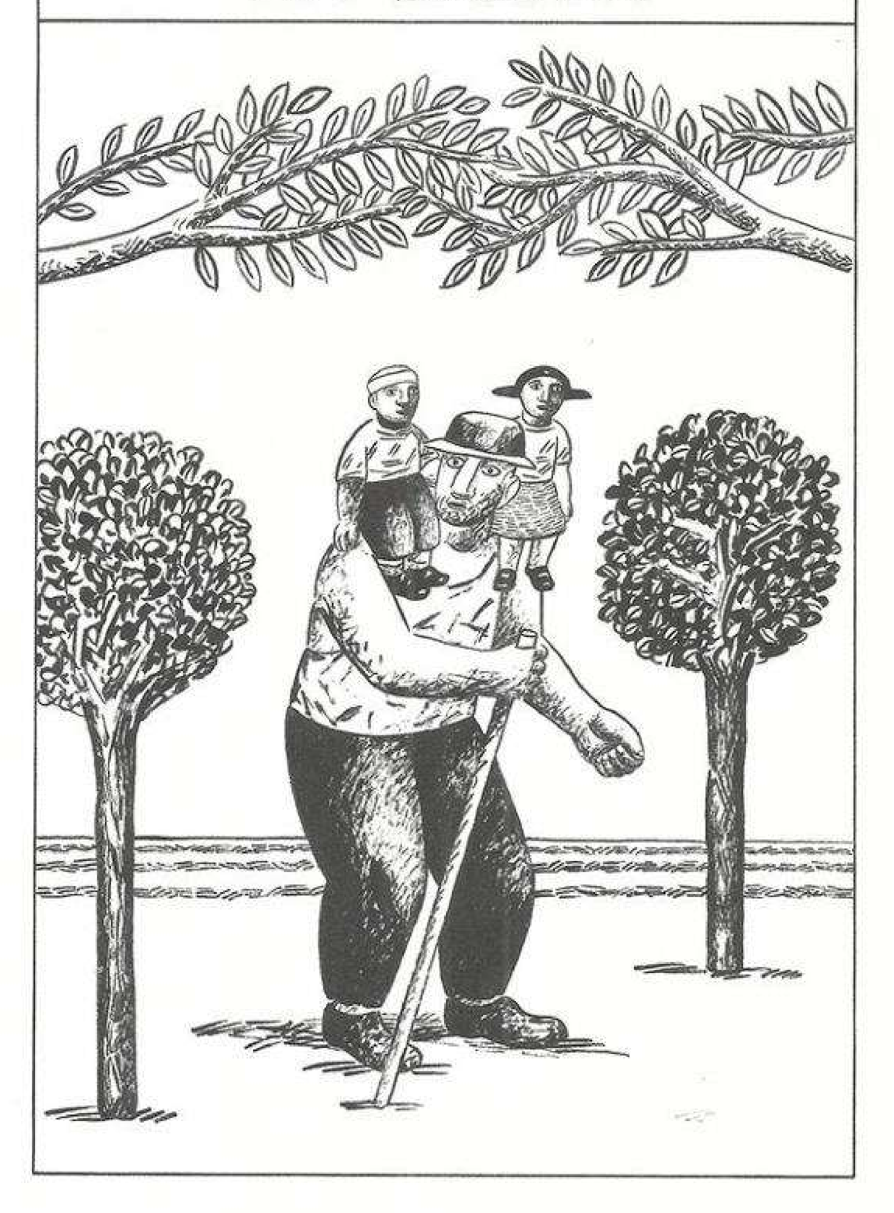
La pierna había dejado de doler. Carlota me miraba como si estuviera diciendo todavía: papá, tú no eres un pobre tipo. Algún día les confesaría que yo había tenido un despacho cerrado con llave y que nadie había entrado en él. Que yo no me fuí de casa.

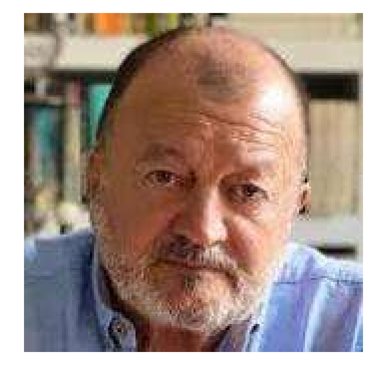
Que yo me fuí a otro despacho. Aunque estaba seguro de que ya nunca me lo preguntarían.

—A ustedes los han estado buscando —dijo el guarda, moviendo los brazos como si quisiera tocarnos y observando nuestros cuerpos casi desnudos, marcados, exhaustos.

—Pero nosotros nos hemos encontrado antes —dije.

LA SALIDA





José Alejandro Gándara Sancho (nacido en Santander, Cantabria, en 1957) es un escritor y profesor español.

Es profesor de Historia de las Ideas en la Facultad de Sociología de la Universidad Complutense de Madrid. Premio Extraordinario Fin de Carrera de esa misma universidad. Investigador del British Museum de Londres. Fue responsable del Suplemento de Libros del diario *El País* entre 1986 y 1989. Fundó la Escuela de Letras en 1989. Dirigió la revista de cultura *La Modificación*. En la actualidad es director académico de la Escuela Contemporánea de Humanidades. Practicó el atletismo en su juventud, experiencia que refleja en su novela La media distancia. Ha sido articulista de los diarios *El País, El Mundo* y *ABC*. Publicó un blog literario en la edición digital de *El Mundo*, llamado «El Escorpión». Tradujo *Victoria* de Joseph Conrad en 2004.